A. Galland

LAS MIL Y UNA NOCHES

(EDICIÓN PARA NIÑOS)

LAS MIL Y UNA NOCHES

1.80 20.188 Biblioteca Escolar año 1935

A. GALLAND

LAS MIL Y UNA NOCHES

(EDICIÓN PARA NIÑOS)

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

CASA EDITORIAL SOPENA · Nulla dies sine linea · BARCELONA

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97
1930

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona.

LAS MIL Y UNA NOCHES

INTRODUCCIÓN

Según refieren las crónicas de los Sasánidas, antiguos soberanos de Persia, existió en aquel reino, en tiempos muy remotos, un rey llamado Schariar, que, por sus virtudes y amor a la justicia, fué muy querido por sus vasallos.

Amaba Schariar tiernamente a su esposa y con ella vivió durante algunos años en la santa paz y buena armonía en que deben vivir los reyes que, por su elevado cargo, deben dar a sus súbditos ejemplo de moralidad y buenas y piadosas costumbres.

Un día descubrió Schariar que su esposa, a quien hasta entonces había considerado como dechado de perfecciones y virtudes, era una mujer hipócrita que lo engañaba, y cegado por la cólera, que es siempre mala consejera, resolvió vengarse y darle muerte.

Consternado quedó todo el reino al conocer el crimen cometido por el que hasta entonces había

sido un soberano bondadoso y justo; pero, como las decisiones de los reyes absolutos son inapelables, el pueblo, aun lamentándolo mucho, no tuvo más remedio que resignarse, y se resignó.

Pero no quedaron aquí los extravíos e insensatez de Schariar, sino que, juzgando por su esposa a todas las demás mujeres, creyó que todas eran igualmente hipócritas e infieles, y resolvió, para vengarse de ellas, desposarse cada noche con una y hacerla estrangular tan pronto como alborease el nuevo día.

Al efecto, ordenó a su visir que le llevase la hija de un general de su ejército, con la que contrajo matrimonio, y al día siguiente el mismo visir recibió la orden de darle muerte y el encargo de llevarle otra nueva esposa.

Y así, sucesivamente, fueron desposándose con el cruel soberano, una tras otra, gran número de las jóvenes más hermosas, hijas de las familias más principales del reino, las que, después de la noche de las bodas, eran infaliblemente asesinadas.

Tan repetidos actos de barbarie llenaron de luto y consternación a todo el reino, y todos los vasallos maldecían de Schariar, a quien deseaban la muerte, por creer que sólo muriendo tendrían término aquellos crímenes tan continuados.

El visir encargado de cumplir estos diabólicos mandatos del rey, tenía dos hijas, llamadas Schenarda y Diznarda respectivamente, ambas igualmente bellas y bondadosas; pero la primera tenía, además, un valor superior a su sexo y un ingenio y perspicacia extraordinarios.

Schenarda había leído mucho y poseía una memoria prodigiosa; conocía todas las ciencias, es-

taba muy versada en todas las artes y su corazón sólo albergaba sentimientos nobles y generosos.

Era, en suma, la hija mayor del visir un acabado conjunto de perfecciones físicas, intelectuales y morales, y su padre y cuantas personas la conocían la amaban entrañablemente.

Deseando esta virtuosa joven poner término a los crímenes diarios del rey, dijo un día a su padre:

—He ideado un plan para hacer que cesen las barbaries del soberano.

—Digna de alabanza es tu intención, hija mía—repuso el visir—; pero me parece que el mal que pretendes reparar es irremediable. ¡El rey se ha vuelto loco!

—Padre mío—replicó Schenarda—, estoy segura de mi triunfo y confío en vencer con la ayuda de Dios, pero necesito vuestro concurso.

—Para empresa tan loable no te ha de faltar mi ayuda. ¿Qué debo hacer, hija mía?

—Puesto que sois vos—dijo Schenarda—el encargado de buscar una esposa cada noche al rey, os ruego que le propongáis que me conceda ese honor.

—¡Ah, desdichada!—exclamó el visir, aterrado—. ¿Has perdido el juicio, hija mía? ¿Sabes el peligro que pretendes arrostrar?

—Sí, padre mío—contestó Schenarda—; sé a qué peligro me expongo. Si perezco, mi muerte será gloriosa; pero, si logro triunfar, prestaré a mi patria un servicio inmenso.

—No, no—replicó el visir—; es inútil que insistas, no puedo acceder a lo que me pides.

—Concedédmelo, padre mío; será la última gracia que os pida.

—Tu obstinación—repuso el visir—hará que me enoje. ¿Por qué te empeñas en ir al encuentro de una muerte segura? El que no preve el fin de una empresa peligrosa, no puede realizarla como es debido. ¿No temes que te ocurra lo que al asno que estaba bien y no supo contentarse con su suerte?

—¿Qué le ocurrió al asno?—preguntó Schenarda.

—Escucha y lo sabrás.

EL ASNO, EL BUEY Y EL LABRADOR

FÁBULA

Un labrador muy rico tenía varias casas de campo donde criaba muchos ganados de toda especie. Vivía en una de ellas con su mujer y sus hijos, y poseía, como Salomón, el don de entender la lengua en que hablan los animales, aunque le era imposible interpretarla a los demás so pena de perder la vida.

Tenía en una misma cuadra un buey y un asno, y cierto día que contemplaba los juegos infantiles de sus hijos, oyó que el buey le dijo al asno:

—No puedo menos de mirarte con envidia al considerar lo mucho que descansas y lo poco que trabajas. Un mozo te cuida, te da buena cebada para comer, y para beber agua pura y cristalina, y si no llevaras a nuestro amo en los cortos viajes que hace, te pasarías la vida en completa ociosidad. A mí me tratan de distinta manera y mi condición es tan desgraciada como agradable la tuya. Al venir el día me atan a una carreta, trabajo hasta

que las fuerzas me faltan, y el labrador, sin embargo, no cesa de castigarme, y luego por la noche me dan de comer una malas habas secas. Ya ves que tengo razón al envidiar tu suerte.

El asno no interrumpió al buey, pero cuando acabó de hablar le dijo :

—Con razón tenéis fama de tontos, tú y todos los de tu especie. Dais la vida en provecho y beneficio de los hombres y no sabéis sacar partido de vuestras facultades. Cuando te quieren uncir al arado, ¿por qué no das buenas cornadas y unos cuantos mugidos que asusten a los hombres, te echas al suelo y te niegas a moverte? Si así lo hicieras, ya verías cómo te tratarían mejor. Si sigues los consejos que te doy, notarás un cambio favorable y me agradecerás lo que te propongo.

El buey prometió obedecerle, y el amo no perdió de la conversación ni una sola palabra.

A la mañana siguiente muy temprano, fué en busca del buey el gañán y el animal siguió exactamente los consejos del asno : dió tremendos mugidos, no quiso comer, se echó al pie del pesebre, y el labrador, creyendo que estaba enfermo, fué a dar parte a su amo de lo que sucedía.

El labrador comprendió el efecto de las indicaciones del asno, y a fin de castigar a este último, como merecía, dijo al mozo :

—Lleva al campo al asno en vez del buey, y hazle que trabaje bien.

Dicho y hecho ; el asno tiró todo el día del arado y de la carreta, y recibió además tantos golpes, que cuando volvió por la noche a la cuadra no podía sostenerse.

El buey, sin embargo, estaba muy contento. Ha-

bía comido bien y descansado todo el día, así es que se apresuró a bendecir y dar nuevas gracias al asno cuando este último entró en la cuadra. El asno no le respondió ni una palabra, y decía para sí: «Yo tengo la culpa de lo que me sucede; soy un imprudente. Vivía contento y dichoso, y como mi astucia no encuentre un nuevo medio de salir de esta situación, voy a perder el pellejo». Y medio muerto de cansancio, se dejó caer en el suelo.

Al llegar a este punto de su narración, interrumpióse el gran visir y dijo a su hija:

—Merecerías ser tratada como el asno, puesto que pretendes curar un mal irremediable, o sea llevar a cabo una empresa imposible en la que perderás la vida.

Inquebrantable en sus propósitos, la generosa joven replicó que ningún peligro le haría desistir de poner en ejecución sus designios.

—En ese caso—repuso el padre—, fuerza será hacer contigo lo que el labrador hizo con su mujer.

—¿Pues qué hizo?

—Escucha con atención, porque no he terminado el cuento.

EL GALLO, EL PERRO Y LA MUJER DEL LABRADOR

El labrador, al ver al asno en un estado tan deplorable, quiso saber lo que iba a pasar entre él y el buey, y acompañado de su mujer fué a la cuadra, cuando el asno preguntaba a su compañero qué pensaba hacer al día siguiente.

—Haré lo que tú me has aconsejado—repuso el

buey— ; es decir, fingiré que quiero dar de cornadas a todo aquel que se me presente delante.

—Me parece muy bien—replicó el asno— ; pero te advierto que esta mañana he oído decir al amo que ya que estás enfermo y no puedes trabajar, que te maten en seguida y que llamen al carnicero antes que enflaquezcas.

Estas palabras produjeron el efecto que el asno se proponía, y el buey dió un mugido de terror.

El labrador prorrumpió en una carcajada tan grande, que su mujer se quedó sorprendida. Quiso saber la causa, pero su marido le dijo que era un secreto, y que se contentase con verle reír.

—No ; quiero saber la causa.

—Me es imposible decírtela ; me río de lo que el asno está diciendo al buey ; lo demás es un secreto que no te puedo revelar, pues de lo contrario me costaría la vida.

—Eso no es verdad, y tú te burlas de mí, y si no me dices lo que han hablado los animales, te juro que voy a separarme de ti para siempre.

Y la mujer entró en la casa y se pasó la noche llorando en un rincón. Inútiles fueron los ruegos de su marido, que la amaba con ternura, para que desistiese de su empeño, y las súplicas de sus hijos y de todos los individuos de la familia ; la mujer continuaba llorando, y el labrador, perplejo, no sabía qué partido tomar en tan apurado trance.

Tenía el labrador en la quinta además cincuenta gallinas, un gallo y un perro que guardaba la casa. Estaba el infeliz sentado a la puerta, y cavilando acerca de su triste suerte, cuando oyó que el perro reñía al gallo porque cantaba alegre y ruidosamente.

—Has de saber—continuó diciendo el perro—que nuestro amo está hoy muy afligido. Su mujer se empeña en que le revele un secreto que le costará la vida, y es de temer que muera, porque quizá no tenga firmeza para resistir a la obstinación de su esposa. Todo es luto y aflicción en esta casa, y tú eres el único que estás gozoso y que nos insultas con tus cantos.

—Nuestro amo—replicó el gallo—puede salir si quiere muy fácilmente del apuro; que se encierre en un cuarto con su mujer, le mida las costillas con una buena vara de fresno, y no insistirá en saber el secreto. Si no lo hace, él tendrá la culpa de cualquiera desgracia que le suceda.

Apenas oyó el labrador estas palabras, fué en busca de un garrote, y pegó a su mujer con tal fuerza, que ésta gritó al fin:

—Déjame ya, por Dios, que no volveré a preguntarte nada del secreto.

El marido, al verla en razón, abrió la puerta, entró toda la familia y felicitó al marido por haber encontrado un medio de convencer a su esposa.

—Hija mía—añadió el visir—, tú merecías que se te tratase de la misma manera que a la mujer del labrador.

—Padre mío—dijo Schenarda—, mi resolución es irrevocable, y no me hará desistir de ella la historia que acabáis de contar. Yo podría referiros otras que os harían no oponeros a mi designio, y si el cariño paternal se resiste a mi súplica, iré yo misma a presentarme al rey.

Obligado al fin el visir, por la firmeza del carácter de su hija, fué a anunciar a Schariar que aquella misma noche le presentaría a Schenarda. El rey se

llenó de asombro al considerar el sacrificio que hacía el gran visir, y la facilidad con que le entregaba a su propia hija.

—Señor—respondió el visir—, ella misma se ha ofrecido voluntariamente ; la muerte no le espanta, y prefiere a la vida la honra de ser esposa de Vuestra Majestad.

—Pero ten entendido, visir, que mañana al devolverte a tu hija, te ordenaré que le des muerte, y si no me obedeces, te juro que caerá de los hombros tu cabeza.

—Señor—respondió el visir—, al cumplir con tal decreto se desgarrará mi corazón, pero, aunque soy padre, sabré acallar los gritos de la naturaleza y ejecutaré vuestras órdenes.

El gran visir fué en seguida a decir a su hija que el rey la esperaba, y Schenarda recibió la noticia con la mayor alegría, que en vano trató de comunicar a su afligido y desconsolado padre.

Púsose la joven en disposición de comparecer ante el soberano y, momentos antes de salir de su casa, dijo reservadamente a Diznarda :

—Querida hermana, tengo necesidad de que me auxilies en un asunto importante. Voy a ser esposa del rey ; no te asuste la noticia y escúchame con calma. Cuando llegue a palacio pediré a Schariar que te permita pasar la noche en el aposento contiguo, para que yo disfrute por última vez de tu compañía. Si, como espero, obtengo este favor, me despiertas una hora antes de que despunte el día, y dime entonces : «Hermana mía, si no duermes, te ruego que me refieras uno de esos preciosos cuentos que tú sabes hasta que venga la aurora». Yo te contaré uno, y por este medio tan sencillo me parece

que podré librar al pueblo de la desgracia que pesa sobre él.

Diznarda ofreció cumplir el encargo de su hermana.

El gran visir condujo a Schenarda a palacio y se retiró, después de haberla introducido en el departamento del soberano, quien ordenó a la joven que se descubriera el rostro. Obedeció ésta, y el rey vió que lloraba.

—¿Por qué lloras?—preguntó a su futura esposa.

—Señor — respondió Schenarda—, tengo una hermana a quien amo con toda mi alma; desearía que pasase la noche junto a mí para darle el último adiós. Creo que no me negaréis este último consuelo.

Schariar consintió en ello y Diznarda fué instalada en un aposento inmediato a la cámara nupcial.

Una hora antes del alba dirigió Diznarda a su hermana el ruego convenido. Schenarda, en vez de responder directamente, pidió permiso a su regio esposo para comenzar el cuento. Aquél se lo otorgó, y entonces ella empezó de esta manera:

HISTORIA DE UN PESCADOR

Érase un pescador viejísimo y tan pobre que apenas ganaba para mantener a su esposa y a sus tres hijos.

Cierto día, después de haber echado sus redes inútilmente por dos veces, sintió gran placer al no-

...ordenó a la joven que se descubriera el rostro. Obedeció ésta, y el rey vió que lloraba. (Pág. 14.)

tar que, a la tercera, pesaba de tal modo la red que a duras penas podía tirar de ella hasta la orilla.

¡Pero, cuál no sería su desencanto viendo que sólo había pescado cascajo, piedras y el esqueleto de un asno!

Rezó, empero, una fervorosa plegaria, echó las redes por cuarta vez, y cuando las hubo sacado a la playa observó, con sorpresa, que contenían una copa de bronce cuidadosamente cerrada y con un sello.

—Bueno—se dijo—, la venderé al fundidor y con su producto compraré una medida de trigo.

Tomó su cuchillo, y tras no poco trabajo logró romper el sello y destapar la copa. La volvió boca abajo, pero no salió nada. Entonces se la acercó a los ojos, y mientras miraba atentamente a su fondo, salió una columna de humo densísimo que se elevó hasta las nubes y, extendiéndose sobre el mar y las montañas, formó un negro nubarrón.

Cuando todo el humo salió de la copa, apareció un Genio cuya estatura era dos o tres veces mayor que la de un gigante.

Al ver aquel monstruo, el pescador, horrorizado, quiso huir, pero el miedo le dejó como petrificado en la playa.

—¡Salomón! Gran Profeta de Dios—exclamó el Genio—, perdóname, jamás me opondré a tu voluntad y tus órdenes serán puntualmente obedecidas.

—¿Qué es lo que decís, espíritu soberbio?—replicó el pescador—; hace más de mil y ochocientos años que murió Salomón.

—Háblame con más cortesía, o te arranco la existencia—repuso el Genio con tono de amenaza.

—Es decir, que me mataréis en pago de haberos puesto en libertad. ¡Pues vaya una recompensa! ¡Pronto lo habéis olvidado!

—Eso no se opone a que mueras en mis manos, y la única gracia que te concedo es que elijas la clase de muerte que va a poner fin a tus días.

—¡Pero, en qué he podido ofenderos?—preguntó el infeliz pescador, lleno de angustia.

—En nada, pero es forzoso que te trate así, y como prueba de ello escucha mi historia:

«Yo soy uno de esos espíritus malignos que se han rebelado contra la voluntad de Dios. Todos los Genios, menos Sacar y yo, prestaron obediencia al gran profeta Salomón, y este rey, en venganza, me mandó aprisionar y conducir delante de su trono, como en efecto se verificó. A su intimación expresa para que le jurase fidelidad, le respondí con una altanera negativa, y Salomón, en castigo, me encerró dentro de esa copa de cobre, cerrada y sellada por el mismo monarca. Después fuí arrojado al mar en mi estrecha cárcel. Durante el primer siglo de prisión juré hacer rico y feliz al hombre que me librase del tormento antes de transcurrir los cien años. Pero nadie vino en mi auxilio. En el segundo siglo juré dar a mi libertador todos los tesoros de la tierra, y ninguno apareció. Al tercero prometí convertir en rey al que me sacara de la copa y prolongar los días de su vida. Por último, desesperado ya al cuarto siglo de cautiverio, juré matar al hombre que me devolviese la libertad y la luz del sol. Ese hombre has sido tú, y por consiguiente prepárate a morir, y dime cómo quieres que te mate. Debo cumplir mi juramento.»

En vano le dijo el pescador que aquello era una

injusticia, que iba a pagar el bien con un crimen, y a dejar huérfanos a sus tres inocentes hijos; el Genio se mostró iracundo e inexorable. La necesidad aguza el ingenio, y al pobre pescador se le ocurrió una ingeniosa estratagema:

—Ya que no puedo evitar la muerte—dijo—, me someto a la voluntad de Dios, pero antes de morir quisiera que me dijeras la verdad sobre una duda que tengo.

—Pregunta lo que quieras, y despacha pronto—repuso el Genio.

—¿Es verdad que estabas dentro de esa copa?

—Sí, lo juro.

—Pues no puedo creerte, porque es imposible que se encierre tu cuerpo en un sitio tan pequeño, que apenas es capaz de contener una de tus manos. No lo creeré sino viéndolo.

—Pues, para que te convenzas, lo vas a ver ahora mismo.

Entonces se disolvió el cuerpo del Genio que, cambiado en humo, empezó a entrar poco a poco en la copa hasta que no quedó fuera ni una sola partícula.

—Y bien: ¿me creerás ahora, incrédulo pescador?—exclamó la voz del Genio.

El pescador, en vez de responder, se apresuró a cerrar la copa con la tapadera. Al verse encerrado nuevamente, el Genio se enfureció y se esforzó por salir de la copa; pero fué en vano, porque se lo impedía el sello de Salomón, que el pescador había vuelto a ajustar. Recurrió entonces a las súplicas y a los ofrecimientos, asegurando que cuanto había dicho hasta entonces fué chanza; mas el pescador, lejos de ablandarse, replicó:

—Me guardaré muy mucho de dejarte salir, maldito Genio, que pagas con la muerte los beneficios que se te hacen. Voy a arrojar la copa al mar y a avisar a todos mis compañeros que no vengan a echar sus redes en este sitio, y que si llegan a pescar algún día la copa la vuelvan a arrojar en seguida, si no quieren morir. Y mientras la acabo de cerrar bien para que no puedas escaparte, voy a referirte la historia del Rey leproso y de su médico, para que te sirva de enseñanza.

Schenarda, al llegar a este punto, advirtió que era de día y, sabiendo que el rey su esposo celebraba a aquella hora consejo con los altos dignatarios de la corte, guardó silencio.

—¡Qué cuento tan interesante!—exclamó Diznarda.

—La continuación te interesaría más — dijo Schenarda—, si el rey me dejara vivir hoy para continuar mañana esta maravillosa historia.

Schariar, acuciado por la curiosidad, se levantó y fué a presidir el Consejo; pero no ordenó que mataran a su esposa, lo que llenó de regocijo al gran visir, que temió que su hija corriera la misma triste suerte que las demás jóvenes que habían contraído matrimonio con el cruel soberano.

Al día siguiente y a la hora convenida, rogó Diznarda a su hermana que prosiguiera el relato interrumpido la mañana anterior, y el rey agregó con impaciencia:

—Sí; concluye el cuento, porque deseo conocer el desenlace.

Schenarda prosiguió así:

HISTORIA DEL REY GRIEGO Y DEL MÉDICO DUBAN

Había en el Estado de Zuman, en Persia, un rey cubierto de lepra.

Sus médicos habían puesto en práctica todos los medios que su ciencia les sugería para curarle, pero inútilmente todo, cuando llegó a la Corte un médico habilísimo llamado Duban.

Éste había aprendido cuanto sabía en los libros griegos, persas y turcos, y conocía todas las cualidades, buenas y nocivas, de las plantas y de las drogas.

Enterado de que el rey se encontraba enfermo y de que había sido desahuciado por sus médicos, encontró el medio de hacerse presentar al soberano.

—Señor—le dijo—, si me queréis conceder el honor de aceptar mis servicios, os curaré.

—Si hacéis lo que decís—repuso el rey—, os colmaré de riquezas a vos y a vuestros descendientes.

Retiróse el médico a su casa e hizo un mazo de madera con el mango hueco y perforado de una manera casi imperceptible, en el que colocó la droga de que pensaba servirse.

Hecho esto, fabricó una bola a su capricho, y provisto de ambos objetos se presentó al día siguiente a Su Majestad y le dijo que era preciso que montase a caballo y fuese a la plaza pública a jugar al mallo.

Obedeció el rey, y cuando estuvo en el lugar designado para el juego, se le acercó el médico y le dijo, entregándole el mazo ya preparado:

—Tomad, señor; empujad esta bola con el mazo que os presento, hasta que a fuerza de hacer ejercicio sintáis la mano y el cuerpo bañado en sudor. El remedio medicinal que he puesto en el mango penetrará por los poros al contacto del calor de la mano, y entonces volveréis a palacio para daros un baño, acostándoos en seguida, y mañana al amanecer estaréis curado completamente.

Obedeció el rey los mandatos del médico sin apartarse de sus sabios consejos, y, en efecto, al día siguiente se levantó con el cuerpo sano y limpio de tal suerte, que no quedaron huellas de la horrible dolencia que antes le afligía. Hizo comparecer ante sí a los cortesanos para noticiarles el triunfo de Duban, y todos manifestaron un gozo indecible.

Cuando el médico entró en el salón del trono y fué a postrarse a las plantas del rey, éste le abrazó, elogiándole como se merecía, y aun le invitó a sentarse con él a la mesa real, favor insigne, desconocido para los súbditos de aquel país. Además, le dió dos mil cequíes, y le hizo, en una palabra, objeto de sus continuas deferencias.

Ahora bien, este rey tenía un gran visir avaro, envidioso y capaz de cometer los más horrendos crímenes con tal de satisfacer sus malvados sentimientos.

—Señor—le dijo—, es muy peligroso para un soberano confiar a ciegas en un hombre cuya fidelidad no ha sido probada. Colmáis de beneficios a Duban sin saber si es un traidor que se ha introducido en vuestra corte con ánimo de asesinaros. Estoy muy bien informado y puedo afirmar, sin temor de ser desmentido, que Duban ha salido del corazón de Grecia y venido aquí con el horrible

designio que acabo de referir a Vuestra Majestad.

—No, no, visir—interrumpió el rey—, estoy seguro de que ese hombre a quien calificáis de pérfido es el más virtuoso que existe en el mundo y al que más quiero. Comprendo lo que pasa: su virtud excita vuestra envidia; pero os aseguro que no me inclinaréis injustamente en contra suya. Recuerdo muy bien lo que un visir dijo al rey Sindbad, su señor, para impedir que éste diese muerte a su hijo...

—Señor—interrumpió el visir envidioso—, suplico a Vuestra Majestad que me perdone el atrevimiento de suplicarle que me refiera lo que el visir del rey Sindbad dijo a su señor para impedir que diese la muerte al príncipe su hijo.

—Este visir—contestó el rey—, después de haberle expuesto cómo podía cometer una acción de la que luego tendría que arrepentirse si daba oídos a las acusaciones de su suegra, le contó la siguiente historia:

HISTORIA DEL MARIDO Y DEL PAPAGAYO

Un buen hombre tenía una esposa a quien amaba con tal delirio, que apenas se atrevía a perderla de vista. Los negocios le obligaron un día a alejarse de ella, pero antes de emprender la marcha compró un papagayo que no sólo hablaba muy bien, sino que tenía la cualidad de charlar todo lo que se hacía delante de él. Le puso en una jaula, colocándolo en el cuarto de su mujer, a quien suplicó que cuidase mucho al animal.

Hizo el viaje, y cuando volvió a su casa pregun-

tó al papagayo si su esposa se había acordado de él y pronunciado alguna vez el nombre de su marido ausente; pero el pájaro le dijo que ni un solo día se le había ocurrido a su mujer nombrarle para nada, como era la verdad.

La esposa, descubierta en su indiferencia, sospechó que el papagayo era el autor de aquella mala pasada, y, ofendida por las recriminaciones de su marido, resolvió vengarse del pájaro charlatán.

Tuvo necesidad el buen hombre de abandonar su casa durante una noche, y la mujer ordenó a los esclavos que arrojasen agua en forma de lluvia sobre la jaula, que hiciesen con la boca un ruido semejante al del trueno, y, por último, que de vez en cuando y a la claridad de una luz amarillenta, diesen vueltas a un espejo a la vista del papagayo. La ilusión fué tan completa, que cuando el marido preguntó al animal lo que había sucedido durante su ausencia, éste le contestó que la lluvia, los truenos y los relámpagos le habían impedido ver ni observar nada. Como el buen hombre sabía que la noche, lejos de ser tempestuosa, había sido serena y apacible, se convenció de que el pájaro no dijo la verdad ni respecto a la mujer ni menos en cuanto a la temperatura. Indignado, sacó al papagayo de la jaula y lo arrojó al suelo con tal fuerza que le aplastó al animalito la cabeza. Supo más tarde el buen hombre que su esposa no le amaba, que el papagayo había dicho la verdad al acusarla de indiferente, y se arrepintió mucho de haber dado muerte al pobre pájaro.

Cuando el rey griego hubo concluído la historia que antecede:

—Y vos, visir—añadió—, impulsado por la en-

vidia, queréis que dé muerte al médico Duban, que ningún daño os ha hecho; pero me guardaré muy bien de seguir tal consejo para no arrepentirme como el buen hombre del cuento que mató a su papagayo.

—Señor—replicó el infame visir, decidido a perder al médico—, cuando se trata de asegurar la vida de un rey, la simple sospecha, la acusación sola equivale a la certidumbre, y más vale sacrificar al inocente que salvar al culpable. Lo repito una vez más: el médico Duban quiere asesinaros, y no es la envidia, sino el amor a mi soberano lo que me hace dar este aviso a Vuestra Majestad. Señor, si no tomáis las debidas precauciones, os será funesta la confianza que tenéis en el médico Duban; y yo sé con seguridad que es un espía infame pagado por los enemigos de Vuestra Majestad para atentar a su preciosa vida. Os ha curado, es verdad, pero quizá nada más que en apariencia y no radicalmente. ¿Quién sabe si sus remedios no producirán con el tiempo efectos mortales?

Al rey griego, que no tuvo bastante penetración para conocer la negra perfidia de su visir, le faltó firmeza de carácter para persistir en su primera resolución. Las últimas palabras del visir le convencieron de lo que antes no quiso creer.

—Visir—le dijo—, tienes razón, y tal vez haya venido ese médico a la corte a quitarme la vida, lo cual le es muy fácil conseguir por el simple olor de una de sus drogas.

Cuando el visir vió al rey en la disposición de ánimo que deseaba, añadió que el medio más seguro de librarse de tan terrible enemigo, consistía en prender al médico Duban y cortarle en seguida

la cabeza, horroroso designio que fué aceptado por el rey. Llamó a uno de sus oficiales para que fuese en busca del médico, quien, apenas recibió el aviso, se apresuró a ir a palacio.

—¿Sabes—le preguntó el rey—para qué te he hecho venir aquí?

—No, señor—respondió Duban—, y espero que Vuestra Majestad se sirva decirme el objeto de su llamada.

—Pues te he mandado buscar para librarme de ti quitándote la vida.

—Señor—exclamó el infortunado Duban—, ¿por qué voy a morir? ¿qué crimen, ni qué delito he cometido?

—He sabido por buen conducto — replicó el rey—que eres un espía y que quieres atentar contra mi vida, y para evitarlo voy a arrancarte la tuya. Descarga el tremendo golpe—añadió dirigiéndose al verdugo que estaba presente—, y que tu alfanje me liberte de un pérfido que se ha introducido en la corte para asesinarme.

El médico recurrió entonces a las súplicas y exclamó:

—Señor, prolongadme la vida, que Dios prolongará la de Vuestra Majestad; no me hagáis morir, porque Dios podría trataros del mismo modo.

Pero el rey griego, en vez de condolerse al escuchar las plegarias del médico, replicó con excesiva dureza:

—Tengo necesidad absoluta de que perezcas para que no me quites la vida de una manera tan ingeniosa y sutil como me has curado.

El médico, anegado en amargo llanto, y vista la ineficacia de su ruego, se decidió, o por mejor decir,

se resignó a recibir el golpe mortal. El verdugo le vendó los ojos, después de atarle las manos, y ya se disponía a desenvainar el alfanje, cuando los cortesanos, movidos de compasión, suplicaron al rey que perdonase a Duban, de cuya inocencia respondían; pero el soberano se mostró inflexible y les habló en términos tan duros, que nadie se atrevió a insistir.

El médico, ya de rodillas, y con los ojos vendados, dirigió por última vez la palabra al rey y le dijo:

—Señor, puesto que Vuestra Majestad no quiere revocar la horrible sentencia, le ruego al menos que me permita ir a mi casa para dar el postrer adiós a mi familia, hacer algunas limosnas y legar mis libros a personas que hagan buen uso de mi recuerdo. Entre ellos hay uno que quiero regalar a Vuestra Majestad, libro precioso y digno de figurar entre los objetos de un tesoro. Contiene muchas cosas curiosas, y la principal consiste en que, cuando me hayan cortado la cabeza, si Vuestra Majestad se digna abrir el libro a la sexta hoja y leer al lado izquierdo el tercer renglón, mi cabeza responderá a todas las preguntas que Vuestra Majestad se digne hacerle.

El rey, lleno de curiosidad por ver tal maravilla, permitió a Duban que fuera a su casa.

Puso el médico en orden sus negocios, y como se había esparcido el rumor de que a su muerte iba a verificarse un prodigio inaudito, los visires, los imanes, los oficiales superiores, y toda la corte en fin fué al siguiente día a palacio para ser testigo de la triste y a la par extraña ceremonia.

Compareció a la hora señalada el médico Du-

ban, el cual, con un gran libro en la mano, avanzó hasta las gradas del trono y dijo al rey :

—Tomad, señor, este libro, y cuando mi cabeza esté separada del tronco, mandad que sea colocada en una palangana ; la sangre cesará de correr, abrid entonces el libro, y la cabeza responderá a todas las preguntas que se le dirijan. Pero permitidme, señor, que implore otra vez la clemencia de Vuestra Majestad ; en nombre de Dios, compadeceos de un hombre que es inocente.

—Tus ruegos son inútiles—replicó el rey— ; y quiero que mueras aunque no sea más que por el placer de oír hablar a tu cabeza.

El rey tomó el libro de manos del médico y ordenó al verdugo que cumpliese con su deber.

La cabeza fué cortada tan diestramente que cayó en la palangana y la sangre se detuvo al momento. Entonces, y con gran asombro del rey y de los espectadores, la cabeza del médico abrió los ojos, y tomando la palabra dijo :

—Abra el libro Vuestra Majestad.

Obedeció el rey, y como quiera que la primera hoja estaba pegada contra la segunda, se humedeció el dedo con la boca para volverla sin dificultad, operación que repitió hasta la sexta hoja, en blanco como las precedentes.

—Aquí no hay nada escrito—exclamó el rey.

—Volved aún algunas hojas más—respondió la cabeza.

Y el soberano continuó siempre llevándose el dedo a los labios, hasta que hizo su efecto el veneno de que estaba impregnado el papel del libro. Una agitación horrible se apoderó del príncipe, turbó-

sele la vista, y cayó a los pies del trono presa de atroces convulsiones.

Cuando el médico Duban, o su cabeza, hablando con propiedad, vió que no quedaban al rey más que algunos momentos de vida, exclamó con acento sepulcral:

—¡Tirano! así deben perecer los príncipes que abusando de su autoridad sacrifican a los inocentes. Tarde o temprano Dios castiga siempre sus injusticias y sus iniquidades.

Apenas profirió estas palabras, perdió la cabeza lo poco que le quedaba de vida, y el rey exhaló el último suspiro.

—Así murieron el rey griego y el médico Duban —continuó el pescador dirigiéndose al Genio encerrado siempre en la copa—. Si el rey—dijo—hubiese perdonado la vida a Duban, él mismo hubiese conservado la suya; pero desoyó sus ruegos y Dios le impuso merecida pena. Lo mismo ¡oh Genio! sucede contigo. Si tú antes te hubieses compadecido de mí concediéndome lo que te pedía, tendría lástima de ti; pero en recompensa de un beneficio quisiste matarme y yo a mi vez debo ser inexorable. Voy, pues, a vengarme arrojándote de nuevo al mar a fin de que permanezcas aprisionado en la copa hasta la consumación de los siglos.

—Amigo mío—exclamó el Genio con voz dolorida—, te suplico que no me trates con tanta crueldad. Es más noble desechar toda idea de venganza y pagar el mal con un bien. No hagas conmigo lo que Inma hizo con Ateca.

—¿Y qué fué?—preguntó el pescador.

—Si deseas saberlo sácame de aquí, porque me

...la cabeza del médico abrió los ojos, y tomando la palabra, dijo : (Pág. 27.)

es imposible hablar en tan estrecha cárcel. Haré todo lo que tú me ordenes cuando me vea libre.

—No, no—replicó el pescador—; he perdido la confianza en ti y voy a precipitarte en el fondo de los mares, de donde nunca debes salir.

—Por última vez—gritó el Genio—, no sólo te juro no hacerte daño alguno, sino que te enseñaré un medio infalible para que seas enormemente rico.

La dulce esperanza de salir de la pobreza decidió al fin al pescador a complacer al Genio, que al verse libre dió un puntapié a la copa haciéndola rodar hasta el mar. Asustado el pescador, creyó que el Genio quería jugarle de nuevo alguna mala pasada, pero este último le tranquilizó con una sonrisa mandándole que tomase las redes y le siguiera, lo cual obedeció el pescador, no sin cierta desconfianza, natural después de lo que había sucedido. Atravesaron la ciudad, llegando luego a lo alto de una gran montaña y en seguida a una llanura que les condujo a un estanque situado entre cuatro colinas.

Ya en la orilla, dijo el Genio al pescador:

—Echa las redes y coge pescado.

No era difícil, por cierto, toda vez que se veía una gran cantidad de peces en el estanque, pero lo que sorprendió mucho al pescador fué que los cuatro que había sacado eran de cuatro colores diferentes: blanco, encarnado, azul y amarillo.

—Llévate esos peces—dijo el Genio—; preséntalos al sultán y éste te dará en cambio más dinero que el que puedes imaginarte. Ven diariamente a pescar a este estanque, pero no eches las redes más que una sola vez cada día, pues de lo contrario te

puede suceder alguna desgracia. Sigue con exactitud el consejo que te doy y serás feliz.

Al concluir de hablar, el Genio dió un golpe con el pie en el sitio en que se hallaba, abrióse la tierra y desapareció en sus profundidades.

Al siguiente día fué el pescador muy gozoso al palacio del sultán para presentarle los pescados, y el príncipe, lleno de admiración y no dudando que serían tan gratos al paladar como hermosos a la vista, los mandó entregar a una cocinera muy hábil que le había enviado el emperador de los griegos. Luego dispuso que se diesen cuatrocientas monedas de oro al pescador, quien, al verse tan rico, se entregó a los mayores transportes de alegría, creyendo al principio que la realidad no era más que un sueño de ambición y de ventura.

—Preciso es hablar ahora—continuó Schenarda—de la cocinera del sultán, que iba a verse en grande apuro. Apenas limpió los pescados comenzó a freírlos con aceite en una sartén, y al volverlos de un lado a otro para que saliesen dorados por igual, se abrió una pared de la cocina, presentándose una mujer joven de gran belleza y de alta y elegante estatura. Vestía un traje de raso con dibujo de flores a la moda egipcia, los pendientes, el collar y los brazaletes eran de oro, perlas y rubíes, y llevaba en la mano una varita de mirto, con la cual, acercándose a la sartén, tocó a uno de los peces.

—Pescadito—dijo—, ¿cumples con tu obligación?

Nada respondió el pescado, y la dama repitió las mismas palabras. Entonces los cuatro peces levantaron juntos la cabeza y dijeron:

—Sí, sí; si cantáis, cantamos; si pagáis vuestras deudas, pagamos las nuestras; si huís, vencemos y quedamos contentos.

La dama derramó el contenido de la sartén cuando los peces concluyeron de hablar, y desapareció por la abertura de la pared que volvió a tomar su primitivo estado.

Estupefacta la cocinera ante tantas maravillas, fué a dar vuelta a los peces que estaban sobre las brasas, y los halló negros como el carbón, de suerte que era imposible presentarlos al sultán.

—¡Pobre de mí! — exclamó, consternada —. Cuando sepa mi augusto amo lo que ha sucedido, ¿cómo podré escapar a su cólera?

En aquel momento entró el visir y preguntó si estaban preparados los peces.

Refirióle la cocinera lo que había ocurrido y, como es natural, el relato dejó asombrado al visir.

—Es esto demasiado extraordinario para que pueda ocultárselo al sultán—dijo aquél.

Y, en efecto, de la cocina se encaminó a los aposentos del soberano, a quien notificó lo sucedido.

El sultán mandó llamar al pescador y, cuando le tuvo delante, le preguntó:

—Amigo mío, ¿podrías traerme otros cuatro peces, cada uno de distinto color?

Contestó el pescador que si Su Majestad le concedía tres días de plazo seguramente podría complacerle.

Accedió el sultán a lo que se le pedía, volvió el pescador al estanque y en cuanto tiró de la red halló otros cuatro peces de distintos colores.

Contento el sultán, porque no esperaba que tan pronto satisficieran sus deseos, mandó que dieran

otras cuatrocientas monedas de oro al pescador, cuando éste le hubo entregado los peces.

El sultán hizo que le llevaran a su aposento los útiles necesarios para freír los peces. Encerrado con el visir, este ministro encendió el fuego, puso en éste una sartén, y cuando los peces estuvieron fritos de un lado los volvió del otro.

Entonces se abrió la pared, pero en vez de la hermosa señora apareció un negro.

Vestía éste a la usanza de los esclavos, era de estatura gigantesca y llevaba en la mano un enorme garrote.

Se acercó a la sartén, y tocando con el palo a uno de los peces le preguntó con voz terrible:

—Pescadito, ¿cumples con tu deber?

Los pescados respondieron alzando la cabeza:

—Sí, sí, cumplimos; si cantáis, cantamos; si pagáis vuestras deudas, pagamos las nuestras; si huís, vencemos y quedamos contentos.

El negro colosal derramó el contenido de la sartén y redujo a carbón los cuatro pescaditos, verificado lo cual desapareció de la misma manera que había venido.

—Esos pescados—dijo intranquilo el sultán—significan algún misterio y quiero aclararlo a toda costa.

Envió a buscar al pescador, a quien dirigió, apenas entró, las siguientes palabras:

—¿En qué sitio has cogido los peces que trajiste a palacio?

—Señor—respondió el pescador—, en un estanque rodeado de cuatro colinas cerca de la montaña que se ve desde aquí.

—¿Conocéis vos este estanque?—preguntó el sultán al visir.

—No, señor, no lo conozco ni he oído jamás hablar de él a pesar de que hace sesenta años que voy de caza por esos parajes.

Dijo luego el pescador que desde el palacio al estanque no había más que tres horas de camino, y como estaba muy distante la noche, mandó el sultán que toda la corte montase a caballo y le siguiera al estanque, sirviéndole el pescador de guía en la expedición.

Al bajar la montaña vieron con asombro los cortesanos una gran llanura, de la que hasta entonces no habían tenido noticia, y poco después, el estanque tal como le había descrito el pescador. Sus aguas eran de tal limpidez y transparencia que parecían hermosos cristales bajo los que corrían peces semejantes a los que había visto el sultán. Admirado éste de que ninguno de sus cortesanos conociese la existencia del famoso estanque, determinó averiguar la razón del extraño color de los peces y al efecto ordenó acampar y levantar tiendas a orillas del estanque.

Llegada la noche, retiróse a su pabellón y habló en estos términos, dirigiéndose a su visir:

—Estoy sumamente preocupado e inquieto: ese estanque transportado a estos lugares, el negro que se apareció en mi aposento, los peces que hemos oído hablar, todo excita de tal modo mi curiosidad que no puedo resistir al deseo de satisfacerla. Por lo tanto, he concebido un proyecto que estoy decidido a llevar a la práctica. Yo me alejaré solo de este campo y os recomiendo que no deis cuenta a

nadie de mi ausencia; aquí, en mi pabellón, permaneceréis vos, y cuando, por la mañana, vengan los emires, los despedís diciéndoles que estoy indispuesto. Lo mismo haréis los días sucesivos, hasta mi regreso.

El sultán vistióse con un traje cómodo para viajar a pie, tomó su alfanje y abandonó el campamento, después de haberse asegurado de que todos dormían y de que, por consiguiente, no podía ser visto.

Caminó por la llanura hasta la salida del sol sin detenerse un momento, y a la luz de los primeros albores de la mañana distinguió un gran edificio donde esperaba saber algo de lo que iba a indagar. Más cerca ya de dicho edificio, vió que era un magnífico palacio, o por mejor decir una imponente fortaleza de mármol labrado y cubierto de una capa de acero fino, terso y reluciente como el cristal de los espejos. Adelantóse, y, aunque la puerta estaba a medio cerrar, el sultán llamó. Nadie acudió ni al primero, ni al segundo, ni al tercer golpe, y, excitada aún más su curiosidad por este raro silencio, decidióse al fin a penetrar en el edificio.

En el vestíbulo sólo respondió el eco a sus palabras y pasó a un gran patio desierto como todo lo que acababa de recorrer, y después a unos magníficos salones cuyas alfombras, muebles y colgaduras eran de riquísimas telas de seda de la Meca y de las Indias, bordadas de plata y oro. Luego entró el sultán en otro departamento más lujoso todavía. En los cuatro extremos vió cuatro hermosos leones de oro macizo que arrojaban agua por la boca, agua que al caer se convertía en perlas y diamantes, juntándose con un surtidor situado en el

centro del salón y que desde su taza de mármol se elevaba hasta la bóveda formada de primorosos arabescos.

Además, el castillo estaba rodeado por tres ángulos de un vasto jardín lleno de bosques, fuentes, alamedas y florestas y, por último, de una infinidad de pajarillos que daban al aire la cadencia y la armonía de sus cantos, sin poder abandonar aquellos lugares porque una gran red tendida por fuera de los árboles les impedía gozar de libertad completa.

El sultán había caminado largo trecho cuando, de pronto, hirió sus oídos una voz plañidera seguida de gritos de angustia.

Escuchó atentamente y oyó estas tristes palabras:

—Fortuna, que no has querido dejarme gozar largo tiempo de una vida feliz y me has hecho el más desgraciado de los hombres, cesa de perseguirme y pon fin a mis tormentos con la muerte.

Conmovido el sultán al oír esto, se levantó dirigiéndose hacia el sitio de donde salía la voz, y vió a un joven ricamente vestido sobre un trono de poca altura. Tenía retratada la tristeza en su semblante y devolvió su saludo al sultán con una inclinación de cabeza.

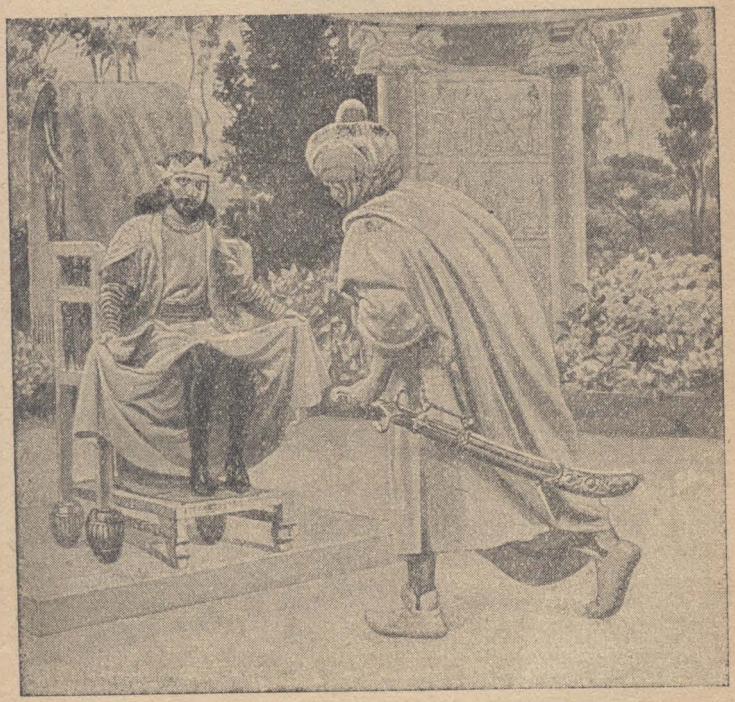
—Señor—le dijo—, debería levantarme para recibiros como corresponde, pero una razón poderosa me impide hacerlo.

—Señor—le contestó el sultán—, os quedo agradecido por el buen concepto que os merezco. Atraído por vuestros lamentos, vengo a ofreceros mis servicios. Espero que no será una indiscreción pe-

diros que me contéis la historia de vuestras desventuras.

—¡Ah, señor!—respondió el joven—, ¿cómo es posible que no me lamente y que mis ojos no sean dos fuentes de lágrimas?

Diciendo esto, levantó su túnica, dejando ver



que sólo era hombre desde la cabeza hasta la cintura y que el resto de su cuerpo era de mármol negro...

No es fácil imaginar el estupor del sultán a la vista del deplorable estado del joven.

—¿Qué me habéis enseñado—exclamó—que a la vez de llenarme de horror ha excitado mi curio-

sidad? Ardo en deseos de conocer vuestra historia, que sin duda será maravillosa y no ajena al estanque de los peces. Así, pues, os ruego que me la relatéis.

—No puedo negarme a complaceros—repuso el joven, y comenzó así:

HISTORIA DEL JOVEN REY DE LAS ISLAS NEGRAS

Sabréis, señor, que mi padre, llamado Mahmud, era rey de estos Estados de las Islas Negras, cuya capital estaba situada en el sitio que ocupa hoy el estanque que habéis visto. La historia de mi vida os instruirá del motivo de los cambios ocurridos.

A la edad de setenta años murió el rey, mi padre, y apenas le substituí en el trono me casé con una princesa, prima mía, unión que me hizo feliz muchos años. Pero poco a poco se transformó el carácter de mi esposa, hasta convertirse ésta en una furia que quiso rebelarse contra mi doble autoridad de rey y de marido.

Una noche que ella estaba en el baño experimenté deseos de dormir y me tendí en un diván. Dos de sus mujeres, que se hallaban en mi aposento, sentáronse una a la cabecera y otra a los pies de mi lecho, provistas de abanicos. Creyendo que estaba dormido, hablaban en voz baja entre ellas, pero yo no perdía palabra de su conversación.

—¿No es cierto—decía una—que hace mal la reina en no querer como debiera a un príncipe tan amable como éste?

—Ciertamente, y no sé por qué sale la reina todas las noches, dejándole solo, sin que él lo advierta.

—¿Cómo quieres que lo note si cada noche le suministra un brebaje de hierbas que le hace dormir profundamente sin que pueda despertarse hasta que ella vuelve y acerca a su nariz un frasco de esencias?

Imaginaos, señor, la impresión que me producirían estas palabras; sin embargo, hice un esfuerzo para dominarme, y fingí que me despertaba sin haber oído aquella horrible revelación.

La reina volvió del baño, y antes de acostarnos me presentó ella misma la taza de agua que yo acostumbraba beber; pero en vez de llevármela a la boca me acerqué a la ventana, que estaba abierta, y la vertí disimuladamente en el jardín, devolviéndole la taza vacía para que no sospechara.

Nos acostamos acto seguido, y, suponiendo que yo dormía, levantóse ella y dijo en voz alta:

—¡Duerme, y ojalá no te despiertes jamás!

Se vistió apresuradamente y salió del aposento.

Apenas se hubo marchado, salté del lecho, me vestí, tomé mi alfanje y la seguí tan de cerca que oía el rumor de sus pasos.

Pasó mi esposa a través de muchas puertas que se abrían por sí solas en virtud de ciertas palabras mágicas que ella pronunciaba, y entró en el jardín.

Cuando la hube alcanzado, levanté mi alfanje para matarla; pero ella, mirándome fijamente, exclamó:

—¡En virtud de mi poder, convertido quedas en mitad hombre y mitad mármol negro!

Al mismo tiempo que la cruel hechicera me transformaba de esta suerte, destruía también, por arte de encantamiento, la capital de mi reino, que era muy populosa y floreciente, y sobre sus ruinas formó el estanque que habéis visto. Los peces de colores que en él visteis pertenecen a las cuatro clases de habitantes, de diferentes religiones, que formaban la población : los blancos representan a los musulmanes ; los encarnados, a los persas, que adoran el fuego ; los azules, a los cristianos, y los amarillos a los hebreos.

Pero no fué esto solo ; no se contentó con metamorfosearme, sino que cada día viene a descargar cien vergajazos sobre mis espaldas desnudas, y cuando acaba el tormento me cubre con pelo de cabra y me pone encima esta túnica bordada para escarnecerme más aún recordándome mi pasada grandeza.

Al decir esto, el rey de las Islas Negras prorrumpió en llanto.

El sultán le consoló lo mejor que pudo, manifestándole que había imaginado un plan para vengarlo, cuya ejecución difería para el día siguiente.

Aprobó el joven rey el proyecto, y como era ya noche muy avanzada el sultán se retiró.

Levantóse éste muy de mañana y, acompañado de algunos servidores, encaminóse al palacio en que residía la hechicera, a la que tuvo la suerte de sorprender durmiendo.

Antes de que pudiera despertarse, hizo que sus criados le cubrieran los ojos con una venda y que la amordazaran, para que con la mirada ni con la voz pudiera hechizar a ninguno de los presentes.

—Si no vuelves a tu esposo y a la ciudad que has convertido en estanque, a su primitivo estado —dijo entonces el sultán a la hechicera—, en este momento, te corto la cabeza.

La maga hizo un signo de asentimiento, tomó una taza de agua y trazó sobre ella varios signos

cabalísticos. Después se hizo trasladar al aposento en que se encontraba su esposo y derramó el agua sobre él.

Inmediatamente se levantó el príncipe, como era antes de su encantamiento, y, lleno de júbilo, se postró en tierra para dar gracias a Dios.

Luego, la hechicera dijo, por señas, que la con-

dujeran a la orilla del estanque, y, cuando hubo llegado a él, tomó en el hueco de una mano un poco de agua, la esparció al viento, y reapareció la ciudad en todo su esplendor, convirtiéndose los peces en hombres, mujeres y niños.

El sultán, que llevaba el alfanje desenvainado, cortó entonces la cabeza a aquella pérfida mujer, de un vigoroso sablazo, antes de que ella tuviera tiempo de defenderse. El sultán dejó allí el cadáver y fué en busca del príncipe, a quien, abrazándole, manifestó que nada tenía que temer, porque su criminal esposa ya no existía.

—Podéis—añadió—vivir tranquilo en vuestra capital, a menos que queráis venir a la mía, que está inmediata.

—¡Poderoso monarca—exclamó el príncipe—, a quien soy deudor de tan inmensos beneficios! Vuestra capital no está cerca como creéis, y para llegar a ella se necesita un año entero de viaje por más que vos hayáis venido aquí en cuatro o cinco horas. Desde que mi corte salió del desencanto, las cosas han cambiado mucho, lo cual no me impedirá seguiros aunque sea hasta los confines de la tierra. Sois mi libertador, y con objeto de demostraros mi reconocimiento por toda la vida, os voy a acompañar, abandonando mi reino sin pesar alguno.

No comprendió el sultán cómo podía hallarse tan lejos de sus Estados, pero dijo que lo largo y penoso del viaje estaba recompensado con ir en compañía del príncipe.

—No tengo hijos—continuó—, os miro ya como tal, y desde ahora os nombro mi sucesor y heredero.

Comenzaron sobre la marcha los preparativos,

que duraron tres semanas, al cabo de las cuales el príncipe se puso en camino con gran pesar de sus vasallos, a quienes dió por rey a un individuo de su familia.

El sultán y el príncipe, su hijo adoptivo, iban seguidos de cien camellos cargados de inestimables riquezas, y de cincuenta caballeros bien armados y equipados con gran lujo. Fué muy feliz el viaje, y la ausencia del sultán no produjo desórdenes ni accidentes en el Imperio. Por el contrario, sus súbditos salieron a recibirle en tropel y duraron muchos días los festejos con que se celebró su llegada.

Refirió el sultán a los cortesanos todo lo sucedido, notificándoles la adopción hecha en favor del príncipe de las cuatro Islas Negras.

En cuanto al pescador, causa primitiva de la libertad y redención del príncipe, fué colmado con su familia de bienes y riquezas que le hicieron feliz durante el curso de su vida.

Concluído el cuento, dijo Schenarda a Schariar que sabía otros más interesantes que referiría a la noche siguiente si el rey consentía en ello. Decidido éste a prolongar un mes la vida de su esposa, dijo que esperaba con impaciencia el momento de dar principio a la nueva historia.

Diznarda no se olvidó de despertar al día siguiente a su hermana y Schenarda empezó a contar la

HISTORIA DE SIMBAD EL MARINO

En el reinado del califa Haroun-al-Raschid vivía en Bagdad un pobre mandadero que se llamaba Himbad. Fatigado un día de gran calor por el peso

de su carga, se paró en una calle estrecha donde reinaba un fresco agradable y perfumado que invitaba al descanso.

Sentóse junto a un gran edificio, en el que se celebraba sin duda algún festín a juzgar por los instrumentos músicos que se oían en unión de ese ruido especial que produce siempre la alegría de los convidados. Quiso el buen mandadero averiguar lo que hubiese, y dirigiéndose a uno de los criados que estaban en el pórtico, le preguntó el nombre del dueño de la casa.

—¡Es posible—exclamó el criado—que vos, vecino de Bagdad, ignoréis que vive en este palacio el célebre Simbad el Marino, ese famoso viajero que ha recorrido todos los mares que alumbra el sol?

El mandadero había oído, en efecto, hablar de la opulencia del señor Simbad, y no pudo prescindir de comparar las riquezas y el bienestar de éste con la miseria a que él se veía reducido y los afanes que le costaba el mantener a su numerosa familia. Nuestro hombre, entregado a un acceso de desesperación, vió salir del palacio a un criado que le dijo:

—Seguidme; mi amo, el señor Simbad, quiere hablaros al momento—y condujo al asombrado Himbad a una gran sala donde estaban varias personas alrededor de la mesa del banquete compuesto de exquisitos manjares.

Ocupaba el sitio de honor un hombre grave, de aspecto respetable y de larga barba blanca. Era Simbad el Marino, que al notar la turbación natural del mandadero, se acercó a él y le sirvió de comer y de beber con el mayor agrado, tratándole de hermano, según la costumbre de los árabes. Con-

cluída la comida, dijo Simbad al mandadero, cuyas exclamaciones había oído desde la ventana, que iba a sacarle del error en que se encontraba al suponer que había adquirido sus riquezas sin trabajos ni penalidades.

—Sí, señores—continuó Simbad dirigiéndose a

Me acerqué a contemplar la belleza del cuadrúpedo... (Pág. 46.)

los convidados después que el pobre mandadero murmuró algunas palabras de excusa—, he sufrido mucho durante una larga serie de años, y los peligros de mis aventuras en los viajes que he hecho exceden a cuanto pueda concebir la imaginación.

Heredero en mi juventud de una brillante fortuna, derroché la mayor parte en el lujo y los pla-

ceres, sin acordarme de cuán transitorias son las cosas mundanas, ni de la necesidad en que todos estamos de gastar con orden para no vernos en la vejez reducidos a la escasez y a la miseria. Pero llegó un día en el que reflexioné con juicio, y resuelto a abandonar la senda de perdición que había emprendido, reuní el poco dinero que me quedaba y salí de Bassora con algunos mercaderes en un buque fletado a nuestras expensas.

Fuimos a diversos países comprando y vendiendo mercancías, y una mañana vimos una isla casi a flor de agua, y semejante a una pradera por su fertilidad y aspecto. Cuatro pasajeros desembarcamos para comer y beber en tierra, libres del balanceo del barco, cuando la isla tembló de repente, con ruda y violenta sacudida. Nos gritaron de a bordo que estábamos sobre el vientre de una ballena, y cada cual se salvó como pudo, unos a nado y otros en la chalupa, dejándome a mí sobre el monstruoso animal que a poco se hundió en el abismo de los mares. Me así a un pedazo de madera que habíamos llevado para hacer fuego, y vi con dolor que el buque se alejaba a toda vela creyéndome muerto.

Dos días estuve a merced de las olas en la situación más angustiosa del mundo, hasta que las aguas mismas me arrojaron a una isla de pintoresca apariencia. Bebí el agua cristalina de un manantial que encontré junto a unos árboles frutales, y, repuestas un poco mis aniquiladas fuerzas, avancé hasta una llanura donde pacía una yegua atada a un poste de madera. Me acerqué a contemplar la belleza del cuadrúpedo, y mientras lo examinaba salió un hombre del centro de la tierra y me pre-

guntó quién era. Le referí mi aventura, y entonces, tomándome de la mano, me llevó a una gruta donde había varios hombres que me dijeron que eran palafreneros del rey Mihrage, soberano de la isla, y que llevaban a aquel prado todos los años, para que pastaran, las yeguas de su señor.

Al otro día fuí con ellos a la capital, y el rey Mihrage me recibió a las mil maravillas y dió orden de que se me proveyese de todo lo necesario. Visité a los mercaderes por si encontraba el medio de regresar a Bagdad, y frecuenté el trato de los sabios de la India y el de los señores de la corte a fin de instruirme en las ciencias y en las costumbres del país.

Un día entró un buque en el puerto y comenzó a descargar mercancías sobre las que reconocí mi propia marca, y persuadido de que aquel barco era el mío, me presenté al capitán, quien, después de reconocerme, me entregó los géneros.

Hice regalos al rey Mihrage de lo más selecto que poseía, a cuyo obsequio correspondió con otros de gran valor, y me embarqué en el buque, no sin una abundante provisión de sándalo, de alcanfor, pimientas y cuantos frutos producía la isla, por valor de cien mil cequíes. Llegué, al fin, a Bassora, y con las ganancias de mi primer viaje compré tierras, esclavos, y una casa magnífica para establecerme, resuelto a olvidar los pasados peligros; pero pronto sentí deseos de volver a navegar y emprendí mi segundo viaje en compañía de otros honrados mercaderes.

Cierto día desembarqué con otros compañeros en un islote, y mientras ellos se entretenían cogiendo flores y frutas, yo tomé las provisiones que ha-

bía llevado conmigo y fuí a sentarme a la sombra de un árbol que se erguía junto a un arroyuelo. Comí con buen apetito y, sin poder evitarlo, me dormí. Cuando me desperté ya no vi el buque anclado.

Imaginaos la dolorosa sorpresa que experimenté; creí que moriría de dolor. Al fin, me sometí a la voluntad de Dios, y sin saber lo que me estaría reservado, me encaramé a la copa de un árbol y miré a todos lados para ver algo que me hiciera concebir esperanzas de salvación.

Por la parte del mar, sólo agua y cielo se ofrecían a mi vista; mas, al pasear mi mirada por el interior de la isla, descubrí un objeto blanco que llamó mi atención; bajé del árbol, tomé las escasas provisiones que me quedaban y dirigí hacia allá mis pasos.

Cuando estuve cerca, observé que aquel objeto blanco era un globo de enormes dimensiones. Me acerqué más aún, lo toqué, di vueltas alrededor por ver si encontraba alguna abertura o si había medio de poder escalarlo; pero todo fué en vano.

Era ya la hora del crepúsculo vespertino; pero la atmósfera se obscureció de repente, como si negros nubarrones encapotasen el cielo, y al levantar la cabeza para averiguar la causa de aquel fenómeno que tanta sorpresa me había causado, vi a un pájaro enorme que avanzaba volando hacia mí.

Me acordé entonces de un ave llamada Roc, de la que había oído hablar con frecuencia a los marineros, y comprendí entonces que aquel globo blanco no era más que un huevo de aquel pájaro.

Al verle venir me apreté cuanto pude al huevo, y cuando el ave extendió sus alas sobre éste, vi que

sus garras parecían grandes ramas de la más vieja encina. Sin pérdida de tiempo me até a ellas con mi turbante, con la esperanza de que cuando el Roc levantase el vuelo me transportaría lejos de aquella isla desierta. En efecto, pasé así toda la noche; pero en cuanto salió el sol, el pájaro me remontó hasta las nubes, tan alto, que no se divisaba la tierra, y descendió luego con tal rapidez que yo no tenía conciencia de mí mismo.

Apenas toqué con el pie terreno firme me desaté del pájaro, el cual apresó una descomunal serpiente y levantó de nuevo el vuelo llevándola en el pico.

El sitio en que me encontraba era un valle profundo, rodeado de montañas altas y escarpadas que le circuían como una terrible muralla. El suelo se veía cubierto de magníficos diamantes, y los árboles llenos de serpientes tan monstruosas que la más pequeña hubiera podido devorar a un elefante. Vino la noche, y aterrorizado me refugié en una gruta, cuya entrada tapé con piedras para defenderme de los reptiles que lanzaban horribles silbidos, irritados, sin duda, porque no podían penetrar en mi retiro. Al amanecer se fueron y yo me dormí, pero me despertó en seguida el ruido causado por la caída de varios pedazos de carne fresca que arrojaban desde lo alto de las peñas. Yo había oído decir que los mercaderes de diamantes iban a aquel valle en la época que las águilas tienen cría; echaban carne en las grutas, se agarraban a ella los diamantes, y luego las águilas sacaban la carne para llevarla a sus hijuelos a la cima de las montañas, donde los hombres se apoderaban de las piedras preciosas, valiéndose de tal astucia porque es imposible penetrar en el valle.

Entonces comprendí que estaba en una especie de tumba, y comencé a imaginar los medios de que me valdría para salir de ella. Hice una rica provisión de diamantes, me até al pedazo de carne más grande que vi a mi alrededor, y apenas me puse boca abajo para esperar, vinieron dos águilas gigantescas en busca de provisiones, y la más poderosa me llevó consigo a su nido en lo alto de una roca. Los mercaderes que allí había principiaron a gritar para que el águila se espantase, y grande fué el asombro de todos al verme a mí, contra quien se irritaron después, suponiendo que había ido al valle a privarles de sus beneficios. Les referí mis aventuras, y para contentarlos les di parte de los diamantes que había cogido en la gruta, que eran de tal tamaño y valor, que se mostraron muy reconocidos a mi generosa conducta. Después de una peligrosa caminata llegamos a un puerto donde me embarqué en un buque que me condujo a Bagdad, más rico que antes.

Pero la vida inactiva me enojaba, y pronto volví a embarcarme con rumbo a países desconocidos.

Estábamos en plena mar y una fuerte tempestad nos arrojó a las costas de una isla que, según dijo el capitán, estaba habitada por salvajes muy velludos que no tardarían en acometernos, y aunque todos eran enanos no podíamos oponerles resistencia. Si matábamos a algunos, nos aniquilarían sin remedio, porque su número era mayor que el de una plaga de langostas. En efecto, una nube de hombrecillos de dos pies de altura y de aspecto repugnante, rodearon, nadando, el buque, y se subieron por todas partes con la ligereza de los mo-

nos, sin cesar de dirigirnos la palabra en un idioma que no comprendimos. Envalentonados con nuestra pacífica actitud, nos obligaron a desembarcar, llevándose el buque a otra isla, y tristes y desesperados nos pusimos en marcha hasta llegar a un gran palacio, cuyo vestíbulo nos causó espanto al ver esparcidos por el suelo huesos y fragmentos de miembros humanos. La puerta de la habitación se abrió de improviso y apareció un hombre negro de horrible figura, y alto como un pino. Tenía un solo ojo en medio de la frente, inflamado y rojo como un ascua encendida, los dientes afilados cual los de una fiera, las enormes orejas le caían sobre los hombros, y las uñas largas, puntiagudas y semejantes a las garras de las aves de rapiña. A la vista del gigante nos quedamos muertos de terror. El monstruo me asió por la cintura con la misma facilidad que si hubiera sido una costilla de carnero, y al verme tan flaco me soltó, examinando sucesivamente a los demás compañeros de infortunio. El que más le agradó fué el capitán, a quien atravesó el cuerpo con un pincho de hierro, encendió fuego, lo asó como a un pajarito y se lo cenó con las mayores demostraciones de agrado. En seguida se puso a dormir, y el bramar del viento y el rugir de la tempestad no son nada en comparación de sus ronquidos.

Tan horrible nos pareció a todos nuestra situación, que muchos de mis compañeros estuvieron a punto de ir a arrojarse al mar, antes que esperar una muerte tan horrible como la que les estaba reservada. Entonces dijo uno de ellos :

—Nos está prohibido quitarnos la vida por nuestra propia mano ; pero, aunque nos estuviese per-

mitido, ¿no es más razonable que nos deshagamos de ese monstruo?

—¡Cómo no se nos ha ocurrido antes!—exclamé yo.

Todos los compañeros aprobaron la idea.

—Queridos hermanos—les dije—, en la playa hay mucha madera; construyamos barcazas, y cuando las tengamos terminadas aprovechemos una ocasión para huir. Entretanto, pongamos en ejecución el proyecto de librarnos del gigante: si lo conseguimos, podemos esperar que llegue un barco que nos saque de este lugar maldito; y si nos falla el golpe, ganamos las barcazas y nos ponemos en salvo.

A todos agradó mi plan y construímos en seguida varias barcazas, capaces para transportar tres personas.

Al caer de la tarde volvimos al palacio: el gigante llegó poco después que nosotros. Forzoso nos fué presenciar cómo se comía otro compañero nuestro, pero aquella misma noche nos vengamos de su crueldad.

Cuando terminó su detestable cena, se acostó en posición supina y no tardó en dormirse. Apenas le oímos roncar, pusimos al fuego una barra de hierro puntiaguda y, cuando estuvo al rojo blanco, le atravesamos con ella el ojo.

El dolor que experimentó le hizo lanzar un grito espantoso. Se levantó como una fiera con los brazos extendidos, tratando de coger alguno de nosotros en quien desahogar su rabia. Vanos resultaron, empero, sus intentos, y entonces buscó a tientas la puerta y salió del palacio, aullando horrorosamente.

Salimos en pos de él y a todo correr nos dirigimos a la playa, al lugar donde teníamos las barcazas que en seguida botamos al agua y nos embarcamos en espera de que despuntase el día. Mas a los pocos momentos aparecieron numerosos gigantes, y mientras nosotros bogábamos con todas nuestras fuerzas, ellos nos arrojaban enormes piedras y hacían naufragar todas las barcazas, excepto la en que yo me hallaba, y todos los hombres que transportaban perecieron ahogados.

Mis dos compañeros y yo logramos llegar a alta mar y entonces nos vimos a merced de las olas y en grave riesgo de perecer también. Pasamos todo el día y la noche siguiente en una cruel incertidumbre acerca de nuestro destino; mas al salir el sol conseguimos tomar tierra en una isla en la que encontramos exquisitas frutas con las que pudimos reponer las fuerzas perdidas. Nos dormimos luego en la playa, pero en seguida nos despertó el silbido de una serpiente.

Estaba tan cerca de nosotros que se tragó a uno, a pesar de nuestros gritos y de los esfuerzos que aquél hacía para escapar a la muerte. Mi otro compañero y yo emprendimos la fuga, y nos refugiamos en la copa de un árbol elevadísimo, donde pensábamos pasar la noche. No tardamos, empero, en oír de nuevo a la serpiente, que se enroscó en el tronco del árbol y agarrando a mi compañero lo devoró también.

Cuando fué de día bajé del árbol más muerto que vivo, pues estaba persuadido de que me esperaba una muerte horrible. Cansado y con la desesperación en el alma, me alejé del árbol y me dirigí a la playa, con ánimo de arrojarme al mar; pero

Dios tuvo compasión de mí, y en el momento que iba a realizar mi culpable designio, vi un buque en lontananza. Grité con toda la fuerza de mis pulmones para ser oído y agité al aire mi blanco turbante con objeto de que me vieran. Felizmente, toda la tripulación vió las señas que yo hacía, y el capitán envió una chalupa para recogerme. Aquel buque me condujo nuevamente a Bagdad.

El cuarto viaje—continuó Simbad—lo emprendí hacia Persia, y con tan mala fortuna al principio, que un huracán deshizo nuestra embarcación, se llevó las mercancías y sólo seis hombres pudimos salvarnos en una isla donde nos vimos rodeados por una multitud de negros que nos sirvieron cierta hierba para comer. Mis compañeros, acosados por el hambre, la comieron en efecto con avidez; pero yo, llevado de un presentimiento fatal, no quise probarla. A ellos se les turbó en seguida la razón, que era lo que deseaban los negros antropófagos para devorarlos en seguida como lo verificaron, mientras yo huía por sitios extraviados para no caer en manos de aquellos caníbales. Al séptimo día de marcha, llegué a la orilla del mar y vi una porción de blancos como yo, ocupados en coger pimienta de los árboles, y después de referirles mi naufragio me embarqué con ellos y fuí a a la isla de que procedían, donde me presentaron a su rey, que era un excelente príncipe. Tanto me distinguió con sus favores, que al poco tiempo fuí considerado como favorito del bondadoso soberano.

Todos los hombres, en aquel país, montaban a caballo sin brida, sin estribos y sin silla, objetos que les eran desconocidos por completo. Los hice construir a propósito, y admirados el rey y los se-

ñores de la corte de aquello que creían un invento mío, me colmaron de tantos regalos y riquezas, que, cuando volví de nuevo a mi patria, era el más rico de todos los habitantes de este país.

Formé entonces el decidido propósito de no volver a embarcarme. Pero cierto día que daba un banquete a varios amigos para festejar mi regreso, me anunciaron que un oficial del califa deseaba hablarme.

Abandoné al punto la mesa y salí a su encuentro.

—El califa—díjome el mensajero—me ha ordenado que os conduzca a palacio.

Seguí al oficial, y cuando estuve en presencia del soberano, me postré a sus pies.

—Simbad—me dijo el califa—, tengo necesidad de vuestros servicios. Es preciso que vayáis a llevar un mensaje y varios regalos al rey de Serendib, a quien estoy muy agradecido. Como sois de todos mis súbditos el que más ha viajado, os considero el más util para desempeñar esta misión.

El mandato del califa cayó sobre mí como un rayo.

En pocos días estuve, sin embargo, en disposición de ponerme en camino y, habiéndome hecho cargo del mensaje y de los regalos que el Comendador de los creyentes enviaba al rey de Serendib, partí para Bassora, en cuyo puerto me embarqué.

La travesía fué de lo más feliz que puede desearse.

Llegado a la isla de Serendib expuse a los ministros del rey el encargo que se me había confiado, y les rogué que me consiguieran una audiencia del soberano.

Así lo hicieron, y al siguiente día fuí conducido con toda pompa a presencia del rey, a quien entregué la carta y los regalos de que era portador.

El rey de Serendib recibió con visibles demostraciones de íntima satisfacción aquellas muestras de amistad del califa, y me despedí de la corte, cumplida mi comisión, cargado de presentes que me hizo el soberano.

Me embarqué nuevamente con la intención de regresar en seguida a Bagdad, pero el Destino lo dispuso de otra manera y llegué más tarde de lo que hubiese querido.

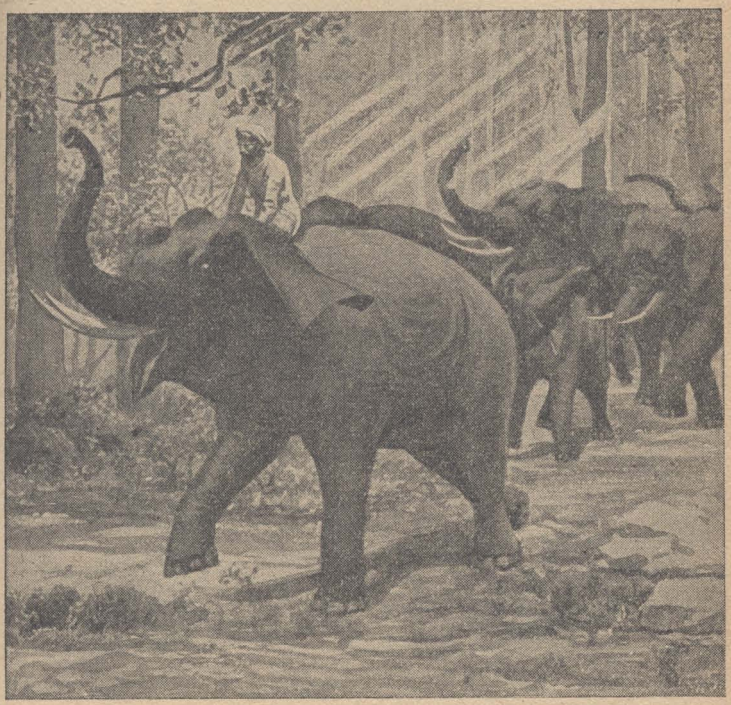
A los cuatro días de navegación fuimos atacados por unos corsarios que mataron sin piedad a los pocos que quisieron oponerles resistencia, vendiéndonos a los demás como esclavos en una isla de que yo no tenía noticia. Caí en manos de un opulento mercader, el cual me preguntó si sabía algún oficio; le dije que mi profesión era la del comercio y que los corsarios se habían apoderado de cuanto poseía.

—¿Pero, al menos, sabréis manejar el arco y las flechas?—exclamó.

—Sí—respondí—, ése ha sido mi ejercicio favorito de la juventud.

Entonces me entregó dichos instrumentos, llevándome a un bosque para que, subido en un árbol, diera caza a los elefantes. Una vez en aquel sitio, me dejó solo hasta que al amanecer del día siguiente apareció una manada, y tuve la suerte de matar uno de los más hermosos. Al momento lo noticié a mi amo, y junto enterramos al elefante para precipitar la putrefacción, y sacarle luego los colmillos, que era con lo que comerciaba el mercader.

Dos meses estuve dedicado a la caza, y apenas pasaba un día que no diese muerte a uno de los referidos animales, con gran satisfacción de mi amo; pero una tarde los elefantes, lejos de pasar junto al árbol en que los acechaba, se detuvieron haciendo horroroso ruido, y uno de ellos, el más poderoso, derribó con la trompa el árbol, cual si



hubiera sido una débil caña. En seguida me montó sobre su joroba al verme caído en tierra, y me paseó triunfalmente a la cabeza de los demás animales. Luego me hizo bajar con el auxilio de la trompa, y todos se retiraron, dejándome asombrado de aquella rareza, pues yo creí que había llegado el último

día de mi vida. Me encontré en una colina cubierta de huesos de elefantes, y no dudé de que estos animales, con su prodigioso instinto, me habían llevado a su cementerio para que hiciera buena provisión de colmillos, y cesara de perseguirlos.

Así concluyó Simbad, diciendo al mandadero Himbad que no volviera a quejarse con tanta amargura de su suerte, porque los hombres que parecen más dichosos y opulentos, no han adquirido su fortuna a veces sino a costa de penalidades, trabajos y fatigas.

Simbad dió al mandadero mil cequíes de oro, y lo admitió en el número de sus amigos, para que después de abandonar su humilde profesión conservara un eterno recuerdo de las peligrosas aventuras de Simbad el Marino.

LAS TRES MANZANAS

Un día el califa Haroun-al-Raschid ordenó al gran visir Giafar que la noche siguiente fuera a palacio.

—Visir—le dijo—, quiero dar una vuelta por la ciudad y saber lo que se dice, y sobre todo enterarme de si están o no contentos de los oficiales encargados de administrar justicia. Si hay alguno de quien haya motivo de queja, lo depondremos y substituiremos con otro que cumpla mejor con sus obligaciones. Si, al contrario, los hay dignos de elogio, les guardaremos los miramietos que se merecen.

El gran visir se presentó en palacio a la hora señalada : el califa, él y Mesrour, jefe de los eunu-

cos, se disfrazaron para no ser conocidos, y salieron juntos.

Pasaron por varias plazas y mercados, y al entrar en una callejuela, vieron, a la claridad de la luna, un anciano con barba cana, de estatura aventajada y que llevaba unas redes sobre la cabeza; asía con una mano un cesto de hojas de palmera y un palo nudoso.

—Al parecer, este anciano está menesteroso— dijo el califa—; acerquémonos y preguntémosle cuál es su suerte.

—Buen hombre—le dijo el visir—, ¿quién eres?

—Señor—le respondió el anciano—, soy pescador; pero el más pobre y desdichado de mi profesión. He salido de casa a pescar a las doce del día, y desde entonces hasta ahora no he cogido siquiera un pez. Sin embargo, tengo esposa e hijos menores, y no me queda arbitrio para mantenerlos.

El califa, movido a compasión, dijo al pescador:

—¿Tendrías ánimo para volver atrás y echar las redes una sola vez? Te daremos cien cequíes por lo que pesques.

A esta propuesta, el pescador olvidó el cansancio y volvió hacia el Tigris con el califa, Giafar y Mesrour, diciendo para sí:

—Estos señores parecen muy honrados y discretos para que no me gratifiquen por mi trabajo, y aun cuando no me dieran más que la centésima parte de lo que me prometen, sería mucho para mí.

Llegaron a la orilla del Tigris; el pescador echó las redes, y sacó un cofre muy cerrado y pesadísimo. El califa mandó al punto al gran visir que le contara cien cequíes y lo despidió. Mesrour se echó al hombro el cofre por orden de su amo, que volvió

prontamente a palacio, ansioso de saber lo que había dentro. Allí abrieron el cofre, y hallaron un gran cesto de hojas de palmera cerrado y cosido con hilo de lana encarnada. Para satisfacer la impaciencia del califa, no se tomaron la molestia de descoserlo, cortaron prontamente el hilo con un cuchillo y sacaron del cesto un lío envuelto en una mala alfombra y atado con cuerdas. Desatadas éstas y desenvuelto el lío, se horrorizaron con la vista de un cuerpo de mujer, más blanco que la nieve y hecho trozos.

Júzguese cuál sería el asombro del califa ante un espectáculo tan pavoroso. Pero al pasmo sucedió la ira, y echando al visir miradas enfurecidas:

—¡Ah, desastrado!—le dijo—, ¿así celas las acciones de mis pueblos? ¡Se están cometiendo a mansalva asesinatos en mi capital y arrojan a mis súbditos al Tigris para que clamen allá venganza contra mí el día del juicio final! Si no vengas prontamente la muerte de esta mujer con el suplicio de su asesino, juro por el sagrado nombre de Dios que te mandaré ahorcar con cuarenta de tus parientes.

—Comendador de los creyentes—le dijo el visir—, ruego a Vuestra Majestad que me conceda algún tiempo para hacer mis pesquisas.

—Te doy tres días—repuso el califa—; recapacita bien lo que haces.

El visir Giafar se retiró a su casa confuso y apesadumbrado.

—¡Ay de mí!—decía—, ¿cómo podré hallar al asesino en una ciudad tan populosa como Bagdad, cuando probablemente habrá cometido este crimen sin testigos, y quizá ya está fuera de la población?

Mandó a los oficiales de policía y justicia que

estaban a sus órdenes que hicieran una pesquisa esmerada, y éstos pusieron en movimiento a su gente, y aun salieron ellos mismos, creyéndose tan interesados como el visir en aquel asunto; pero todos sus afanes fueron infructuosos, y el autor del asesinato no fué descubierto. El visir juzgó que, a no ser por un favor del Cielo, estaba perdido.

En efecto, transcurridos los tres días, llegó un ujier a casa del desgraciado ministro y le intimó que lo siguiera. Obedeció éste y el califa le preguntó dónde estaba el asesino.

—Comendador de los creyentes—le respondió Giafar, lloroso—, nadie ha podido darme la menor noticia de él.

El califa le reconvino con mucho enojo y mandó que lo ahorcaran delante de la puerta de palacio, y con él a cuarenta de los barmecidas.

Mientras estaban levantando las horcas y prendían en sus casas a los cuarenta barmecidas, un pregonero recorrió por orden del califa todos los barrios de la ciudad gritando:

—El que quiera tener el gusto de ver ahorcar al gran visir Giafar y cuarenta barmecidas sus parientes, acuda a la plaza que está delante de palacio.

Cuando estuvo ya todo dispuesto, el juez y gran número de guardias de palacio trajeron al gran visir con los cuarenta barmecidas, los colocaron cada uno al pie de la horca que les estaba destinada, y les pasaron alrededor del cuello el dogal correspondiente. El pueblo, que se agolpaba en la plaza, no pudo presenciar tan lastimoso espectáculo sin amargura y sin derramar lágrimas, porque el gran visir Giafar y los barmecidas eran bien quistos por

su honradez, generosidad y desinterés, no sólo en Bagdad, sino también en todo el imperio del califa.

Nada podía estorbar la ejecución de la orden de aquel príncipe adusto en demasía, e iban a quitar la vida a los hombres más honrados de la ciudad, cuando un joven de agradable aspecto y bien vestido atravesó la muchedumbre, se llegó al visir, y, después de haberle besado la mano, le dijo :

—Soberano visir, Comendador de los emires de esta corte, refugio de los pobres, no sois reo del crimen porque os traen aquí. Retiraos y dejadme purgar la muerte de la dama arrojada al Tigris. Yo soy su asesino y merezco ser castigado.

Aunque esta arenga causara suma alegría al visir, no por eso dejó de apiadarse del joven, y ya iba a responderle, cuando un hombre alto y de edad avanzada abrióse paso por medio del concurso y, acercándose al visir, le dijo :

—Señor, no deis crédito a lo que os está diciendo ese joven : yo fuí el que maté a la dama hallada en el cofre, y sobre mí solo debe recaer el castigo. En nombre de Dios os ruego que no castiguéis al inocente por el culpable.

—Señor—repuso el joven encarándose con el visir—, os juro que fuí yo el que cometí esa maldad, y nadie en el mundo fué cómplice en ella.

—Hijo mío—interrumpió el anciano—, la desesperación os ha traído aquí y queréis anticipar vuestro destino ; en cuanto a mí, hace tiempo que estoy en el mundo y debo no tenerle apego. Dejadme, pues, sacrificar mi vida por la vuestra. Señor—añadió volviéndose al visir—, os repito de nuevo que yo soy el asesino ; mandadme dar muerte sin tardanza.

La discusión entre el anciano y el joven obligó al visir Giafar a conducirlos a entrambos ante el califa, con el beneplácito del juez, que se complacía en favorecerle. Cuando estuvo en presencia del príncipe, besó siete veces el suelo y habló de este modo:

—Comendador de los creyentes, traigo a Vuestra Majestad este anciano y este joven, que se culpan cada cual del asesinato de la dama.

Entonces el califa preguntó cuál de los dos había asesinado tan cruelmente a la dama y la había arrojado al Tigris. El joven aseguró que era él; pero el anciano sostenía por su parte lo contrario.

—Llevadlos—dijo el califa al gran visir—, y que los ahorquen a entrambos.

—Pero, señor—dijo el visir—, si uno solo es delincuente, es injusto matar al otro.

A estas palabras, el joven prosiguió:

—Juro por el Dios Todopoderoso que ha levantado los cielos a la altura en que se encuentran, que yo fuí el que mató a la dama y la arrojé al Tigris hace cuatro días. No quiero participar con los justos del día del juicio final, si lo que digo no es cierto. Yo soy el que debo ser castigado.

El califa quedó atónito con aquel juramento, y le dió tanto más crédito cuanto el anciano nada replicó, y por lo tanto, encarándose con el joven:

—Desastrado—le dijo—, ¿por qué razón cometiste un crimen tan horroroso? ¿Y qué motivo puedes tener para haberte presentado a recibir la muerte?

—Comendador de los creyentes—respondió—, si se escribiera todo lo que ha ocurrido entre esa

dama y yo, sería una historia que pudiera ser utilísima a los hombres.

—Refiérela, pues—replicó el califa.

El joven obedeció y empezó así su narración:

HISTORIA DE LA DAMA ASESINADA Y DEL JOVEN SU MARIDO

—Comendador de los creyentes, ha de saber Vuestra Majestad que la dama asesinada era mi esposa, hija de este anciano, que es mi tío paterno. Apenas había cumplido doce años, cuando me la dió en matrimonio, y desde entonces han mediado otros once. Tuve de ella tres hijos, que están vivos, y debo hacerle la justicia de que nunca me dió el menor disgusto, pues era juiciosa, de buenas costumbres y cifraba todo su afán en complacerme. Por mi parte, yo la amaba mucho y me anticipaba a todos sus deseos, muy lejos de contradecirlos. Hace dos meses cayó enferma y la asistí con cuanto esmero me fué posible. Al cabo de un mes empezó a mejorar y quiso ir al baño. Antes de salir de casa, me dijo:

—Primo (porque siempre me llamaba así), tengo deseo de comer manzanas, y me darías mucho gusto, si pudieras proporcionarme alguna; hace tiempo que tenía este antojo, y te confieso que ha llegado a ser tan vehemente, que temo me suceda alguna desgracia, si no queda pronto satisfecho.

—Haré cuanto pueda para complacerte—le respondí.

Al punto fuí en busca de manzanas a todas las plazas y tiendas, pero no pude hallar una sola, aunque ofrecía por ella un cequí. Volví a casa, desa-

zonado por haberme tomado inútilmente tanta molestia, y en cuanto a mi esposa, cuando volvió del baño y no vió las manzanas, sintió un pesar que no la dejó dormir en toda la noche. Madrugué y recorrí todos los huertos; pero con tan poco éxito como el día anterior. Encontré únicamente a un labrador anciano, quien me dijo que no las encontraría sino en el huerto de Vuestra Majestad en Bassora.

Como yo amaba entrañablemente a mi mujer y deseaba complacerla, tomé un traje de viaje, y, después de haberla enterado de mi intento, marché a Bassora. Dime tanta prisa, que estuve de vuelta a los quince días y traje tres manzanas que me habían costado un cequí cada una. Eran las únicas que había en el huerto, y el hortelano no había querido vendérmelas más baratas. Al llegar se las presenté a mi esposa; pero ya se le había pasado el antojo, y se contentó con recibirlas y ponerlas junto a sí. Continuaba, sin embargo, enferma, y no sabía qué remedio aplicar a su dolencia.

A los pocos días de mi llegada, hallándome sentado en mi tienda en el paraje público en donde se venden toda clase de ricas telas, vi entrar un gran esclavo negro de muy mala catadura, que llevaba en la mano una manzana que conocí ser una de las que yo había traído de Basora. No podía dudarlo, porque sabía que no había ninguna en Bagdad ni en todos los huertos de los alrededores. Llamé al esclavo.

—Buen esclavo—le dije—, infórmame en dónde has cogido esa manzana.

Es un regalo que me ha hecho una amiga mía —respondió sonriéndose—. Hoy fuí a verla y la ha-

llé algo enferma. Vi que tenía allí tres manzanas, y le pregunté dónde las había adquirido, y me respondió que su marido había emprendido un viaje de quince días sólo para ir a buscarlas, y que se las había traído. Cenamos juntos, y al marcharme he cogido ésta.

Semejante revelación me produjo un trastorno indecible. Me levanté, y, después de haber cerrado la tienda, corrí ansioso a mi casa y subí al aposento de mi mujer. Miré si estaban las tres manzanas, y no viendo más que dos, pregunté qué se había hecho de la otra. Entonces mi mujer, volviendo la cabeza hacia donde estaban las manzanas, y no viendo sino dos, me contestó con despego :

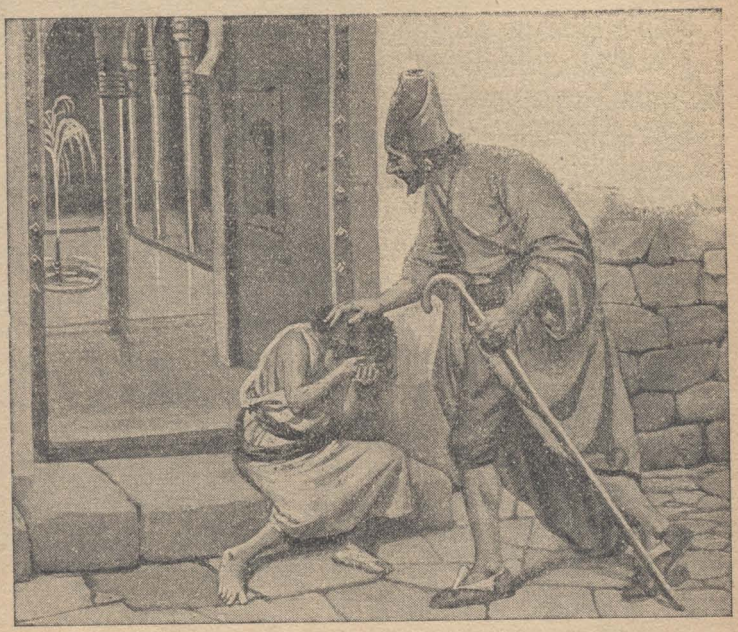
—Primo, yo no sé dónde está.

Arrebatado de celos, desenvainé un cuchillo que llevaba en la cintura, y lo clavé en la garganta de aquella desdichada. Luego le corté la cabeza, la descuarticé y formé un lío que oculté en un cesto, y después de haberlo cosido con hilo de lana encarnada, lo encerré en un cofre que me eché al hombro después de anochecido y lo arrojé al Tigris.

Mis dos hijos menores estaban ya acostados y dormían, y el tercero estaba fuera : a la vuelta le hallé sentado junto a la puerta y llorando amargamente. Preguntéle la causa de su llanto.

—Padre—me dijo—, esta mañana le tomé a mi madre, sin que lo advirtiera, una de las tres manzanas que le trajisteis. La he guardado mucho rato, pero cuando estaba jugando en la calle con mis hermanos, un esclavo alto que pasaba me la ha quitado y llevádosela. He corrido tras él pidiéndosela mil veces, pero por más que le dije que era de mi madre que estaba enferma y que vos habíais

hecho un viaje de quince días en su busca, no ha querido devolvérmela, y como yo le seguía clamando, se ha vuelto, me ha pegado y luego ha echado a correr por varias calles extraviadas, de modo que lo he perdido de vista. Desde entonces he ido a pasearme fuera de la ciudad aguardando que vol-



...le hallé sentado junto a la puerta y llorando amargamente. (Pág. 66.)

vieseis para rogaros, padre, que no le digáis nada a mi madre, por temor de que esto empeore su dolencia. Al acabar estas palabras, se puso a llorar.

La declaración ingenua de mi hijo me causó una aflicción indecible. Conocí entonces lo sumo de mi maldad, y me arrepentí, pero demasiado tarde, de haber dado crédito a las imposturas de aquel desas-

trado esclavo, quien había fraguado, sobre lo que le había dicho mi hijo, la funesta fábula que yo había tenido por una verdad. Mi tío, que está aquí presente, llegó en aquel momento; venía a ver a su hija; pero en lugar de hallarla con vida, vino a saber por mí que ya no existía, porque no le oculté nada, y sin aguardar que me condenara, me declaré el más criminal de todos los hombres. Sin embargo, en vez de hacerme justas reconvenciones, juntó sus lágrimas con las mías y estuvimos llorando al par tres días continuos; él la pérdida de una hija que siempre había amado entrañablemente, y yo la de una mujer que idolatraba.

Ésta es, Comendador de los creyentes, la sincera confesión que Vuestra Majestad ha exigido de mí. Ya sabéis todas las circunstancias de mi crimen, y os ruego humildemente que dispongáis mi castigo. Por riguroso que sea no me quejaré de él, y lo conceptuaré muy benigno.

El califa quedó absorto con lo que el joven acababa de contarle; pero aquel príncipe justiciero, juzgando que era más digno de compasión que delincuente abogó por él.

—La acción de este joven — dijo — es punible ante Dios, pero disculpable entre los hombres. El pícaro esclavo es el único causante de este asesinato, y él debe ser castigado. Por lo tanto—añadió encarándose con el gran visir—, te doy tres días para buscarlo, y si al cabo de ellos no me lo traes, sufrirás la muerte en su lugar.

El desgraciado Giafar, que se había creído fuera de peligro, quedó aterrado con esta nueva orden del califa; pero, como no se atrevía a replicar al príncipe, cuyo genio conocía, se alejó de su presen-

cia y se retiró a su casa bañados los ojos de lágrimas, persuadido de que sólo le quedaban tres días de vida. Estaba tan convencido de que no encontraría al esclavo, que no hizo pesquiza alguna.

—Es imposible—decía—que en una ciudad como Bagdad, en donde hay un sinnúmero de esclavos negros, encuentre al criminal. A menos que Dios me lo dé a conocer como me descubrió al asesino, nada puede salvarme.

Pasó los dos primeros días inconsolable con su familia, que lloraba alrededor de él, quejándose de la severidad del califa, y habiendo llegado el tercero, se dispuso para morir con entereza como un ministro íntegro que nada tenía que echarse en cara. Mandó llamar cadíes y testigos, que firmaron el testamento hecho en su presencia, y después abrazó a su mujer e hijos, y les dió el postrer adiós. Toda su familia se deshacía en llanto formando una escena sumamente trágica. Al fin llegó un palaciego, quien le dijo que el sultán se empeñaba más y más en saber noticias suyas y del esclavo negro que le había mandado buscar.

—Tengo orden—añadió—de conduciros a su presencia.

El visir, afligido, se disponía a seguirle, pero cuando iba a salir, le trajeron la menor de sus hijas, que podía tener cinco o seis años. Las mujeres que la cuidaban venían a presentársela a su padre para que la viera por última vez.

Como la quería entrañablemente, pidió al palaciego que se detuviera un momento, y acercándose a su hija, la tomó en brazos y besó repetidas veces. Al besarla advirtió que tenía en el pecho un bultito que despedía olor.

—Hija mía—le dijo—, ¿qué traes en el pecho?

—Querido padre—le respondió—, es una manzana sobre la cual está escrito el nombre del califa nuestro señor y amo. Nuestro esclavo Rian me la vendió en dos cequíes.

Al oír las palabras manzana y esclavo, el gran visir Giafar prorrumpió en un alarido de asombro con arrebatos de júbilo, y metiendo al punto la mano en el pecho de su hija, sacó la manzana. Mandó llamar al esclavo, que no estaba lejos, se encaró con él y le dijo :

—Bribón, ¿en dónde cogiste esta manzana?

—Señor—respondió el esclavo—, os juro que no la he robado en vuestra casa ni en el huerto del califa. El otro día, al pasar por una calle junto a unos niños que jugaban, vi que uno la tenía en la mano, se la quité y me la llevé. El niño vino corriendo detrás de mí diciéndome que la manzana no era suya, sino de su madre que estaba enferma ; que su padre había emprendido un largo viaje para satisfacer el deseo que tenía, y había traído tres, y que aquélla era una de tantas que le había quitado a su madre sin que lo advirtiera. Por más que me rogó que se la volviera, no quise hacerlo ; la traje a casa y la vendí por dos cequíes a vuestra hija menor. Esto es cuanto tengo que deciros.

Giafar estaba atónito, sin comprender cómo la bellaquería de un esclavo había sido causa de la muerte de una mujer inocente y casi de la suya. Llevó consigo al esclavo, lo presentó al califa y refirió a éste lo ocurrido.

Indecible fué la extrañeza del califa, y no pudo contenerse prorrumpiendo en carcajadas. Al fin recobró su aspecto grave, y le dijo al visir que ya que

—Bribón, ¿en dónde cogiste esta manzana? (Pág. 70.)

su esclavo había causado semejante desmán, se le castigara como merecía.

Y de este modo se libró de ser ahorcado el visir, cuyo lugar en el patíbulo ocupó el esclavo que fué causa ocasional del crimen.

Al terminar este cuento Schenarda, la luz de un nuevo día, filtrándose por los intersticios de la ventana, iluminó el aposento de Schariar.

—Princesa y esposa mía—dijo el soberano—, mucho me ha complacido la historia que acabáis de contarme, y tanto ésta como las demás que habéis referido en noches anteriores me han distraído agradablemente.

—Puesto que he tenido la suerte de complacer a mi esposo y señor—repuso Schenarda—, si Su Majestad se digna prolongarme aún la vida, le referiré en noches sucesivas otras historias tan divertidas e interesantes como las que ya ha oído.

Schariar no contestó, pero se abstuvo de ordenar que dieran muerte a Schenarda, con gran satisfacción del visir y de los cortesanos que ignoraban el medio de que se valía la esposa del cruel soberano para conservar la existencia.

Al día siguiente Schenarda, a la hora acostumbrada, después que la hubo despertado su hermana Diznarda, empezó la

HISTORIA DEL PRINCIPE CAMARALZAMAN

A veinte días de navegación de las costas de Persia existe una isla llamada de los Niños Ca-

lendas, gobernada por un rey llamado Chazaman, quien se consideraba el más feliz de los monarcas a causa de la paz y de la prosperidad de su reino. Una sola cosa turbaba su felicidad : la de ser ya viejo y no tener ningún hijo. Un día, quejándose de esta desgracia, preguntó a su visir si conocía algún medio para remediarla.

—Súbditos tenéis que os aman—repuso el visir—, y creo que debierais repartir limosnas entre ellos para que pidan a Dios que os dé esa satisfacción, porque sólo Dios puede hacerlo.

Chazaman aceptó este consejo y el Cielo le concedió el hijo que deseaba, a quien puso el nombre de Camaralzaman, esto es, *Luna del siglo.*

El sultán dió a su hijo los mejores preceptores, y cuando el príncipe cumplió los quince años de edad, Chazaman, que tantas pruebas habíale dado de su amor, pensó en cederle el trono.

El gran visir, a quien comunicó su proyecto, aunque sabía que nada podría disuadir al sultán de lo que se había propuesto, le dijo :

—Señor, el príncipe es todavía muy joven para soportar la pesada carga del gobierno del Estado. Si teme Vuestra Majestad que el ocio lo pervierta, ¿no sería mejor casarlo?

Pareció bien al sultán el consejo y llamó en seguida al príncipe.

—Hijo mío—le dijo—, te he llamado para decirte que deseo casarte ; ¿qué te parece?

El príncipe contestó tras un momento de silencia y de turbación manifiesta :

—Señor, como soy tan joven aún, no esperaba que me hicierais semejante pregunta. No sé—agregó—si podré resolverme algún día a soportar el

yugo del matrimonio, no sólo porque las mujeres molestan demasiado, sino también porque he leído en nuestros autores que son maliciosas y pérfidas.

—Debes tener en cuenta, sin embargo—repuso el sultán, desconcertado—, que un príncipe como tú, destinado a gobernar un gran reino, es preciso que piense en tener descendencia que le suceda en el trono.

Y, dicho esto, le mandó que se retirara.

Al cabo de un año le volvió a llamar y le dijo:

—¿Has pensado en lo que te hablé acerca de mis proyectos de casarte?

—Señor—replicó el príncipe—, lo he pensado, y muy seriamente, y estoy firmemente resuelto a no contraer matrimonio.

Dicho esto en forma irreverente, volvió las espaldas a su padre y salió del aposento.

El sultán, hondamente apenado, se dirigió a las habitaciones de la madre del príncipe para que ésta secundase sus planes; pero la intervención de Fátima no dió mejores resultados.

—Madre mía—contestó Camaralzaman a las insistencias de aquélla—, no dudo de que existe en el mundo un número muy considerable de mujeres discretas, amables y virtuosas; pero la dificultad consiste en acertar en la elección, y el temor de equivocarme es lo que me retrae.

Y no hubo medio de convencer al obstinado príncipe.

Transcurrió otro año, y Camaralzaman volvió a dar una respuesta negativa a los ruegos de su padre, el cual, indignado al fin, lo mandó encerrar en una de las torres del palacio sin otra servidumbre que un eunuco.

El príncipe, lejos de apenarse, sintió una gran alegría porque así tenía tiempo para dedicarse a sus estudios.

En la misma torre que servía de prisión a Camaralzaman existía un pozo en el que se albergaba el hada Maimocene. Cierta noche que el príncipe dormía, salió el hada del pozo y se quedó extasiada contemplando la belleza sin igual del hijo del sultán, y le besó en ambas mejillas sin despertarle. En aquel instante sintió un batimiento de alas, y el hada remontó su vuelo hacia la parte de donde procedía el rumor y reconoció a un Genio llamado Dauhasch.

El Genio se estremeció de espanto al ver el hada, pues sabía que ésta tenía sobre él una superioridad incontestable, porque no era rebelde a Dios.

—Maimocene—le dijo con acento suplicante—, si me prometes no hacerme daño, te contaré un hecho sorprendente.

—Habla—contestó el hada—; te prometo lo que pides.

—Pues bien, vengo de la China, situada cerca de las últimas islas del mundo, uno de los más grandes reinos de la tierra. El rey actual se llama Gaiour y tiene una hija única, la joven más hermosa que haya existido jamás, de cabellera tan abundosa y larga que le llega hasta los pies. Su padre la ama con pasión y un amante no la guardaría con más cuidado, para evitar que se acerque a ella el que no haya de ser su esposo. A fin de que no pueda aburrirse en el encierro a que la tiene obligada, ha hecho construir siete palacios, el primero de cristal de roca, el segundo de bronce, el tercero de fino acero, el cuarto de otra especie de bronce más

precioso aún, el quinto de mármol blanco, el sexto de plata y el séptimo de oro macizo. Extendida la fama de su belleza por todas las partes del mundo, los más poderosos reyes han pedido por esposa a la princesa china; pero su padre no quiere violentarla, sino que haga libremente su elección. Finalmente llegaron los embajadores de un rey mucho más poderoso y rico que todos los anteriores, y el rey de China consultó a la princesa en presencia de aquéllos.

—Padre mío—le contestó la hermosa joven—, no dudo de que al casarme tratáis de asegurarme la dicha, y estos sentimientos no puedo por menos de agradecéroslos. Mas decidme, ¿al lado de qué rey podré tener los tesoros, los palacios, las alegrías de que gozo junto a Vuestra Majestad? Mas, aunque nada de esto me faltase y tuviese todos los honores que aquí se me rinden como si fuese reina, los hombres quieren siempre mandar y yo no estoy dispuesta a obedecer a nadie, excepción hecha de mi padre. He dicho a Vuestra Majestad que jamás me casaré, y no obstante insistís en vuestros propósitos. Pues bien, si me volvéis a hablar de matrimonio, me clavaré un puñal en el pecho para librarme de vuestras importunidades.

—¡Hija desnaturalizada!—exclamó el rey de China—; estás loca, y como tal serás tratada.

Marcháronse los embajadores y el rey mandó que encerrasen a su hija en una reducida habitación de uno de los siete palacios, poniendo a su servicio únicamente dos esclavas, una de las cuales había sido su nodriza.

—Bella Maimocene—prosiguió el Genio—, yo voy todos los días a contemplar esa beldad incom-

parable, y a pesar de mi maldad instintiva, no me ha pasado jamás por las mientes ocasionarle el más ligero daño. Ven conmigo, te lo ruego; vamos a verla.

—¡Has querido burlarte de mí!—exclamó el hada—. Dijiste que me contarías un hecho sorprendente y sales con una simpleza. ¿Qué dirías, pues, si hubieses visto, como yo, al más hermoso de los príncipes? Y a propósito, ¿sabes que le ocurre exactamente lo mismo que a la princesa de quien me has hablado? Está encerrado en una torre, de la que acabo de salir después de haberlo contemplado con arrobamiento.

—No quiero contradecirte—repuso el Genio—; pero hay un medio para convencerte de que te he dicho la verdad: ven conmigo a ver la princesa y luego me enseñas el príncipe.

—No es preciso que yo me moleste—contestó el hada—; ve por la princesa y tráetela en seguida a la torre.

Dauhasch obedeció, y a los pocos momentos estaba de vuelta transportando a la princesa dormida, que depositó en el lecho del príncipe.

Largo rato discutieron el hada y el Genio sobre cuál de los dos jóvenes era el más hermoso, hasta que, impacientada, Maimocene golpeó el suelo con el pie y al punto apareció un Genio horrible que fué a postrarse a los pies del hada.

—Levántate, Caschach—le dijo Maimocene—. Te he llamado para que decidas nuestra disputa y digas francamente quién es el más hermoso de esos dos jóvenes: si la mujer o el hombre.

Caschach miró a los durmientes con admiración y estupor.

—Maimocene—repuso luego—, te engañaría y me traicionaría a mí mismo si dijese que encuentro en ellos alguna diferencia. Ambos son incomparablemente hermosos.

El hada se transformó en pulga y picó al príncipe en el cuello. Camaralzaman se llevó la mano a

...transportando a la princesa dormida, que depositó en el lecho del príncipe. (Pág. 77.)

la parte dolorida, y la dejó caer luego sobre la mano de la princesa. Sorprendido de hallar una mujer en su propio lecho, se incorporó vivamente, y al punto quedó prendado de aquella joven tan hermosa.

Pero en el momento en que se disponía a despertarla, le asaltó la sospecha de que aquello era obra del sultán, su padre, para inducirle al matri-

monio, y se contuvo. La princesa llevaba sortijas en la diestra y Camaralzaman le quitó una que substituyó por otra de las suyas. Hecho esto, le volvió las espaldas y se durmió tranquilamente.

Dauhasch se transformó a su vez en pulga y picó a la princesa, que se despertó sobresaltada, y al ver a un hombre a su lado se quedó al pronto sorprendida y luego admirada de la sobrehumana belleza del joven príncipe.

—¡Cómo!—exclamó luego—; ¿sois vos el esposo que me destina mi padre? ¡Cuánto siento no haberlo sabido, pues no hubiera estado privada tanto tiempo de un marido a quien no puedo por menos que amar con todo mi corazón!

Dicho esto, la princesa le tomó la mano, procurando no despertarle, vió su anillo en el anular de Camaralzaman, miró el que éste le había puesto, y no teniendo ya dudas de que era su esposo, volvió a dormirse profundamente.

—Y bien, maldito—dijo el hada a Dauhasch—, ¿estás convencido ya de que el príncipe es más hermoso?

Y dirigiéndose al otro Genio, añadió:

—Te doy las gracias por haber acudido a mi evocación. Toma ahora a la princesa y, ayudado por Dauhasch, llévala a China, su patria.

Los dos Genios obedecieron.

A la mañana siguiente, Camaralzaman, ciego de ira al notar que la hermosa dama había desaparecido, dió tales muestras de haber perdido el juicio, que no se pudo menos de dar aviso al sultán.

El pobre anciano, que no había podido prever esta nueva desgracia, envió a su gran visir para que se informara de lo que ocurría.

—Me alegro de que hayáis venido—le dijo el príncipe—; ¿dónde está la mujer que introdujeron anoche aquí por orden de mi padre suponiendo que me enamoraría de ella? ¡Pronto! ¿dónde está? ¡Quiero que sea mi esposa!

—Señor—repuso—, no sé una palabra de lo que me decís y temo que se os haya extraviado la razón.

—¿De manera que tú también te has propuesto desesperarme? ¡Pues no te irás sin tu merecido!

Y esto diciendo, el príncipe agarró por las barbas al visir y comenzó a descargarle tremendos puñetazos.

Maltrecho y dolorido escapó, al fin, el anciano de manos del príncipe, y dió cuenta al sultán de lo que le había sucedido, asegurando que Camaralzaman estaba loco.

El sultán quiso convencerse por sus propios ojos de la nueva desgracia que le amargaba la existencia y, acompañado del visir, se trasladó a la prisión de su hijo.

El príncipe leía tranquilamente un libro, y al ver a su padre se levantó y acogióle con la mayor cordura y respeto.

El sultán cambió con el visir una mirada de alegre sorpresa.

—Veamos, hijo mío, ¿qué es lo que te pasa?—preguntó afablemente al príncipe.

—Señor—contestó éste—, os suplico que me deis la esposa que anoche introdujisteis en este aposento y reposó en mi lecho.

—Has debido soñarlo, hijo mío—repuso el sultán—. Ni yo conozco a esa mujer de que me hablas, ni he tenido jamás semejantes propósitos.

Camaralzaman le hizo entonces un minucioso

...el príncipe agarró por las barbas al visir y comenzó a descargarle tremendos puñetazos. (Pág. 80.)

relato de la escena desarrollada la noche anterior, y terminó diciendo :

—Vuestra Majestad conoce todos mis anillos; ved, pues, si éste me ha pertenecido jamás y decidme si estoy loco como pretende el visir.

El sultán reconoció, al fin, que no había sido un sueño, y lamentándose de no disponer de medios para descubrir el paradero de la amada de su hijo, sacó a éste de la prisión y le devolvió todos sus honores. Mas el desgraciado príncipe enfermó gravemente de amor.

Una escena parecida se desarrollaba al mismo tiempo en la prisión de la princesa, y el rey de China, creyendo que su hija había perdido la razón, mandó que la cargasen de cadenas y que sólo la vigilase su nodriza.

Trastornado por el dolor, había publicado al mismo tiempo un bando prometiendo la mano de la princesa al médico o al astrólogo que la curase y conminando con la pena de muerte al que no lo lograse.

Presentóse un astrólogo, y después de examinar atentamente a la princesa, dijo que ésta había perdido realmente el juicio, pero que su locura era de amor.

Y el incrédulo rey mandó decapitar al astrólogo.

Finalmente se presentó un sabio, hermano de leche de la princesa, hijo de la nodriza que la vigilaba, a quien amaba aquélla entrañablemente, y fué introducido en secreto en la prisión de la joven.

—Hermano mío—le dijo ésta—, ¿ creéis que realmente estoy loca ? Escuchad.

Y le relató minuciosamente lo que le ocurrió en la torre del príncipe, mostrándole luego el anillo.

—Princesa—repuso el joven sabio, que se llamaba Marzaban—, si lo que me habéis dicho es cierto, como creo, no desespero de poder daros la satisfacción que deseáis. Únicamente os ruego que os arméis de paciencia hasta que yo recorra los reinos que aun no he visitado, y cuando sepáis que estoy de vuelta dad por seguro que aquel a quien amáis está muy cerca de mí.

Dicho esto, se retiró Marzaban, que emprendió su viaje al día siguiente.

Tras una larga y feliz travesía, llegó el joven a la capital del reino de Chazaman; pero a la entrada misma del puerto naufragó el barco que le conducía y estuvo a punto de perecer. No obstante, como era buen nadador, ganó la orilla, precisamente junto al palacio de Chazaman, donde fué recogido y cuidado por expresa orden del rey.

El gran visir, sabiendo que Marzaban era astrólogo, le habló de la enfermedad de Camaralzaman, y el joven expresó su deseo de visitarlo con objeto de ver si había medio de curarle.

El visir condujo al sabio a las habitaciones del príncipe, que estaba a la sazón acompañado de su padre.

—¡Cielos!—exclamó al verle—. ¡Qué parecido tan asombroso!—añadió, recordando a la princesa de China.

Camaralzaman, que estaba en el lecho, abrió los ojos y miró fijamente a Marzaban, quien se aprovechó de aquella ocasión aparentemente para saludarlo, pero en realidad para contarle con frases que él no podía comprender, la historia de la princesa y el estado en que ésta se encontraba.

El rostro del enfermo se iba iluminando poco a

poco, y cuando Marzaban hubo terminado, suplicó al rey que lo dejara a solas con el astrólogo. Chazaman le complació enajenado de gozo por el feliz cambio que se había operado en su hijo.

—Príncipe—dijo Marzaban, cuando hubo salido el rey—, hora es ya de que cesen vuestras penas. Conozco a la mujer que amáis : es la princesa Badoure, hija del rey de China. Ella no sufre menos que vos y es preciso que la curéis con vuestra presencia. Mas para emprender tan largo viaje, es necesario estar completamente sano ; por lo tanto, ahora sólo debéis pensar en curaros.

Al cabo de pocos días, el príncipe se hallaba en disposición de emprender el viaje, y valiéndose de una estratagema para evitar que el rey Chazaman le impidiese ir a China, salió de la capital como si fuese de cacería, y embarcándose en el puerto más próximo en compañía de Marzaban, llegaron felizmente al término de su larga excursión.

Marzaban, en vez de llevar al príncipe a su casa, le alojó en la posada de extranjeros, e instruído convenientemente sobre lo que debía hacer y decir, al siguiente día se presentaba Camaralzaman en las puertas de palacio disfrazado de astrólogo.

Introducido a presencia del soberano, el príncipe se postró a sus pies y dijo, cuando fué autorizado para hablar :

—Señor, soy astrólogo y me propongo curar a la respetable princesa Badoure, hija del alto y poderoso monarca Gaiour, rey de China, conformándome con las condiciones del bando dado por Vuestra Majestad de morir, si fracaso en mi empeño, o de ser el esposo de la princesa si a mí debiera su curación.

El rey de China mandó entonces a un eunuco que acompañase a Camaralzaman a la prisión de Badoure, y cuando estuvieron en el fondo de una galería, aquél, que por su condición de astrólogo llevaba todo lo necesario para escribir, sacó un pliego de papel, tintero y pluma y trazó las siguientes líneas:

«El príncipe Camaralzaman a la princesa de la China:

»Adorada princesa: el amoroso príncipe Camaralzaman no os hablará de los inexpresables dolores que experimenta desde la noche fatal en que vuestra belleza le hizo perder la libertad para mantener la resolución que había tomado de no casarse jamás; pero sí os asegurará que os entregó aquella noche su corazón y al mismo tiempo un anillo que era prenda de su amor, y tomó, en cambio, el vuestro. Hoy os envía ese anillo junto con esta carta. Si os dignáis devolvérselo, se consideraría el más feliz de los amantes; y si lo conserváis morirá resignado y contento por cuanto esa muerte será nueva prueba del amor que os profeso. En vuestra antecámara espera la contestación.»

—Toma—dijo al eunuco—, lleva esta carta a tu ama. Si no se cura en cuanto la haya leído, puedes decir que soy el astrólogo más imprudente del mundo.

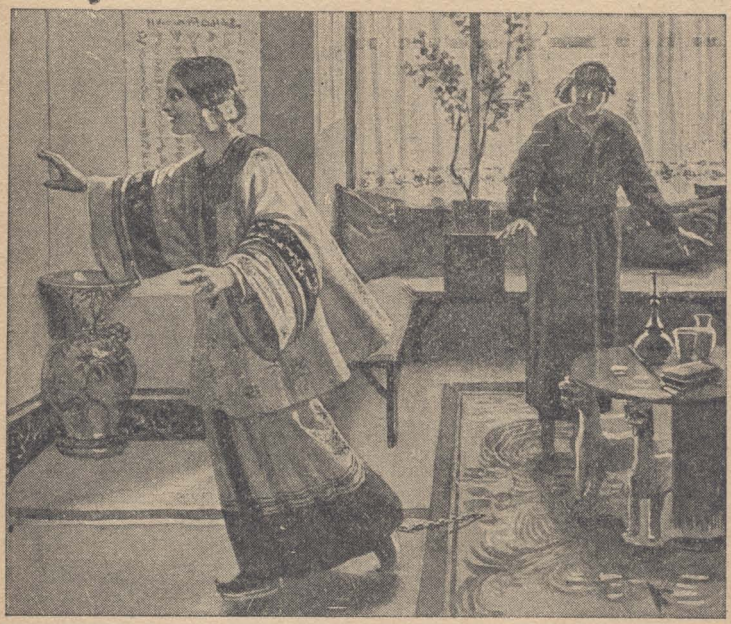
En efecto, apenas hubo visto la princesa el anillo, se levantó violentamente, sacudió la cadena con tal fuerza, que logró romperla y salió corriendo a la antecámara.

Reconoció a la primera mirada al príncipe y se abrazaron con infinita ternura.

—Tened — dijo la princesa—, mi anillo, porque quiero conservar el vuestro mientras viva.

El eunuco corrió entretanto a poner en conocimiento del rey lo que ocurría.

—Señor—le dijo—, todos los médicos y astrólogos que han visitado a la princesa eran unos igno-



...sacudió la cadena con tal fuerza, que logró romperla... (Pág. 85.)

rantes; mas el que ahora ha venido, sin verla siquiera, la ha curado.

Enajenado de alegría, corrió el rey a abrazar al príncipe, tomó luego una mano de éste, la puso entre las de su hija y le dijo:

—Afortunado extranjero, quienquiera que seas, te la doy por esposa.

—Y yo lo acepto gustosísima—repuso la princesa.

Entonces Camaralzaman se dió a conocer, diciendo que no era astrólogo sino príncipe e hijo de reyes.

Se celebraron en seguida las bodas con gran magnificencia, y los esposos vivieron algunos meses completamente felices.

Pero una noche soñó Camaralzaman que su padre se hallaba moribundo, y al despertarse, dominado aún por la emoción que su triste sueño le había producido, expresó a su esposa el deseo de trasladarse a la corte de su padre. La princesa se obstinó en acompañarle, y el rey de China, aunque la separación había de resultarle muy dolorosa, consintió en que su hija acompañase a Camaralzaman, a condición, empero, de que habían de regresar ambos al cabo de un año.

Emprendieron los esposos el viaje, y a los varios meses de camino llegaron a una espléndida llanura, donde decidieron acampar.

Mientras el príncipe dirigía la colocación de las tiendas de su numeroso séquito, la princesa se retiró a la suya y, para estar más cómoda, se hizo quitar el cinturón por una de sus esclavas. Cuando Camaralzaman volvió a reunirse con su esposa, ésta dormía plácidamente, y viendo el cinturón lo tomó para examinar los brillantes y demás piedras preciosas de que estaba guarnecido. De pronto observó que entre el forro y la tela había un objeto duro, y excitada su curiosidad, lo descosió para ver de qué se trataba : era un talismán que la reina de China había entregado a su hija para que fuese feliz mientras no se desprendiese de él.

Camaralzaman salió de la tienda para examinar mejor el talismán, y tuvo la desgracia de que se le cayera al suelo. En aquel momento descendió un pájaro, se apoderó del talismán y, llevándolo en el pico, elevóse al espacio, bajando de nuevo al suelo a cada momento.

El príncipe, deseando recobrar el talismán, siguió al pájaro, sin darse cuenta de que se alejaba del campamento. Al undécimo día desapareció el pájaro, pero no por eso dejó de andar y andar el príncipe hasta que llegó a las puertas de una gran ciudad sobre cuyos muros volvió a ver el pájaro que en aquel momento se tragaba el talismán.

Profundamente afligido, recorrió el príncipe algunas calles de la ciudad y entró, por último, en un huerto cuya puerta estaba abierta.

Era el hortelano un hombre de muy nobles sentimientos. Al ver al extranjero, abandonó el trabajo, le llevó a su casa donde le dispensó todas las atenciones de la verdadera hospitalidad, y cuando el príncipe hubo comido y descansado le preguntó el motivo de su llegada.

Camaralzaman le hizo un completo relato de su aventura, y acabó preguntándole cuándo y cómo podría regresar a la capital del reino de su padre.

—¡Ah, hijo mío!—le contestó el hortelano—. Desde esta ciudad a los países en que gobiernan los musulmanes hay un año de camino. Por mar se llega en mucho menos tiempo; pero habéis de esperar un año hasta que salga el buque que va a la isla de Ébano, desde donde os podréis trasladar fácilmente a la isla de los Niños Calendas. Entretanto, si queréis esperar todo ese tiempo, os ofrezco mi casa con mucho gusto.

El príncipe aceptó el ofrecimiento y se quedó en casa del hortelano.

Dejémosle allí para reunirnos con la princesa.

Cuando la hermosa joven se despertó, sorprendióse desagradablemente de no ver en la tienda a su esposo; luego, como las horas transcurriesen sin que el príncipe volviera, comenzó a dejarse vencer por la más honda tristeza, y cuando llegó la noche, sospechando que a su esposo le había ocurrido alguna desgracia, se sobrepuso a su dolor y tomó una resolución poco común en su sexo. Únicamente sus esclavas estaban enteradas de la desaparición del príncipe, y esta circunstancia favoreció sus planes. Prohibióles, bajo pena de muerte, que hablasen con nadie de lo que ocurría, vistióse con las ropas de su marido, y en cuanto amaneció el nuevo día montó en un caballo, colocó a una de sus mujeres en la litera y ordenó que se reanudase el viaje.

Tenía un parecido tan sorprendente con el príncipe, que nadie en el campamento sospechó la superchería.

Al cabo de varios meses de viaje por tierra y por mar, arribó felizmente el buque que la conducía a la capital de la isla de Ébano.

Al punto se propagó la noticia de que acababa de llegar en aquel buque el príncipe Camaralzaman, que realizaba un viaje de placer, y apenas llegó el rumor a oídos del rey se trasladó éste al puerto en el momento que desembarcaba el supuesto príncipe.

El soberano, que creía ver en Badoure el hijo de un rey poderoso y amigo, le dispensó una acogida cariñosísima, lo hospedó en su palacio y mandó que se celebraran festejos en su honor.

Transcurridos tres días, Badoure expresó su deseo de volver a embarcarse para proseguir su viaje; pero el rey, que estaba encantado del que él suponía príncipe, le dijo:

—Señor, como veis, soy ya muy viejo y Dios no me ha concedido la gracia de darme un hijo que me suceda en el trono. Tengo, sin embargo, una hija bellísima, y digna en todo de un príncipe como vos. Tomadla, pues, por esposa, junto con mi corona que pondré en vuestras manos el mismo día de la boda, y renunciad a abandonar este reino.

La princesa Badoure se quedó un momento perpleja: ¿cómo iba ella a tomar esposa no siendo hombre? Pero, como era pronta en sus resoluciones, pensó que tal vez aseguraría así un reino a su esposo, y contestó sin vacilar:

—Grande es el honor y la merced que me hacéis y sería muy ingrato si los rehusase. Acepto, pues, vuestra hija y vuestra corona, a condición, empero, de que nunca me han de faltar vuestros consejos, cuando de gobernar al reino se trate.

Quedó así convenido y a los pocos días se celebraba solemnemente la ceremonia del casamiento del supuesto Camaralzaman con la hija del rey de Ébano, que se llamaba Hayatalnefous.

En cuanto los nuevos esposos se hallaron solos en su dormitorio, la princesa Badoure se arrojó a los pies de su *esposa* y le dijo:

—Amable y bellísima princesa, reconozco toda la gravedad de mi falta y me culpo y condeno a mí misma; pero, siendo tanta vuestra bondad, espero que, cuando conozcáis mi desgracia, me perdonaréis y no revelaréis jamás el secreto de lo que voy a deciros.

Y le hizo un minucioso relato de su vida.

—Princesa—repuso Hayatalnefous—, cruel ha sido el Destino separándoos tan pronto de un marido tan amante y tan amado, y hago votos porque os volváis a reunir cuanto antes. Entretanto, os juro que guardaré vuestro secreto, en la confianza de que seguiréis gobernando el reino tan digna-

...la princesa Badoure se arrojó a los pies de su *esposa*... (Pág. 90.)

mente como habéis comenzado. Os pedía un amor que no podéis otorgarme; pero me consideraré feliz si no me consideráis indigna de vuestra amistad.

Dicho esto, las dos princesas se abrazaron.

Entretanto, el príncipe Camaralzaman continuaba en la ciudad de los idólatras, en casa del hortelano, cultivando la tierra.

Cierta mañana que, como de costumbre, se dirigía a su trabajo, obligáronle a levantar la cabeza los chillidos de dos pájaros que reñían en lo alto de un árbol. Al cabo de un momento cayó al suelo uno de ellos herido de muerte, y mientras su enemigo remontaba el vuelo, otros dos pájaros, de mayor tamaño, se precipitaron sobre el caído y en un abrir y cerrar de ojos lo transportaron a un hoyo que hicieron con sus garras, en el que le dieron sepultura. Hecho esto, volvieron a volar y reaparecieron a los pocos instantes llevando prisionero al pájaro asesino, y depositándolo sobre la tumba de su compañero le quitaron la vida, destrozándolo horriblemente.

Camaralzaman quedó sumamente sorprendido de aquel espectáculo, y cuando desaparecieron los vengadores se acercó al destrozado cadáver y se le ocurrió examinar su interior. ¡Júzguese cuál sería su sorpresa al encontrar en el estómago del pájaro el talismán de la princesa de China!

Repuesto de su emoción, comenzó su trabajo, que consistía aquel día en cortar un árbol. Otra sorpresa le aguardaba: al descargar el primer hachazo en las raíces, oyó un ruido metálico y el arma rebotó. Intrigado por este hecho, el príncipe apartó cuidadosamente la tierra, dejando al descubierto una plancha de bronce que ocultaba la entrada de un subterráneo.

Bajó resueltamente los diez escalones que se ofrecieron a su vista al levantar la plancha, y se encontró en una vasta cueva que encerraba cincuenta grandes ánforas llenas de polvo de oro. Salió de la cueva y se apresuró a poner el hecho en conocimiento del hortelano.

Éste había sabido la víspera que el buque que hacía la travesía a la isla de Ébano zarparía dentro de pocos días, y apenas vió al joven le dijo alegremente:

—Hijo mío, preparaos para regresar a vuestra patria en el término de tres días.

—Nada más grato podíais anunciarme en el estado en que me encuentro.

Y le habló de su hallazgo y de su propósito de entregárselo.

El buen hortelano se opuso a aceptar aquel tesoro; pero, al fin, tras larga discusión, se avino a quedarse con veinticinco de las cincuenta ánforas llenas de polvo de oro.

Inmediatamente se hicieron los preparativos para la partida del príncipe, y para evitar la codicia de los ladrones y los riesgos que podía correr el tesoro si se traslucía siquiera el contenido de las ánforas, decidieron colocar el polvo de oro en cincuenta vasijas recubiertas de aceitunas, que era un fruto muy estimado en Ébano, donde escaseaba siempre.

Así lo hicieron, y temeroso Camaralzaman de que se le perdiese el talismán, lo ocultó entre el oro de una de las vasijas.

El pobre hortelano, sea porque hubiese trabajado demasiado aquel día, por la emoción o a causa de su edad avanzada, pasó muy mala noche y al tercer día estaba gravemente enfermo.

El capitán del buque y varios marineros se presentaron en el huerto para hacerse cargo de las mercancías y prevenir al viajero.

—¿Quién es el pasajero que ha de embarcar?—preguntó el capitán al príncipe.

—Soy yo—repuso éste—; el hortelano que os habló no puede recibiros porque está muy enfermo; pero esto no impide que llevéis a bordo esas vasijas de aceitunas, que son las mercancías que llevaré a Ébano.

Los marineros cargaron con los bultos y el capitán dijo, al tiempo de retirarse:

—Venid en seguida porque el viento es favorable y sólo espero a vos para hacerme a la vela.

Cuando el príncipe volvió a entrar en el aposento del hortelano, éste agonizaba y a los pocos instantes dejaba de existir.

Camaralzaman se apresuró a lavar el cadáver y darle sepultura en el mismo huerto; pero, por mucha prisa que se dió, cuando llegó al puerto el buque habíase hecho a la mar.

El desgraciado príncipe hubo de volver a casa del hortelano, que le había hecho donación de sus bienes, resignado a esperar un año más cultivando la tierra.

El buque, con viento favorable durante toda la travesía, llegó felizmente a Ébano.

El nuevo rey o, mejor dicho, la princesa Badoure, había ordenado que ninguna nave desembarcara las mercancías que transportase sin que el capitán se presentase antes en palacio. Así, pues, en cuanto echó el ancla el buque que debía haber conducido a Camaralzaman, su capitán se apresuró a cumplir el bando.

El supuesto rey hizo al marino diferentes preguntas acerca de los pasajeros y de las mercancías, y en cuanto oyó decir que entre éstas había cincuenta vasijas de aceitunas, fruto que le gustaba sobremanera, dijo al capitán:

—Las compro todas, pero haced que las desembarquen en seguida para que nos arreglemos sobre el precio.

—Señor—repuso el marino—, esas cincuenta vasijas pertenecen a un mercader que se quedó en tierra por no haber llegado a tiempo.

—¿Qué importa?—replicó la princesa—. Haced que las desembarquen, puesto que he de pagar por ellos su justo precio.

El capitán envió su chalupa al buque para recoger las vasijas.

Como la noche estaba ya próxima, Badoure se retiró a las habitaciones de la princesa Hayatalnefous e hizo llevar allí las aceitunas. Abrió una de las vasijas y al observar que las aceitunas estaban cubiertas de polvo de oro, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

Mandó entonces a las esclavas que valorasen todas las vasijas, y cuando le tocó el turno a la en que Camaralzaman había ocultado el talismán, lanzó un grito y estuvo a punto de desmayarse.

Pero se repuso en seguida, besó repetidas veces el talismán y se retiró a sus habitaciones, después de ordenar que a la mañana siguiente se le presentase el capitán del buque.

—Dadme—le dijo, cuando fué conducido a su presencia—noticias más concretas y precisas del mercader que es dueño de las aceitunas que compré ayer.

—Señor—repuso el capitán—, yo había convenido su embarque con un hortelano de edad avanzada, el cual me dijo que le encontraría siempre en su huerto y me indicó el lugar donde trabajaba...

—Pues, siendo así—interrumpió la princesa—,

debéis haceros a la vela hoy mismo con rumbo a la ciudad de los idólatras y me conducís al joven hortelano; de lo contrario, confiscaré vuestro buque con todo lo que contiene.

El capitán nada tuvo que oponer a semejante mandato y se hizo al punto a la mar. La travesía fué muy feliz y arribó de noche al término de su viaje. El capitán desembarcó sin pérdida de tiempo y, acompañado de seis marineros, se encaminó al huerto. El propio Camaralzaman salió a abrirles la puerta, y antes de que éste pudiera darse cuenta de nada, los marineros se apoderaron de él y lo condujeron a bordo. El buque levó en seguida anclas y, tras de una travesía no menos feliz que a la ida, fondeó en la isla de Ébano. El capitán, a pesar de ser ya hora muy avanzada de la noche, desembarcó en la isla para acompañar al príncipe a palacio.

En cuanto Badoure tuvo noticias de la llegada de su marido, de acuerdo con Hayatalnefous de lo que habían de hacer en lo sucesivo, despojóse de su traje masculino e hizo entrar a Camaralzaman en su aposento.

El príncipe la reconoció en seguida y se arrojó en sus brazos enajenado de gozo.

Pasados los primeros transportes de su amor desbordante, sentáronse uno al lado de otro en un diván y la princesa le contó a su esposo todo lo que había ocurrido desde el día en que se separaron. El príncipe, a su vez, le hizo una relación minuciosa de sus aventuras.

A la mañana siguiente, la princesa mandó rogar al rey, su *suegro*, que se dignase pasar a sus habitaciones.

Apresuróse Armanos, que tal era el nombre del monarca, a complacer a su *yerno*, y se quedó sorprendido al ver una mujer en compañía de un extranjero.

—Señor—le dijo la princesa—, ayer era yo el rey, pero ahora soy la princesa de China, mujer del verdadero príncipe Camaralzaman, aquí presente. Si Vuestra Majestad se digna tener paciencia para oír mi historia, espero que no me condenaréis por haberos engañado.

El rey escuchó muy sorprendido el relato de la princesa y le perdonó el engaño de hacerse pasar por hombre.

Si el príncipe Camaralzaman hubiera sido soltero, el rey Armanos le habría dado por esposa a su hija Hayatalnefous; pero, como esto no era posible, estando ya casado, lo nombró regente del reino, con gran regocijo de todos los súbditos, que en la bondad y gentileza del príncipe Camaralzaman creyeron ver dotes excepcionales de mando.

Y príncipes y pueblo vivieron en la mejor armonía durante muchos años, que, según asegura la historia, fueron los de mayor prosperidad de aquel reino.

HISTORIA DEL DURMIENTE DESPIERTO

Allá en los tiempos del califa Haroun-al-Raschid, vivía en Bagdad un rico mercader con su anciana esposa y un hijo único llamado Abou-Hassan, de edad de treinta años.

Murió el mercader y Abou-Hassan, que, educado en el mayor recogimiento y economía, se vió de

improviso poseedor de una gran fortuna, disipó la mitad de ella en unión de alegres camaradas en quienes el joven creía tener amigos nobles y consecuentes. Pero desapareció el último cequí; Abou-Hassan cesó de dar convites y fiestas en su casa, porque no podía disponer de las fincas dejadas por su padre, y desapareció también de su lado aquella especie de corte que le adulaba bajamente en cambio de los obsequios que recibía. Terrible fué el desengaño de Abou-Hassan y muchas las lágrimas que derramó, herido por la negra ingratitud de sus falsos amigos; el infeliz ignoraba que los hombres, por regla general, vuelven la espalda a los pobres y a los desgraciados por lo mismo que son los que más necesitan de los consuelos divinos de la caridad.

El hijo del mercader juró no sentar a su mesa a ningún vecino de Bagdad si no a un extranjero cualquiera, que no debería jamás acompañarle a cenar sino una sola vez, fuese quien fuese, y siguió esta conducta por espacio de mucho tiempo con auxilio de la cantidad modesta, pero decente, que debía a la generosidad de su buena madre.

Una tarde estaba Abou-Hassan, como de costumbre, a la entrada de uno de los puentes de la ciudad, cuando pasó por allí el califa Haroun-al-Raschid disfrazado de mercader y seguido de un esclavo alto y robusto que acompañaba por lo común al soberano en este género de correrías. Abou-Hassan, creyéndole efectivamente mercader y extranjero en la ciudad, se acercó al califa y le invitó a cenar en su casa con la condición expresa de que nunca volvería a poner los pies en ella después de concluída la cena. Aceptó el califa la proposición

que le pareció extraña, y pocos momentos después entraba con su esclavo en la morada de Abou-Hassan, quien sirvió a su huésped tres platos suculentos y los mejores frutos y bebidas del país. Haroun-al-Raschid quiso, de sobremesa, saber la historia de Abou-Hassan, y éste refirió minuciosamente al fingido mercader los crueles desengaños de que le habían hecho víctima los amigos que le abandonaron con desprecio al creerlo reducido a la miseria. Aprobó el califa en un todo la sabia resolución del joven amaestrado con las lecciones de la experiencia.

—Quisiera—añadió el califa—daros, antes de partir, una prueba eficaz de mi gratitud por la hospitalidad que me habéis dispensado. No soy más que un mercader, pero cuento con la influencia de algunos amigos poderosos, y espero saber si necesitáis algo o tenéis algún deseo para hacer en vuestro favor cuanto de mí dependa.

—Os agradezco la voluntad—replicó Abou-Hassan—, pero no soy ambicioso; sin embargo, voy a abriros mi corazón, porque hay una cosa que me produce verdadera pena. El Iman que reza las oraciones en la mezquita de nuestro distrito, es un viejo miserable hipócrita y de mala lengua que se reune todos los días con cuatro infames viejos como él para murmurar de los vecinos a quienes calumnian y ofenden del modo más indigno. Quisiera yo ser califa por espacio de veinticuatro horas para mandar que a cada uno de dichos viejos se le diesen cien palos en las plantas de los pies, y ver si entonces dejaban en paz a los habitantes honrados y pacíficos.

—No me parece muy difícil conseguir lo que

deseáis, y desde luego os aseguro que interpondré mi influjo para que el califa os abandone un día las riendas del poder.

—Veo que os burláis de mi loca imaginación y de la extravagancia de mi deseo, porque es imposible que Haroun acceda a esta ridícula pretensión mía.

—Allá veremos — replicó el supuesto mercader—, pero, mientras tanto, permitidme que os sirva de beber antes de irnos a descansar.

Y el califa, con la mayor destreza, vertió unos polvos, que siempre llevaba consigo, en la copa de Abou-Hassan. Bebióla éste de un solo trago, y en el acto cayó al suelo sumido en el más profundo letargo. Llamó el califa al esclavo negro, y poniéndose un dedo en la boca para recomendarle silencio, le mandó que cargase con Abou-Hassan, tomando bien las señas de la habitación para conducirlo a ella cuando fuese necesario. Dirigiéronse los tres a palacio y entraron por una puerta secreta, sin ser vistos de nadie a causa de lo avanzado de la hora. El califa ordenó que Abou-Hassan fuese despojado del traje que vestía y colocado en su propio lecho; en seguida hizo comparecer a su presencia al gran visir, a los emires y a los altos oficiales de su corte para decirles que debían considerar a aquel hombre durante veinticuatro horas como a su señor y soberano, obedeciéndole ciegamente en cuanto se sirviera mandarles. Todos comprendieron que el califa, aficionado a las aventuras, quería divertirse a costa de Abou-Hassan, y se inclinaron profundamente en señal de respeto y sumisión. Haroun, oculto tras una celosía espesa, debía gozar del extraño espectáculo que se preparaba. Al ama-

necer se acercó al lecho Mesrour, jefe de los eunucos, y frotó con una esponja empapada en vinagre las narices de Abou-Hassan, que se despertó al momento. Creyó al principio que era víctima de una pesadilla, viéndose en aquella espléndida habitación rodeado de los señores de la corte, y quiso volverse del otro lado para seguir durmiendo, pero Mesrour se lo impidió dirigiéndole la palabra en estos términos :

—¡ Comendador de los creyentes ! Vuestra Majestad me permitirá le diga que ha llegado la hora de hacer la acostumbrada plegaria. Además, esperan para celebrar consejo los generales del ejército, los gobernadores de las provincias, y los altos dignatarios de Vuestra Majestad.

Abou-Hassan no podía dar crédito a lo que oía : preguntó a uno por uno quién era él, y todos le contestaron que era el gran Califa de Bagdad, Comendador de los creyentes ; luego ordenó a un esclavo que le mordiese un dedo de la mano para convencerse de que no dormía, y el negro cumplió su cometido con tanta exactitud, y sobre todo con tal fuerza, que Abou-Hassan lanzó un grito de dolor, convenciéndose hasta la evidencia de que estaba despierto y muy despierto. Entonces se convenció de que Dios había obrado una maravilla, se dejó vestir por los oficiales, y lleno de alegría se presentó en el salón del consejo, donde Giafar, el gran visir, le dijo después de hacerle una profunda reverencia :

—¡ Comendador de los creyentes ! Que Dios colme de favores en vida a Vuestra Majestad, que en la otra le reciba en el Paraíso y precipite a sus enemigos en las llamas del infierno.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

Y sobre la marcha dió cuenta a Abou-Hassan de los negocios del día, negocios que el supuesto califa resolvió con notable acierto, con asombro del mismo Haroun-al-Raschid, oculto siempre tras su celosía. Concluído el consejo, mandó Abou-Hassan

...Abou-Hassan lanzó un grito de dolor... (Pág. 101.)

que compareciese ante él el primer magistrado de policía, y le dijo con acento imperioso :

—Id sin pérdida de tiempo a tal calle y tal distrito, apoderaos en la mezquita del Iman y de los cuatro ancianos que le acompañan, montadlos en un camello después de vestirlos de harapos, y terminado el paseo por la ciudad le mandaréis dar a cada uno cien palos en las plantas de los pies, como justo castigo a su infame maledicencia.

A las dos horas volvió el jefe de policía a dar parte de que la orden estaba ejecutada, y Abou-Hassan mandó al gran visir que llevase una bolsa provista de mil cequíes de oro a la mezquita de un tal Abou-Hassan apellidado *el Pródigo*, deseo que también fué satisfecho sin la menor tardanza. La madre del improvisado califa recibió aquel donativo con tanta mayor sorpresa cuanto que ignoraba lo que sucedía en palacio. Concluído el consejo, visitó Abou-Hassan los departamentos de aquel soberbio edificio, verdaderas maravillas por su lujo y esplendorosa riqueza, hasta la hora de la comida en que se le sirvió, por orden de Mesrour que no le abandonaba, un suntuoso banquete al compás de músicas y de coros de exquisita melodía. El gran visir le presentó a los postres una copa de oro con vino preparado de antemano, y Abou-Hassan, apenas le hubo gustado, cayó al suelo, víctima del mismo sueño que la noche precedente. Entonces apareció el califa, y su esclavo, por mandato de éste, vistió a Abou-Hassan el traje primitivo y lo llevó a su casa, dejándole aletargado en el lecho. Haroun-al-Raschid explicó a sus oficiales el objeto que se había propuesto al revestir a aquel hombre del poder supremo por espacio de veinticuatro horas.

Cuando Abou-Hassan despertó, llamó a gritos a los oficiales de la corte, y acudió su madre a las voces dándole el dulce título de hijo, pero el joven le manifestó con el mayor desprecio que no la conocía y que él era, no su hijo, sino el califa glorioso de Bagdad, Comendador de los creyentes. Ni el lugar en que se hallaba, ni las pruebas que le presentó la buena mujer fueron bastantes a disuadirle de su error. Quiso la madre distraer el ánimo de su

hijo refiriéndole el castigo público del Iman de la mezquita, y de los cuatro viejos, como asimismo el donativo que había recibido de parte del califa, relato y circunstancias que contribuyeron a afirmar más y más a Abou-Hassan en la idea de que no era víctima de ninguna ilusión. Sin embargo, la madre persistió en su empeño, y Abou-Hassan, irritado, cogió un bastón para pegar a la respetable anciana que se obstinaba en llamarle por el nombre de su hijo. Al estrépito acudieron los vecinos, y oyendo las extrañas palabras de Abou-Hassan, se convencieron plenamente de que el infeliz estaba loco, y en su virtud le ataron con fuerza de pies y manos para que no maltratase a su buena madre, mientras algunos fueron en busca del jefe del hospital de locos. Vino éste con los loqueros : Abou-Hassan, al verles, quiso oponer resistencia, pero dos o tres azotes le dejaron inmóvil y afligido, y cargado de cadenas con grillos y esposas fué llevado a la casa de dementes en medio de una gran muchedumbre que al pasar le injuriaba y escarnecía. Una vez en el hospital le encerraron en una enorme jaula de hierro, donde le aplicaban diariamente terribles castigos con unas aceradas disciplinas. La madre de Abou-Hassan iba a verle dos o tres veces al día, siempre con lágrimas en los ojos al ver la triste situación de su hijo, cuando al cabo de un mes confesó éste que había sido juguete de una ilusión, que el mercader era la causa de sus infortunios, y que, en efecto, confesaba ser Abou-Hassan y no el califa como antes pretendiera en el extravío de su perturbada razón. Estas palabras, repetidas varias veces, y la tranquila apariencia de su ánimo, contribuyeron a que el infeliz recobrase la libertad,

saliendo al fin del hospital de locos donde tantos martirios había sufrido. Repuesta su salud con los asiduos cuidados de su buena madre, Abou-Hassan volvió a su antigua vida, es decir, a invitar a la cena a los extranjeros que veía en las calles de Bagdad. Estaba una tarde Abou-Hassan sentado junto a un parapeto, cuando vió ir hacia él al califa dis-

...le encerraron en una enorme jaula de hierro donde le aplicaban diariamente terribles castigos. (Pág. 104.)

frazado de mercader como la vez anterior. Haroun-al-Raschid, de corazón noble, supo lo acontecido, y concibió el proyecto de presentarse de nuevo a Abou-Hassan para indemnizarle de la broma pasada. El joven, lejos de corresponder al saludo del califa, volvió la cabeza con enojo.

—¿Qué es eso?—exclamó su interlocutor—, ¿no me reconocéis ya? Yo soy...

—Sí, ya sé lo que sois: la causa de todas mis desgracias, el hombre que me ha vuelto loco extraviando mi razón hasta el punto de ser encerrado como las fieras en una jaula de hierro. Dejadme en paz y que Dios os perdone todo el mal que me habéis hecho.

El califa quiso convencerle de que estaba en un error, abrazóle repetidas veces protestando de su buena amistad, hasta que Abou-Hassan, medio enternecido, le refirió su aventura con vivos colores, y mostró luego al califa la espalda y los brazos llenos de horribles cicatrices producidas por los golpes de los loqueros. Haroun no pudo contemplar sin lástima y horror aquel espectáculo, y rogó por último a Abou-Hassan que le llevase a cenar a su casa para beber juntos y consolarle de las penas que le habían atormentado en su encierro.

Abou-Hassan consintió al fin, pero con la condición de que al salir el mercader de la casa cerraría bien la puerta para que no entrase otra vez el demonio a turbarle el espíritu y a quitarle el juicio. Ofreció el califa cumplir el encargo, y pocos momentos después se encontraban uno y otro en la mesa; concluída la cena de costumbre, empezaron a beber, y Haroun presentó a Abou una copa de vino preparado ya con los polvos, diciéndole:

—Bebamos a vuestra salud y en celebridad de la promesa que os hago de convertiros en el hombre más feliz de la tierra.

Bebió el incauto Abou-Hassan, y, como era consiguiente, cayó al suelo dominado por la fuerza del narcótico. El califa llamó a su esclavo, que espera-

ba en la antesala, y cargó con el cuerpo inerte del joven, trasladándolo a palacio y al mismo lecho que había ocupado antes. Alrededor de él se colocaron, por orden del soberano, los señores de la corte, y además un gran número de músicos, quienes, al compás de armoniosos instrumentos, entonaron dulcísimas melodías cuando Abou-Hassan abrió los ojos al amanecer.

—¡Ay!—exclamó el pobre hombre mirando a uno y a otro lado con asombro y tristeza—; heme ya de nuevo presa del sueño fatal que tantos palos me ha costado en la casa de locos. De todo ello tiene la culpa un mal hombre a quien anoche recibí en mi morada, cuya puerta dejó sin cerrar el traidor infame para que entrasen los espíritus malignos. Voy a dormir hasta que Satanás quiera conducirme al sitio de donde me ha traído.

Un oficial se acercó a hablarle dándole los títulos de Comendador de los creyentes, Vicario del Profeta y soberano de todos los musulmanes del mundo.

—¡Huye de mí, Lucifer!—exclamó Abou-Hassan cerrando los ojos, mientras el califa se desternillaba de risa al presenciar escena tan cómica y divertida.

Los señores de la corte, a pretexto de que así lo exigían los asuntos del Estado, levantaron por fuerza a Abou-Hassan; éste daba espantosos gritos mezclados con las voces de los músicos que seguían cantando; los oficiales se pusieron a bailar con grandes contorsiones, y Abou-Hassan, en medio del círculo, tomó el partido de imitarles dando brinco y saltos de extraordinaria altura y ligereza.

—¡Abou-Hassan!—exclamó entonces el cali-

fa—, deja de bailar porque me voy a morir de risa.

A la voz del soberano los instrumentos se callaron, cesó la danza, y el silencio más profundo sucedió a la algazara y a la gritería. Abou-Hassan volvió la cabeza, reconoció al califa en la persona del que creía mercader, comprendió en seguida que no era víctima de un sueño, y sin desconcertarse en lo más mínimo dirigió a Haroun acerbas quejas por la crueldad de su conducta hacia un hombre que ningún daño le había hecho jamás.

—Tienes razón—dijo el califa—, y me arrepiento de mi proceder, pero de hoy en adelante serás mi hermano, vivirás en palacio con una pensión mensual de mil cequíes de oro, te sentarás al lado mío en la mesa y estaré siempre dispuesto a otorgarte lo que me pidas.

Abou-Hassan se inclinó delante del califa, dando con efusión por sus bondades las más expresivas gracias, y por bien empleado lo sufrido en cambio de la fortuna de que era dueño al poseer el favor y la privanza del soberano.

La noticia del suceso cundió muy pronto por la capital y por todas las poblaciones del reino, y Abou-Hassan, hecho hombre célebre, adquiría cada vez mayor prestigio en el ánimo del califa y en el de su esposa Zobeida, a quienes acompañaba asiduamente en palacio y en los festejos de la corte. La sultana quiso dar una muestra de afecto a Abou-Hassan casándole con su esclava favorita, llamada Nuzat Vlaudat, y las bodas se celebraron con gran pompa, gracias a la generosidad del califa y de su esposa, protectores de la afortunada pareja.

Algunos meses vivió Abou-Hassan con su mujer en perfecta dicha, pero uno y otro, confiados en

la bondad de sus soberanos, gastaron gruesas sumas en el lujo y en los placeres, hasta que llegó un día en que se vieron reducidos al último extremo. No sabían qué partido tomar para salir de aquella precaria situación, porque ni el marido quería abusar del califa, ni la mujer recurrir a la sultana en demanda de dinero, cuando le era deudora de tantos favores. Después de formar mil planes disparatados, dijo Abou-Hassan, dándose un golpe en la frente :

—Ya he imaginado el medio que nos va a sacar del conflicto, y que consiste en una farsa que no será infructuosa. Es decir, que nos muramos los dos.

—Muérete tú solo si quieres—replicó Nuzat—, porque lo que es yo no deseo abandonar la vida por ahora.

—Deja que me explique, mujer, y oye hasta que concluya mi pensamiento. No se trata de una muerte verdadera, sino fingida. Yo me moriré primero, tú me amortajarás ; luego comenzarás a dar gritos, a arrancarte el pelo y hacer todo lo que se acostumbra en tales casos. Vendrá aquí la sultana cuando sepa que estás viuda, y entonces le pides una gran cantidad para los gastos de mi entierro. Luego te mueres tú, te amortajo yo, y llorando como un niño voy al momento a ver al califa, le pido dinero, juntamos después ambas partidas y negocio concluído.

Nuzat aprobó el pensamiento, y marido y mujer se pusieron a la obra con verdadero ardor. Así que Abou-Hassan estuvo amortajado, la supuesta viuda lanzó unos ayes y unos lamentos capaces de conmover a las piedras ; Zobeida, al oírlos, se apresuró a averiguar la causa del dolor de su esclava favo-

rita, y en presencia del fingido cadáver de Abou-Hassan unió sus lágrimas a las de Nuzat, haciendo el elogio fúnebre del difunto y consolando en lo posible a la afligida esposa, a quien mandó dar en el acto una pieza de brocado y cien monedas de oro. Recibió Nuzat el generoso donativo con muestras de gratitud, y al verse sola fué en busca de su marido a participarle alegremente el buen resultado de la estratagema.

—Levántate—añadió—, que ahora me toca a mí hacer la muerta.

Abou-Hassan envolvió a su mujer en un sudario, la puso en el mismo sitio que él antes ocupaba, y con la barba revuelta y el turbante en desorden, como un hombre dominado por la pena, fué en busca del califa, quien, en aquel momento, celebraba consejo con el gran visir y los emires de la corte. Al ver a Abou-Hassan, de ordinario tan risueño, en aquel estado de desolación, le preguntó alarmado el motivo de su quebranto, y el supuesto viudo dijo con palabras entrecortadas por los sollozos que acababa de perder para siempre a la más bella y virtuosa de las mujeres. El califa, el visir y los emires no pudieron contener sus lágrimas, y todos a coro lloraron la muerte de la hermosa esclava Nuzat. El califa, luego que se hubo serenado un poco, mandó que se diesen a Abou-Hassan cien monedas de oro para el gasto de los funerales y una pieza de brocado que serviría de mortaja a la difunta. Abou-Hassan dió gracias al califa, y en seguida fué a celebrar con su mujer el buen éxito de su doble mentira.

Apenas concluyó el consejo, se dirigió Haroun, acompañado de Mesrour, jefe de los eunucos, al de-

partamento de la princesa Zobeida, con objeto de manifestarle su dolor por la muerte de la esclava favorita. Encontró, en efecto, a Zobeida muy afligida por la muerte de Abou-Hassan y no por la de su mujer, que gozaba de buena salud, según había visto con sus propios ojos, por lo cual dijo al califa que estaba completamente equivocado.

—Vos sois la que os equivocáis, señora—replicó el soberano—; Abou-Hassan es quien está bueno y sano, y acabo de verle hace un momento en el salón del consejo, adonde ha ido a noticiarme la nueva fatal. Así es que he mandado se le den cien monedas de oro para los funerales y una pieza de brocado para envolver el cadáver de la que fué vuestra favorita.

Zobeida se obstinó en asegurar lo contrario, el califa no cedía por su parte; a las palabras tranquilas sobrevino la irritación, y en la imposibilidad absoluta de entenderse ni de convencerse el uno al otro, enviaron a Mesrour a que se informase de lo cierto. El jefe de los eunucos salió a ejecutar la orden.

—Ya veréis—dijo el califa a Zobeida—cómo soy yo quien tengo la razón.

—Ya veréis—replicó Zobeida—, cómo Abou-Hassan es el fallecido y no su mujer, mi esclava.

Mientras disputaban con tanto calor, Abou-Hassan, dispuesto para lo que pudiera suceder, vió a Mesrour ir hacia su habitación, y no dudó un momento acerca del objeto de la visita. Así es que hizo sin demora que Nuzat se pusiese en el suelo, cubierta con el brocado, sentándose en seguida junto a ella a llorar. Luego que Mesrour entró en el aposento, le dijo:

—Señor, me halláis en el trance más amargo que pudiera ocurrirme con la muerte de mi querida esposa Nuzat, a quien tanto apreciaba en vida la sultana.

Enternecido Mesrour al oír estas palabras, alzó un poco el paño mortuorio para ver el rostro de la difunta, dejándolo caer en seguida.

—No hay otro Dios sino Dios—exclamó dando un suspiro—, y todos debemos acatar su voluntad suprema. He venido a convencerme por mis propios ojos de la desgracia que os ocurre, porque nuestra señora Zobeida sostiene que vos sois el muerto y no vuestra esposa, por más que el califa se empeña en persuadirla de lo contrario.

—Pues ya veis que no engañé a Su Majestad, y que es real y verdadero el pesar que me destroza el alma.

—No os dejéis, sin embargo, dominar por el dolor y acordaos de que es preciso vivir para rogar a Dios por la difunta.

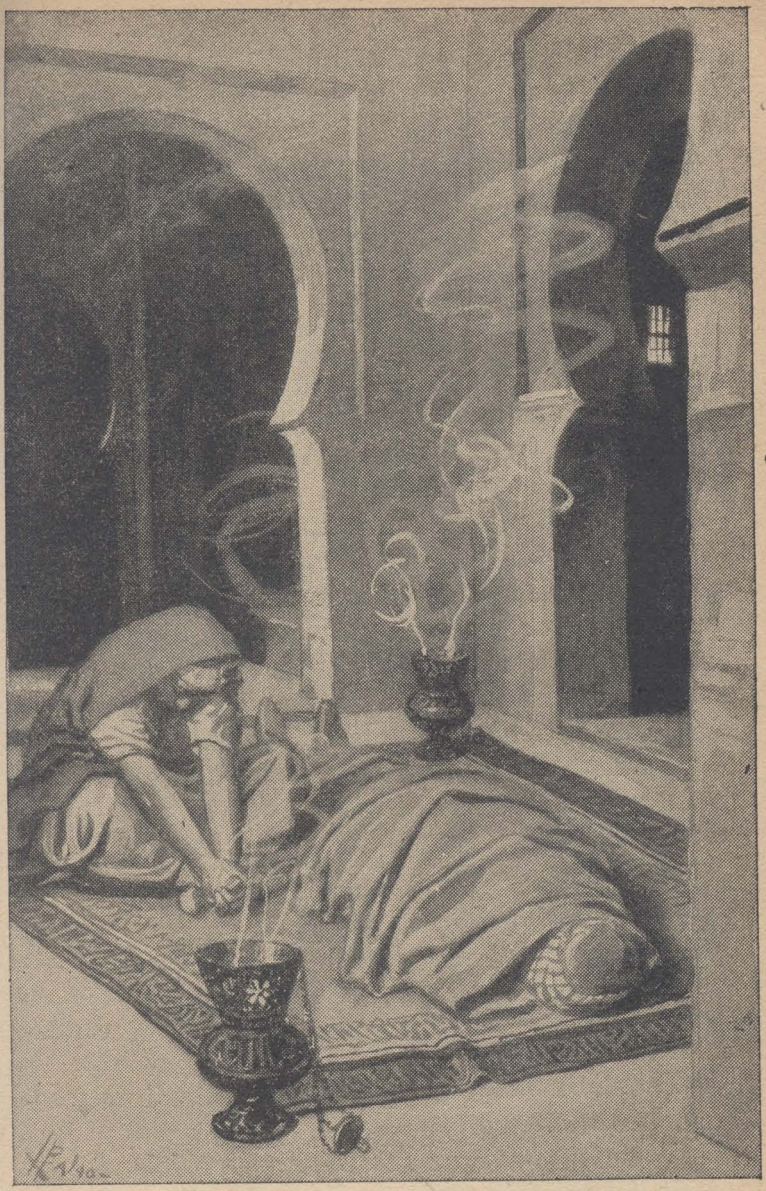
Mesrour salió a dar cuenta de su mensaje, y Abou-Hassan, temeroso de que volviera, echó el cerrojo a la puerta.

—Ya hemos representado una nueva escena—dijo a su mujer—, pero no será la última, porque la sultana enviará por su parte a otro emisario para que se cerciore de la verdad. Esperemos detrás de las celosías.

Y marido y mujer se pusieron en acecho. Entretanto, el califa, llevado de la fogosidad de su carácter, exclamó al ver entrar a Mesrour:

—Habla pronto: ¿quién es el que ha muerto? ¿La mujer o el marido?

—Señor—respondió Mesrour—, el cadáver es de



...llorando a lágrima viva junto al cuerpo de su esposo... (Pág. 114.)

Nuzat Vlaudat, y su esposo Abou-Hassan sigue tan inconsolable como cuando fué hace poco a presentarse a Vuestra Majestad.

—Yo no doy crédito a este hombre, que es un necio y no sabe lo que se dice—exclamó irritada Zobeida.

—Señora—replicó Mesrour—, os juro por vuestra vida que no miento ni hay falsedad en mis palabras.

—Ahora lo veremos—dijo la princesa, enfurecida; y llamó a su anciana nodriza para que fuese al momento a la habitación de Abou-Hassan a enterarse bien de lo ocurrido.

Abou-Hassan, que continuaba de centinela, vió a la nodriza de Zobeida, y sin titubear un solo instante se dispuso a hacer el muerto. Así es que cuando la buena mujer entró en el aposento, ya estaba Nuzat llorando a lágrima viva junto al cuerpo de su esposo tendido en el suelo. La nodriza, enternecida y contenta al mismo tiempo al ver que su señora tenía razón cuando aseguraba que el muerto era Abou-Hassan, se apresuró a volver a las habitaciones del califa, no sin haber alzado un poquito el turbante que cubría el rostro del supuesto difunto y vertido algunas lágrimas en unión de la viuda. Zobeida oyó con aire de triunfo la relación de su nodriza, y Mesrour quedó anonadado al verse desmentido de aquel modo tan explícito y terminante.

—Esa vieja—dijo al fin—es una embustera y está chocheando.

—Vos sí que sois un mentiroso y un falsario rematado—replicó la nodriza, llena de cólera.

Zobeida pidió justicia contra el insolente que

así se atrevía a insultar a una anciana, y el califa estaba perplejo sin tomar resolución ninguna, cuando dijo de pronto :

—Ya veo que todos mentimos, y lo mejor es que vayamos nosotros a convencernos por nuestros propios ojos de la verdad del caso. No veo otro medio de aclarar las dudas.

Pusiéronse en marcha los soberanos seguidos de Mesrour, de la nodriza y de una gran comitiva, y Nuzat, que los vió por la celosía, dió un grito.

—¡Estamos perdidos!—exclamó.

—Nada temas—respondió Abou-Hassan con la mayor calma—. Finjámonos muertos los dos, como ya lo hicimos por separado, y todo saldrá perfectamente. Al paso que traen, estaremos listos antes de que lleguen a la puerta.

Con efecto, envueltos en el brocado del mejor modo posible, aguardaron la esclarecida visita que se acercaba. Quedáronse atónitos los recién venidos a la vista del fúnebre espectáculo que se les ofrecía. Luego que pasó la primera explosión de dolor, comenzaron de nuevo las disputas entre la nodriza y el jefe de los eunucos y el califa y Zobeida sobre quién de los dos, marido o mujer, había muerto antes. Pasaron algunos momentos de inexplicable confusión, y el califa, deseoso de aclarar el misterio y de vencer a su esposa, se acercó a los cadáveres y dijo con gran oportunidad y sabiduría :

—Juro por el santo nombre de Dios que daré mil monedas de oro a la persona que me diga cuál murió primero de los dos.

Apenas hubo el califa pronunciado estas palabras, cuando Abou-Hassan pasó la mano por debajo del brocado y exclamó :

—Señor, yo fuí quien murió primero; dadme las mil monedas ofrecidas.

Y él y su esposa Nuzat se postraron a los pies del califa y de Zobeida, los cuales prorrumpieron en una carcajada al verlos desenvolviéndose a escape del ropaje que les cubría. Después de perdonarles el susto y las inquietudes pasadas, exigió el

califa que Abou-Hassan se explicase, y éste refirió con su gracia característica que, estrechados por la escasez, habían ideado aquel medio para sacar el dinero que les hacía falta.

Lejos de manifestarse enojados el califa y Zobeida, y contentos por ver buenos y sanos a sus respectivos favoritos, dieron a cada uno mil monedas

de oro y magníficos regalos, para que otra vez no se les ocurriera ni en broma hacerse los muertos.

Por este medio Abou-Hassan y su esposa Nuzat Vlaudat conservaron largo tiempo la privanza del califa y de Zobeida, viviendo en la abundancia durante el resto de sus días.

Mucho complació a Schariar el cuento del *Durmiente despierto*, y Schenarda dió principio en la siguiente noche a la :

HISTORIA DE ALADINO O DE LA LÁMPARA MARAVILLOSA

En la capital de un reino de la China, muy rico y de vasto territorio, había un sastre llamado Mustafá, pobre en extremo, y cuyo trabajo apenas le daba para mantener a su mujer y a un solo hijo que tenía.

Aladino (tal era el nombre del hijo del sastre) se había educado en el más completo abandono, y por lo tanto adolecía de grandes defectos y de perversas inclinaciones. Desobediente a sus padres y aficionado a la holganza, pasaba los días enteros fuera de su casa, jugando en las calles con vagabundos de su edad y de su especie.

Quiso el padre enseñarle el oficio de manejar la aguja, pero no pudo conseguirlo de grado ni por fuerza, y Mustafá, afligido al ver las malas inclinaciones de su hijo, fué atacado de una enfermedad que al fin le llevó al sepulcro al cabo de algunos meses.

La madre de Aladino, que conocía la inutilidad de su hijo y su oposición a ejercer el oficio de su padre, cerró la tienda y realizó los géneros y utensilios, con cuyo importe y el de su trabajo en hilar algodón esperaba pasar una vida modesta pero tranquila. Con la muerte de Mustafá desapareció la barrera que se oponía de vez en cuando a que Aladino siguiese el torrente de sus depravadas aficiones, y a los quince años era el muchacho más travieso y más pervertido del pueblo. Un día estaba jugando en la plaza con otros chicos, según su costumbre, cuando un extranjero, mágico africano, que pasaba por allí, se detuvo para contemplarle.

Ya fuera que notase en el semblante de Aladino los signos característicos del hombre que necesitase para sus planes, o ya que supiese cuáles eran las disposiciones del muchacho, es lo cierto que el africano llamó a Aladino aparte y le preguntó si era hijo del sastre Mustafá.

—Sí, señor—respondió el joven—; pero mi padre hace mucho tiempo que se murió.

Al oír estas palabras se arrojó el mágico africano al cuello de Aladino, abrazándole y llorando con amargo desconsuelo. El muchacho le preguntó la causa de su aflicción y entonces le dijo que reconociese en él a su tío, que era hermano de Mustafá, y que de regreso de un largo viaje, cuando esperaba verlo, recibía de pronto la noticia de su muerte. El extranjero se informó en seguida del sitio en que vivía la madre de Aladino y dió a éste un puñado de monedas para que se las llevase a la viuda, asegurándole que iría a verla al siguiente día.

Aladino se separó del supuesto tío y fué corriendo a buscar a su madre a quien refirió la aventura.

pero la buena mujer le dijo que no sabía existiese tal pariente, pues el único hermano que tuvo su difunto esposo había fallecido hacía algunos años.

Al día siguiente se apareció de nuevo a Aladino el mágico africano, el cual dió a su sobrino, como le llamaba, algunas monedas de oro para que se las llevase a su madre a fin de que dispusiera una comida a la que pensaba asistir. Pidió nuevos informes de la casa de su cuñada; Aladino se la enseñó perfectamente y el extranjero se alejó de la plaza donde jugaba nuestro héroe.

La viuda de Mustafá hizo grandes preparativos, y pidió una vajilla prestada para recibir y obsequiar dignamente al hermano de su marido. Apenas estuvo todo corriente, llamaron a la puerta de la casa. Aladino se apresuró a abrir y entró el africano cargado de hermosas frutas y de botellas de vino que depositó sobre una mesa. Renuncio a describir la escena que tuvo lugar, y las lágrimas que derramó el extranjero al evocar el recuerdo de su hermano, besando el sitio favorito que Mustafá ocupaba en el sofá del recibimiento. Después de dar rienda suelta a su dolor, y cuando se hubo serenado un poco, dijo a la madre de Aladino:

—No extrañes, hermana mía, el no haberme visto durante tu matrimonio con Mustafá, de feliz memoria. Hace cuarenta años que salí de este país que es el nuestro; he viajado por Asia y por África, donde he permanecido mucho tiempo, hasta que llegó un día en que sentí vivos deseos de volver a ver a mi patria querida y los objetos amados del corazón. Son infinitas las contrariedades y grandes los peligros que he arrostrado hasta tocar el término de mi viaje, y figúrate cuál habrá sido mi

pena al saber la muerte de mi amado hermano.

El mágico africano advirtió el efecto que estas palabras hacían en la viuda, y cambió repentinamente de conversación, preguntando a su sobrino cómo se llamaba.

—Aladino—respondió el muchacho.

—¡Y bien, Aladino! ¿en qué te ocupas? ¿sabes ya algún oficio?

Bajó Aladino los ojos avergonzado, y entonces su madre tomó la palabra para decir que era un holgazán y un perezoso, que su padre no había podido sacar fruto de sus consejos y de sus castigos, que ella se veía obligada a trabajar de continuo para mantener las obligaciones de la casa, y que estaba decidida a cerrar a su hijo las puertas del hogar para que fuese a otra parte a procurarse fortuna.

—Eso que tú haces no es razonable, Aladino—dijo el africano, mientras la pobre viuda lloraba copiosamente—; es menester ayudarse para ganar la vida, y yo quiero darte los medios de que seas hombre de provecho. Hay muchas ocupaciones y diversos oficios; si el de tu padre te disgusta, elige otro, por ejemplo, el de comerciante. Si lo aceptas, estoy dispuesto a ponerte al frente de una tienda de ricas telas; con el dinero que ganes puedes comprar otros géneros nuevos, y de esta manera reunirás con paciencia, honradez y trabajo, una fortuna que te aleje de la miseria.

Esta proposición halagó el amor propio de Aladino, que aborrecía, en efecto, toda clase de trabajo manual, y aceptó de buena voluntad la promesa del africano, el cual le ofreció establecer la tienda en el corto plazo de dos días. Gozosa la viuda de

Mustafá con el proyecto, no dudó que el mágico fuese hermano del difunto al ver el bien que iba a dispensar a su sobrino. La conversación giró sobre el mismo asunto durante la comida, terminada la cual se retiró el mágico, quien al día siguiente llevó a Aladino a casa de un mercader de ropas hechas para que vistiese al joven con sus más ricos trajes.

Cuando Aladino se vió transformado con tanta ventaja desde los pies hasta la cabeza, no tenía palabras bastantes para expresar su gratitud al mágico, quien lo llevó consigo a casa de los mercaderes más ricos de la ciudad para que le conociesen, y luego le condujo a las mezquitas, a los departamentos del palacio del sultán libres para el público.

Por último, le hizo entrar en el kan, donde tenía su habitación, y después de obsequiar con largueza a su sobrino, le acompañó a la casa materna. Grande fué el gozo de la viuda al ver a su hijo vestido de aquella suerte, y bendijo mil y mil veces al mágico por su generosidad, asegurándole que Aladino sabría corresponder a ella.

El africano aplazó un día más el establecimiento de la tienda prometida bajo el pretexto de que el viernes estaban todas cerradas, pero añadió que aprovecharía esta circunstancia para pasear con Aladino por los jardines de la ciudad a fin de que se acostumbrara al trato de la alta sociedad.

Así se convino con gran contento del joven, que lleno de impaciencia se vistió muy de mañana al siguiente día, y al ver al africano corrió apresuradamente a reunirse a él.

—Vamos, hijo mío—le dijo a Aladino—, hoy quiero que veas lo más notable de los alrededores de la ciudad.

Salieron por una puerta que conducía a un paraje poblado de magníficos palacios y pintorescos jardines, y avanzando siempre entraron en un jardín bello como ninguno, sentándose ambos en el borde de un gran estanque para descansar un momento. El astuto africano sacó de un ancho bolsillo

Grande fué el gozo de la viuda al ver a su hijo vestido de aquella suerte... (Pág. 121.)

frutas y pasteles que dividió con Aladino, y concluído el pequeño refrigerio prosiguieron marchando insensiblemente hacia adelante hasta llegar cerca de unas altas y escarpadas montañas. Aladino, que nunca había andado tanto, se sintió lleno de cansancio.

—¿A dónde vamos, querido tío?—preguntó, al

fin, con cierta inquietud—; si avanzamos más, creo que no tendré fuerzas para volver a la ciudad.

—¡Ánimo! — replicó el mágico—, deseo que veas un jardín que sobrepuja a todos los que hemos dejado atrás, y ya queda poco camino. Cuando estés dentro de aquel paraíso olvidarás las fatigas de la marcha.

El joven se dejó persuadir y llegaron a un paraje situado entre dos montañas de mediana altura divididas por una cañada de corta extensión, paraje elegido por el mágico africano para llevar a cabo el gran designio que le había impulsado a ir desde el fondo del África hasta la China.

—Quedémonos aquí—dijo a Aladino—; ahora verás cosas extraordinarias, maravillas tales como nunca se han presentado a los ojos de un mortal. Mientras yo saco fuego del pedernal con el eslabón, reune tú todas las malezas más secas que encuentres en estos sitios.

Hízolo así Aladino; el mágico le pegó fuego al montón y arrojó a las llamas un perfume, que produjo un humo muy espeso, pronunciando al mismo tiempo unas palabras mágicas que el joven no pudo comprender.

Estremecióse un poco la tierra, se abrió delante del mágico y de Aladino, y dejó al descubierto una losa de pie y medio cuadrado, con una gran argolla de bronce en el centro que servía sin duda para levantarla. Asustado Aladino de todo lo que veía, tuvo miedo, y quiso emprender la fuga, pero el mágico le dió un bofetón tan tremendo que la boca del muchacho se llenó toda de sangre. El pobre Aladino exclamó temblando y con las lágrimas en los ojos:

—¿Qué os he hecho yo para que me castiguéis con tanta crueldad?

—Tengo mis razones para obrar así—replicó el africano—. Además, ocupo el lugar de tu padre y me debes obedecer; pero no tengas cuidado, sobrino mío—añadió dulcificando su voz—; ya ves lo que he ejecutado con la virtud y el poder de mi perfume. Pues bien, debajo de esa piedra existe un tesoro inmenso que te hará más rico y poderoso que todos los reyes de la tierra, y nadie hay en el mundo más que tú a quien sea permitido levantar la losa y entrar dentro del agujero. Si yo lo hiciese, nada podría conseguir, y por lo tanto es preciso que ejecutes fielmente lo que yo te mande.

La esperanza del tesoro consoló a Aladino, el cual prometió hacer cuanto le indicase el supuesto tío.

—Ven—le dijo éste—, acércate, pasa la mano por la argolla y alza la piedra.

—Pero, querido tío, no tengo fuerzas para ello, y será menester que me ayudéis.

—No; entonces nada lograríamos si yo intervengo; pronuncia el nombre de tu padre y de tu abuelo, tira de repente, y verás cómo levantas la losa.

Aladino hizo lo que se le ordenaba, y, en efecto, alzó la piedra bajo la cual se dejó ver una cueva de tres o cuatro pies de profundidad, una puerta muy pequeña, y algunos escalones para ir más abajo.

—Hijo mío—dijo el africano—, oye bien y obedece con exactitud todo lo que voy a decirte. Baja, y cuando llegues al último escalón encontrarás una puerta abierta que te conducirá a un gran salón abovedado y dividido en tres departamentos; a de-

recha e izquierda verás cuatro jarrones de bronce llenos de oro y plata que te guardarás muy bien de tocar siquiera. Antes de entrar en la primera sala, cuida de recoger y ceñir el traje a tu cuerpo para no rozar con él ni los objetos que encuentres ni las paredes, pues de lo contrario morirás instantáneamente. Atraviesa sin detenerte las tres salas, y al final de la última hallarás una puerta y luego un hermoso jardín con árboles cargados de frutos; cruza este jardín por un camino que te conducirá a una escalera de cincuenta escalones por los cuales se sube a una azotea. Así que llegues a ella verás un nicho, y en el nicho una lámpara ardiendo. Apodérate de ella, apágala, y cuando hayas tirado la torcida y el líquido, guárdala en tu seno y tráemela en seguida. A la vuelta, puedes tomar de los árboles del jardín los frutos que más te agraden.

Y el mágico, al concluir sus instrucciones, puso una sortija en uno de los dedos de Aladino para preservarle, según dijo, de cualquier mal que pudiese sobrevenirle. El muchacho bajó a la cueva e hizo cuanto el mágico le previno con rigurosa exactitud, y, dueño ya de la lámpara, se detuvo en el jardín, lleno de admiración y de asombro. Cada árbol ostentaba frutos de diferentes colores; los había blancos, que eran perlas; transparentes, que eran brillantes; los verdes, eran esmeraldas; los encarnados, rubíes; los azules, turquesas; los morados, amatistas, y los amarillos, topacios, y todos de un tamaño y de una perfección admirables. Mejor hubiera querido Aladino que aquellos frutos fuesen higos, uvas y naranjas, porque desconocía el valor de las piedras preciosas, y creyó que eran cristales de colores; pero el brillo y la diversidad

de matices le entusiasmó tanto, que cogió una gran cantidad de aquellos frutos con los cuales llenó todas sus faltriqueras, y en tal situación, y hasta ocupadas las manos con tantas riquezas, se presentó a la entrada de la cueva, donde le aguardaba el mágico con impaciencia.

—Dadme la mano para ayudarme a subir—dijo Aladino.

—Mejor es, hijo mío, que tú me des antes la lámpara y te verás libre de ese estorbo y de ese peso.

—No, no me incomoda lo más mínimo, y os la daré cuando suba.

El africano se empeñó en recibir la lámpara, pero Aladino no podía entregársela sin sacar antes las joyas magníficas de que estaba cargado, y así es que se obstinó en su primera negativa. Furioso el mágico ante la tenaz resistencia de Aladino, arrojó cierta cantidad de perfume en el fuego de malezas, que continuaba ardiendo, pronunció con rabia dos palabras mágicas, y la piedra de la argolla volvió a su primitivo lugar, y todo quedó en el mismo estado que cuando llegaron el mágico y Aladino al sitio misterioso.

Era casi seguro que no se sabrían jamás los pormenores del hecho; pero el mágico no recordó que le había dado un anillo milagroso que fué la salvación del infeliz enterrado en vida. Mil veces llamó a gritos a su tío, al verse solo en aquella especie de sepulcro, aunque sus voces y sus lamentos no salían de las tinieblas que le rodeaban. Aladino tentó por todas partes con ánimo de volver al jardín y a la azotea; pero no encontró salida ninguna, y redoblando sus quejas y su llanto, se echó al pie de la escalera, decidido a esperar la muerte.

Dos días estuvo en aquella situación, sin comer ni beber, hasta que al tercero, y al dirigir una plegaria a Dios, frotó con una mano el anillo que el mágico le había puesto en la otra, sortija cuya virtud desconocía, y se le apareció de repente un Genio colosal que dirigió a Aladino estas palabras :

—¡ Qué es lo que deseas ? Heme aquí dispuesto a obedecer tus órdenes como el más humilde de los esclavos.

Aladino, en otras circunstancias, hubiera tenido miedo ante la aparición sobrenatural, pero preocupado con el peligro que corría, contestó sin vacilar que deseaba a todo trance salir de aquel obscuro y terrible recinto. Abrióse la tierra en el instante, y el joven se vió fuera de la cueva, y justamente en el mismo sitio a donde el mágico le había conducido.

Escaso de fuerzas, y dando gracias al Cielo por verse libre de tan dura prisión, regresó penosamente a la ciudad y llegó, al fin, a la casa de su madre. La pobre mujer, que consideraba muerto a su hijo, se entregó a los transportes de la mayor alegría, y esto, unido a la debilidad del cuerpo, por falta de alimento, hizo que Aladino se desmayase en brazos de su madre. Siguiendo los consejos de ésta, se alimentó y bebió poco a poco para no perjudicar su salud en aquel estado de endeblez, y ya algo repuesto de las impresiones recibidas durante los tres días, comenzó el relato de su aventura, de la que no omitió la más mínima circunstancia, lamentándose de que su madre le hubiera entregado con tanta confianza en manos de un hombre infame y desconocido que había tratado de perderle. La viuda de Mustafá, en los arrebatos de su amor mater-

no, se deshizo en injurias y denuestos contra el bárbaro impostor que quiso atentar contra la vida de su hijo, y después de dar este desahogo natural a su indignación, suplicó a Aladino que se acostase para descansar de las penalidades que había sufrido.

Así lo hizo, mientras la viuda colocó en un rincón del sofá las piedras preciosas, cuyo valor desconocía absolutamente lo mismo que su hijo, creyendo ambos que eran cristales de colores. Aladino se despertó muy tarde al día siguiente, pidió de almorzar, y su madre le dijo que se habían agotado en la casa las provisiones, pero que iba a hilar un poco de algodón y a venderle al momento para procurarse algunas monedas.

—No—replicó Aladino—, no quiero que trabajéis hoy, madre mía; dadme la lámpara que traje ayer, la venderé, y con el dinero que me den tendremos para comer hoy.

—Aquí está la lámpara—contestó la viuda—, pero la veo muy sucia, y si la limpio un poco me parece que podrás sacar mejor partido.

Y se puso a limpiarla con agua y arena, cuando de improviso apareció un Genio asqueroso y gigantesco, que exclamó con formidable acento:

—¿Qué es lo que deseáis? Heme aquí dispuesto a obedecer como esclavo a todos los que tengan la lámpara en la mano.

La madre de Aladino, sobrecogida de terror, cayó al suelo desmayada, pero el joven, acostumbrado a esta clase de espectáculos, se apoderó de la lámpara y dijo en tono firme y resuelto:

—Tengo hambre, dame de comer.

Desapareció el Genio un momento, y volvió des-

pués con ricos manjares en platos y vasos de oro y plata que depositó sobre la mesa, huyendo después repentinamente como había venido.

Ocupóse Aladino, en primer término, en socorrer a su madre, y luego que lo hubo conseguido, rociándole el rostro con agua fría, la invitó a gozar de las ricas viandas. Apenas pudo comprender el milagro la viuda del sastre, admirada de ver aquellos platos, de los que se exhalaba un delicioso perfume; hizo varias preguntas a su hijo, que éste prometió satisfacer al concluir el almuerzo. Sin embargo, los manjares eran tan buenos y abundantes, y tan excelente el apetito de la madre y el hijo, que la hora de la comida les sorprendió sentados aún a la mesa, la cual abandonaron al fin, dejando para otra ocasión los manjares, que no habían tocado siquiera. Hecho esto, Aladino refirió a su madre lo ocurrido con el Genio mientras estaba desmayada, y la buena mujer, que nada comprendía de Genios y apariciones, rogó a su hijo que él conservase la lámpara que no quería tocar, si era causa de que aquel monstruo se le presentase. Después, llena de terror, aconsejó a Aladino que vendiera la lámpara y el anillo para no tener trato ni comercio con unos Genios que eran demonios, según el dicho del Profeta. Opúsose a ello Aladino, fundado en que los Genios podían proporcionarles cuanto quisiesen en el mundo; dijo, y con razón, que el mágico no hubiera emprendido su viaje desde África sin saber de antemano el maravilloso poder de la lámpara, y que sin el anillo no le hubiese sido posible salir del obscuro subterráneo que se abrió delante de él como por encanto. Lo que sí ofreció a su madre fué guardar cuidadosamente ambos objetos y no hacer

uso de ellos sino en caso de perentoria necesidad. Convencida de la fuerza de estas razones, se sometió la viuda al parecer de Aladino, decidida a no meterse en lo que pudiera ocurrir a consecuencia de la determinación de su hijo.

Y no volvió a hablar una palabra más del asunto.

Se acabaron, como concluyen todas las cosas de este mundo, los manjares proporcionados por el Genio, y Aladino no quiso esperar a que el hambre les atormentara. Tomó una de las fuentes de plata para venderla, proponiendo la compra de ella a un judío que se encontró en la calle.

A primera vista conoció el usurero el valor positivo de la alhaja y preguntó el precio, pero Aladino no quiso decirlo, porque en realidad no lo sabía, encomendándose a la buena fe del comprador, que estaba admirado de la candidez del joven. Por si acaso era ignorancia, sacó el judío, para probarlo, una moneda de oro de su bolsillo, moneda que representaba la sexagésima parte del valor de la fuente. Aladino, al verla, se apoderó de ella y echó a correr tan gozoso y con tal rapidez, que el judío, convencido de que no sabía el vendedor el mérito de la alhaja, comenzó también a correr tras él para ofrecerle menos aún de lo que le había dado. Pero le fué imposible alcanzarlo, y Aladino, loco de alegría, entregó el dinero a su madre, quien compró abundantes provisiones para seis o siete días.

Los platos fueron vendidos unos después de otros, a medida que lo exigían las necesidades de la casa, y el judío, temeroso de perder tan buen negocio, los pagó todos al mismo precio que el primero, y así transcurrió algún tiempo, durante el

cual, Aladino, acostumbrado a una vida ociosa, se paseó por el pueblo, y contrajo relaciones de amistad con algunas personas de distinción.

Pero los recursos se agotaron, y entonces el hijo del sastre frotó la lámpara con menos fuerza que su madre lo había hecho, así es que el Genio se le apareció, repitiendo sus primeras palabras con más dulzura.

—Tengo hambre, dame de comer.

El Genio se desvaneció y volvió a presentarse de nuevo con manjares y un servicio de mesa parecido al de la vez primera. Avisada la madre de Aladino de que éste pensaba evocar al demonio como le decía, salió de la casa, y regresó a ella cuando el Genio hubo huído a su misterioso retiro.

Pasaron algunos días, y apurados los manjares, recurrió Aladino a la venta de los platos y de la fuente, y ya se dirigía a la tienda del antiguo judío, cuando un platero respetable por su ancianidad y su honradez, llamó al joven al verle pasar por la calle, le preguntó qué iba a hacer con aquellas alhajas, y Aladino le refirió lo acontecido con el judío, y el precio a que había comprado los platos anteriores. El platero, indignado, pesó uno de ellos delante de Aladino, le enseñó lo que era el marco de plata, y pagó al joven el justo valor del precioso metal, o sea una cantidad sesenta veces mayor que la satisfecha por el viejo usurero. Aladino dió gracias de todo corazón al buen platero y se retiró con su tesoro.

A pesar de que tanto Aladino como su madre comprendieron lo inagotable y rico del manantial de prosperidades que la lámpara les suministraba, vivieron siempre sin apariencias de riqueza, y sin

permitirse más gastos en público que los proporcionados al trabajo de la viuda.

Paseábase un día el joven por las calles de la ciudad, cuando oyó publicar en alta voz un bando del sultán, en el que ordenaba cerrar las tiendas y que los habitantes todos permaneciesen dentro de sus casas, mientras la princesa Brudulbudura, hija del sultán, fuese y regresara del baño.

Esto excitó la curiosidad de Aladino hasta tal punto que, para conocer a la princesa, tuvo la audacia de colocarse a la puerta misma del baño, en cuyo sitio le sería fácil contemplarla frente a frente. La hermosura y regularidad de las facciones de Brudulbudura, la elegancia del talle y el aire majestuoso de su persona, hicieron gran impresión en el ánimo de Aladino, el cual se retiró a su casa triste y pensativo. El joven no pudo dormir aquella noche hasta que a la mañana siguiente confesó a su madre la entrevista de la víspera, le dijo que estaba enamorado de la princesa, y resuelto a pedirla en matrimonio a su padre el sultán.

Al oír la madre de Aladino la última parte del discurso de su hijo, prorrumpió en una carcajada, asegurándole que el amor le había trastornado el juicio.

—Os equivocáis, madre mía—replicó Aladino—; no sólo conservo la razón, sino que he previsto las observaciones que ibais a hacerme. Bien comprendo que soy el hijo de un pobre sastre sin nombre y sin fortuna, que es un atrevimiento en mí el poner los ojos en la princesa, y que los sultanes no se dignan conceder la mano de sus hijas sino a príncipes herederos de un trono; pero mi resolución es invariable, y os ruego que vayáis vos mis-

ma a pedir al sultán, para vuestro hijo, la mano de la hermosa Brudulbudura.

El asombro de la buena mujer creció de punto al enterarse de la extraña pretensión de Aladino.

—Hijo mío—le dijo—, soy tu madre, y no hay en el mundo sacrificio que no esté dispuesta a hacer en obsequio de tu felicidad. Si se tratase de una joven de nuestra clase, trabajaría de corazón hasta conseguir el verla enlazada contigo, pero de esto a lograr la mano de la princesa, hay una distancia inmensa que tu madre no podrá nunca recorrer. Además, es costumbre llevar algún regalo al sultán a fin de que escuche con alguna benevolencia las reclamaciones de sus súbditos, y nosotros no tenemos posibilidad de adquirir un objeto digno de la grandeza del soberano.

—No os inquiete la dificultad del regalo—respondió Aladino—, porque soy poseedor de una gran cantidad de piedras preciosas de inestimable valor, y que hasta ahora habíamos tomado por cristales de colores. Estoy convencido de que este regalo agradará al sultán, y para ver el efecto, traed una bandeja de porcelana, y vamos a colocarlas según sus diferentes colores.

Así se hizo, y Aladino y su madre, que hasta entonces sólo habían visto las piedras a los resplandores opacos de una lámpara, y no a los rayos del sol del día, quedaron deslumbrados al ver las luces y cambiantes de aquellas piedras, dignas de enriquecer la corona del rey más poderoso del Universo.

Sin embargo, la viuda empleó parte de la noche en disuadir a su hijo del proyecto, pero Aladino le contestaba que si la empresa era difícil, con el auxilio de la lámpara maravillosa saldrían felizmen-

te del paso, aunque sobre este talismán debía guardarse siempre el mayor secreto.

Al cabo se dejó convencer la madre de Aladino, y al siguiente día, después de envolver la bandeja en un lienzo de extraordinaria blancura, se dirigió temblando de miedo y de incertidumbre al palacio

...quedaron deslumbrados al ver las luces y cambiantes de aquellas piedras... (Pág. 133.)

del sultán, donde estaban ya reunidos los visires, los señores de la corte y gran número de personas que tenían negocios pendientes en el Diván. La pobre mujer se colocó enfrente del soberano para ser vista de Su Majestad; pero la audiencia terminó, nadie le dijo una sola palabra, y la mujer salió de palacio con todas las demás personas, fatigada de haber permanecido en pie cerca de dos horas.

Aladino, al ver a su madre regresar con la bandeja en la mano, creyó que el sultán había rechazado sus pretensiones, y ya se consideraba el hombre más infeliz de la tierra, cuando la viuda le refirió lo acontecido, prometiéndole volver a palacio al otro día.

Así lo verificó, pero obtuvo el mismo resultado, y durante seis días consecutivos repitió su silenciosa visita, hasta que el sultán, al ver siempre delante del trono a aquella mujer que no profería una sola palabra, le preguntó, lleno de curiosidad, al gran visir, quién era y lo que solicitaba de la corte ; pero el visir supuso que sería alguna mujer de las que iban a palacio a molestar al soberano con quejas de los vendedores de comestibles, y que probablemente llevaba bajo el lienzo la muestra del artículo y la prueba de la culpabilidad del mercader.

No satisfizo al sultán esta respuesta, y así es que al séptimo día ordenó, en la hora de audiencia, que condujesen a las gradas del trono a la madre de Aladino, a la cual dirigió la palabra con bondadoso acento, preguntándole el motivo que la llevaba diariamente a su palacio.

La viuda se prosternó dos veces, y luego dijo :

—Monarca superior a todos los soberanos del mundo : antes de exponer a Vuestra Majestad el objeto extraordinario que me conduce hasta aquí, le suplico me perdone el atrevimiento y la audacia de la demanda que voy a hacerle. Sólo al recordarla siento que mis mejillas se tiñen con el color de la vergüenza.

El sultán ordenó que salieran todos sus servidores del salón para que hablase con más desahogo y libertad la madre de Aladino. Luego que se que-

daron solos, y que el sultán prometió a la viuda que ningún mal le sobrevendría por ofensivas o injuriosas que le pareciesen al pronto sus palabras, la buena mujer, algo más tranquila, refirió al sultán desde el principio hasta el fin los proyectos de Aladino, su amor hacia la princesa, las reflexiones que le había hecho como madre cariñosa, para que desistiese de sus descabellados planes, y por último la obstinación del joven que se empeñaba a todo trance en ser esposo de la bella y encantadora Brudulbudura.

Oyó el sultán las palabras de la madre de Aladino sin dar señales de cólera ni de burla, y antes de responder le preguntó qué era lo que guardaba con tanto esmero debajo del lienzo blanco. La viuda presentó entonces las piedras preciosas al soberano, quien permaneció inmóvil de sorpresa ante el maravilloso espectáculo que a sus ojos se ofrecía. Al cabo de un rato exclamó enajenado de gozo:

—¡Oh! Es imposible que haya en el mundo una colección de piedras más ricas, y el regalo que me hacéis es digno de la princesa mi hija, y digno también de ser dueño de su mano el poseedor de tantos tesoros. Hoy nada os digo, buena mujer, pero venid a verme dentro de tres meses, contados desde hoy.

La madre de Aladino, que ni en sueños esperaba tan favorable acogida, volvió a su casa loca de alegría con la esperanza que le había dejado entrever el sultán. Aladino la aguardaba con la mayor ansiedad, y al oír de labios de su madre los pormenores de la entrevista, se creyó el más dichoso entre todos los mortales, dándole gracias por el interés y el cariño con que había desempeñado su difícil comisión.

Pasaron los tres meses del plazo; la madre de Aladino fué a palacio puntualmente, y se colocó en el mismo sitio que el primer día. Apenas la vió el sultán, dejó a un lado el despacho de los asuntos del reino y mandó a la viuda que se acercase.

—Señor—exclamó la madre de Aladino—, hoy concluye el plazo de tres meses que se sirvió fijar Vuestra Majestad, y me tomo la libertad de venir a recordarlo al soberano más poderoso de la tierra.

El sultán había diferido tres meses su respuesta, en la confianza de que pasado este tiempo no volvería a oír hablar más de un casamiento que juzgaba desigual y poco conveniente para su hija, así es que no supo qué contestar a la viuda; consultó al efecto con su gran visir sin ocultarle la repugnancia que sentía en dar la mano de la princesa a un desconocido, y el gran visir, para eludir el compromiso, aconsejó al sultán que pusiera a su hija tan alto precio, es decir, que exigiera tantas riquezas al aspirante, que ningún hombre, por opulento que fuese, pudiera alcanzar la mano de Brudulbudura.

Siguió el sultán el consejo del gran visir, y volviéndose a la viuda, le dijo:

—Los soberanos deben tener palabra, y yo estoy pronto a cumplir la mía siempre que vuestro hijo me presente cuarenta grandes fuentes de oro macizo llenas de piedras iguales a las de su primer regalo. Esta riqueza deberá ser traída a palacio por cuarenta esclavos negros y cuarenta blancos, que sean hermosos, de buena estatura y vestidos con lujosa magnificencia. Sólo a este precio podrá obtener la mano de la princesa mi hija.

La madre de Aladino se prosternó y salió de pa-

lacio, riéndose por el camino de la locura de su hijo y de la imposibilidad en que se vería de salir triunfante de las exigencias del sultán. Cuando llegó a su casa, y después de enterar a Aladino del éxito de su embajada, quiso persuadirle de que debía abandonar su temeraria empresa.

—Nada de eso, madre mía—replicó el joven—; confieso que esperaba mayores dificultades aún por parte del sultán, pero lo que pide es demasiado poco y muy pronto quedará satisfecho. Dejadme obrar en libertad.

Salió a la calle la viuda en busca de provisiones, y Aladino, apenas se vió solo frotó la lámpara maravillosa. Presentóse el Genio, y el enamorado mancebo le dirigió estas palabras:

—Acabo de obtener en matrimonio a la hija del sultán, pero éste me pide que antes le lleve cuarenta fuentes de oro macizo llenas de frutos del jardín donde me apoderé de la lámpara. También exige cuarenta esclavos negros e igual número de blancos, de buena figura y ricamente vestidos. Anda y tráeme todo esto para llevarlo al sultán antes de que acabe el día.

Desapareció el Genio no sin prometer a Aladino que serían cumplidos sus deseos, y volvió pocos momentos después con ochenta hermosos esclavos blancos y negros. Cada uno tenía en sus manos una fuente de oro cincelado llena de perlas, rubíes, brillantes y esmeraldas, y cubierta con un paño de tisú de plata bordado de florones de oro. Los trajes de los esclavos deslumbraban por su elegante magnificencia. Preguntó el Genio a Aladino si estaba contento y si deseaba algo más, pero el joven dijo que no, y aquél desapareció.

Volvió la madre de Aladino, y al ver a la brillante comitiva no pudo articular ni una palabra; tal fué su estupor, su admiración; pero el impaciente joven le rogó que se dirigiera inmediatamente, seguida de los esclavos, al palacio del sultán para que éste comprendiese por la exactitud en enviarle el dote de su hija el anhelo de que estaba poseído el corazón del amante de la princesa.

Desfilaron los esclavos, y Aladino esperó tranquilo que el sultán se dignase, al fin, admitirle como yerno.

Apenas salieron los esclavos a la calle, se agolpó a su paso una inmensa muchedumbre absorta delante del magnífico espectáculo que presentaban con sus ricas vestiduras que valían cada una más de un millón y con las fuentes de oro sobre la cabeza, dejando ver el tesoro esplendente que contenían. Llegada la comitiva a palacio, en medio del pueblo que la seguía, creyeron los soldados que aquellos hombres eran reyes y se apresuraron a besar el borde de sus vestiduras, pero el primero de los negros les dijo:

—Nosotros no somos más que esclavos, y nuestro señor vendrá cuando sea tiempo.

El lujo de los departamentos del palacio, y de los trajes de los servidores del sultán, todo se eclipsó ante la riqueza de los recién llegados, los cuales entraron por su orden en el salón del trono, depositando a los pies del sultán las fuentes de que eran fieles portadores. Luego, blancos y negros, cruzaron las manos sobre el pecho con la mayor modestia.

—Señor—exclamó entonces la viuda—, mi hijo Aladino sabe muy bien que estos dones valen menos que la hermosa princesa Brudulbudura, pero

confía en que Vuestra Majestad se dignará concederle su mano después de haber cumplido con la condición que tuvo a bien imponerle su soberano.

El sultán no oyó siquiera las frases de la madre de Aladino, trastornado como estaba en presencia de aquellas riquezas y de aquellos esclavos que parecían reyes poderosos por su aspecto, su hermosura y su magnificencia. Al fin, preguntó en alta voz al gran visir si creía digno esposo de su hija al hombre que le enviaba tan soberano presente.

El gran visir, aunque lleno de celos al considerar que la princesa iba a desposarse con un desconocido cuando él aspiraba a unirla con su hijo, no pudo menos de contestar :

—Señor, lejos de creer a Aladino indigno de poseer la mano de la princesa, diría que merece más aún, si no estuviese persuadido de que no hay en el mundo tesoro que iguale a la hija de Vuestra Majestad.

Los señores de la corte demostraron con entusiastas aplausos que participaban de la opinión del gran visir, y ya el sultán, sin informarse de las cualidades de Aladino, y subyugado ante el prestigio de su opulencia, dijo a la viuda de Mustafá :

—Id y decid a vuestro hijo que le espero con los brazos abiertos para recibirlo, y que cuanto mayor sea su diligencia, más grande será mi placer en otorgarle la mano de la princesa.

Concluída la audiencia, quiso el sultán que su hija viera a través de las celosías los regalos y los esclavos que le ofrecía su prometido esposo, como así se ejecutó, desfilando la comitiva por delante de los ajimeces de la habitación de Brudulbudura.

Voló a su casa la madre de Aladino para dar a

su hijo la buena nueva, recomendándole, terminado su relato, que se presentara en la corte rodeado de la mayor pompa y esplendor posibles.

Aladino, enajenado de gozo, se retiró a su cuarto y frotó con fuerza la lámpara. El Genio se le apareció inmediatamente.

—Quiero—le dijo—darme un baño perfumado, y cuya agua proporcione a mi tez la mayor hermosura. Después necesito un vestido que no tenga igual en el mundo, y superior a los de los más poderosos reyes; luego me darás un caballo por el mismo estilo y cuyos arneses valgan más de un millón; cuarenta esclavos, aun mejor vestidos que los que te pedí ayer, seis esclavas, cada una de las cuales traiga un traje suntuoso para mi madre, y, por último, deseo diez mil monedas de oro repartidas en diez diferentes bolsillos. Ve y vuelve pronto.

A los pocos momentos Aladino era dueño de todo lo que quería; tomó cuatro bolsillos, o sean cuatro mil monedas de oro, dando las otras seis a su madre, con los trajes y las esclavas que destinaba a su servicio.

Dispuesto el plan, dijo Aladino al Genio que podía retirarse y que le llamaría cuando tuviese nenesidad de sus servicios. El Genio desapareció. Después hizo preguntar al sultán si estaba dispuesto a recibirlo, y éste contestó que lo aguardaba con impaciencia.

Aladino montó a caballo; iban delante veinte esclavos arrojando al pueblo puñados de monedas de oro, y otros veinte detrás que servían de rica y vistosa escolta al brillante jinete, que en un momento se atrajo las miradas y las bendiciones de toda la ciudad, asombrada de tanta munificencia.

Nadie reconoció en Aladino al joven vagabundo que poco antes había jugado por calles y plazas, y la noticia de que iba a casarse con la princesa Brudulbudura dió a su persona un encanto y un prestigio que deslumbró a todos cuantos se apresuraban a presenciar la marcha de la comitiva. Llegado que fué a palacio, quiso Aladino dejar a la puerta su caballo, según lo exigía la etiqueta de la corte; pero el gran visir se opuso a ello en nombre de su señor, y Aladino obtuvo el favor insigne de ir cabalgando hasta el pórtico del salón del trono, entre dos filas de soldados que se inclinaban a su paso.

El continente y la gallardía de Aladino agradaron tanto al sultán, que bajó los escalones del trono para recibirlo e impedir que se prosternase. Lejos de esto, abrazó al joven en testimonio de amistad, sentándolo después a su lado.

Aladino describió, con gran elocuencia, lo humilde de su posición, su escaso mérito para aspirar a la mano de la princesa y su atrevimiento en poner los ojos a tanta altura, por lo cual pidió perdón al sultán, dándole gracias al mismo tiempo, toda vez que de aquel enlace dependía la felicidad eterna de su vida.

—Hijo mío—respondió el monarca abrazándolo por segunda vez—, no hay para mí honra mayor que la de conceder la mano de mi hija a tan cumplido caballero, y no cambiaría este placer por la posesión de todos mis tesoros unidos con los vuestros.

En seguida, y a los acordes de una música melodiosa, pasaron a otro salón, donde el sultán comió con Aladino en presencia de los señores y dignatarios de la corte, admirados, a semejanza del sultán,

de ver el talento con que el joven sostenía la conversación de su soberano. Éste ordenó al primer cadí de su reino que extendiese el contrato de boda de la princesa con Aladino para que el casamiento se verificara aquel mismo día; pero el afortunado joven rogó al monarca con el mayor respeto que aplazase la ceremonia algunos días de que necesitaba para construir un palacio digno de la belleza de Brudulbudura. Accedió a ello el sultán, otorgándole los terrenos que necesitase frente a su propio palacio, con lo cual terminó la conferencia de aquel memorable día.

Aladino regresó a su casa con la misma ostentación y entre iguales aclamaciones que había salido de ella, y cuando se vió solo en su habitación llamó al Genio por el medio conocido.

—Genio—le dijo al verle aparecer—, ante todo te doy gracias por el celo y la exactitud con que has obedecido hasta aquí mis mandatos, y hoy reclamo más que nunca tu interés y tu diligencia. Quiero que en el menor tiempo posible me construyas, frente al palacio del sultán, otro palacio que le supere en magnificencia, para recibir en él a la princesa Brudulbudura, mi esposa. Dejo a tu capricho la elección de los materiales, pero desearía que en lo más alto del palacio fabricases un gran salón con su cúpula de cuatro faces iguales, cimentadas en plata y oro macizo, y en cada una de ellas tres ventanas, cuyas celosías, a excepción de una que deberá ser imperfecta, ostentarán transparentes y dibujos hechos con piedras preciosas, de tal suerte y con tanto arte que sean la admiración de cuantos las contemplen. Quiero, además, que el palacio tenga patios extensos, frondosos jardines, y sobre todo,

un sitio, que me indicarás, lleno de monedas de oro y plata. No te olvides de ningún departamento, de los trenes de caza, palafreneros, y de cuanta servidumbre se necesite para que corresponda a la suntuosidad del edificio. Vete y vuelve cuando hayas rematado la obra.

Al despuntar la aurora del siguiente día se presentó de nuevo el Genio y le dijo a Aladino :

—Señor, el palacio está concluído ; venid a ver si estáis contento de mi trabajo.

Fué Aladino al lugar designado, y no pudo menos de confesar al Genio que había excedido a sus mayores esperanzas. Luego que recorrió admirado todos los departamentos y que supo el sitio donde se ocultaba el tesoro, que era inmenso, pidió al Genio que colocase una alfombra de terciopelo desde la habitación de la princesa hasta la puerta del palacio del sultán, su padre. El Genio obedeció la orden con la rapidez de un relámpago, y desapareció después de acompañar a Aladino a su casa.

Fueron saliendo poco a poco a la calle las gentes de la ciudad, y al momento se extendió por toda ella y llegó a palacio la noticia de la maravilla hecha por Aladino. El gran visir atribuyó el palacio al arte de encantamiento y de hechicería ; pero el sultán no opinó lo mismo, creyendo que un hombre tan poderoso como su futuro yerno se había valido nada más que del auxilio del dinero, que en todos los tiempos y en todos los países del mundo ha hecho siempre verdaderos milagros.

Cuando Aladino volvió a su casa y despidió al Genio, hizo que su madre vistiese un rico traje para ir al palacio del sultán y acompañar aquella noche a la princesa luego que estuviera en disposición

de trasladarse al nuevo palacio. Hijo y madre dieron un adiós a la casa que iban a dejar para siempre, y sin olvidar, por supuesto, la lámpara maravillosa, se dirigieron, seguidos de esclavos y servidores, a la residencia del sultán.

El sonido de las trompetas y las armonías de las músicas anunciaron su llegada, y la viuda fué introducida en el departamento de la princesa por el jefe de los eunucos. Brudulbudura la obsequió de una manera espléndida, y cuando llegó la noche se despidió la princesa del sultán su padre en medio de lágrimas y de sollozos que no permitieron a uno ni a otro proferir una sola palabra. La joven se puso en marcha con la madre de Aladino, seguida de cien esclavos cuyos trajes eran de sorprendente magnificencia. Iban las músicas delante, y a los lados cuatrocientos pajes del sultán con antorchas en las manos, lo cual, unido a la iluminación del palacio de Aladino, casi reemplazaba a la claridad del día. Una inmensa muchedumbre acudió a aclamar a la princesa, que fué recibida en el pórtico por el enamorado galán.

—Princesa—le dijo—, en nombre del amor que os profeso, perdonadme la osadía de haber aspirado a vuestra mano, pues en ello consiste toda mi felicidad.

—Príncipe—respondió la princesa—, no he hecho más que cumplir con la voluntad de mi padre, y después de haberos visto, confieso que le he obedecido sin repugnancia.

Gozoso Aladino al oír respuesta tan lisonjera, condujo a su esposa a la sala del festín, dispuesto por el Genio con el lujo que él sabía hacerlo.

Durante el banquete se oyó un concierto de vo-

ces e instrumentos, tan delicioso, que Brudulbudura aseguró que jamás había oído cosa parecida. Y es que las cantantes eran hadas elegidas por el Genio esclavo de la lámpara. Luego dió principio el baile que, al concluir a una hora avanzada de la noche, puso fin a los festejos preparados por Aladino para festejar sus bodas.

Al día siguiente fué a comer el sultán en compañía de los príncipes sus hijos, y consagró casi todo el tiempo en examinar el palacio, que calificó, por la riqueza y el buen gusto, una de las mayores maravillas de la tierra. Mucho le llamó la atención, al entrar en el salón de las celosías, que una de ellas estuviese sin acabar cuando las demás eran un modelo de primor y de arte. No podía comprender la causa, y Aladino entonces le dijo :

—Señor, no he querido ex profeso que se perfeccione esa celosía para que Vuestra Majestad tenga la gloria y me dispense la honra de concluir por sí mismo este palacio.

—Y lo haré altamente complacido—respondió el sultán.

Aquel día dió orden a los joyeros más hábiles de su reino para que sin levantar mano terminasen la celosía incrustándola de piedras preciosas, pero los joyeros y los diamantistas, después de examinar la riqueza del salón, declararon que no tenían piedras que igualasen siquiera a las otras celosías. El sultán entonces les dió todas las que constituían los presentes de Aladino, el visir y los señores de la corte suministraron las suyas, y sin embargo los artífices no podían llegar ni aun a la mitad de la obra. Viendo Aladino que el sultán y todos se esforzaban en vano, frotó una noche la lámpara mara-

villosa y ordenó al Genio que pusiera la celosía idéntica a las demás, como así se verificó en un abrir y cerrar de ojos.

El asombro y la admiración del sultán no tuvo límites al convencerse más y más del extraordinario poder de Aladino, a quien confió, pasado algún tiempo, el mando de las tropas que iban a castigar a los rebeldes que se habían sublevado en los confines del reino. Aladino se condujo como buen soldado y experto general, y la victoria militar aumentó el prestigio de que ya gozaba por su generosidad, su nobleza y su magnificencia.

El mago africano, que supo que Aladino, a quien creía sepultado en el fondo del subterráneo, vivía rico y feliz, comprendió que el joven se había apoderado de la lámpara maravillosa, y pretendió quitársela, cosa que consiguió al fin valiéndose de sus artes; pero no la retuvo mucho tiempo en su poder. Aladino conservaba su anillo prodigioso, y con ayuda de él y poniendo a contribución todo su ingenio, que no era escaso, recuperó la lámpara y el favor del sultán, que el mago africano le hizo perder y del que estuvo privado durante algún tiempo.

El joven, para evitar que el diabólico mago turbara nuevamente su felicidad, le dió muerte y, ya libre de su encarnizado enemigo, vivió desde entonces completamente dichoso y haciendo felices a cuantos lo rodeaban, pues con el auxilio de la lámpara maravillosa su poder y sus riquezas no tuvieron jamás límite.

Pocos años después, murió el sultán sin dejar hijos varones, por cuya razón le sucedió en el trono la princesa Brudulbudura, quien trasmitió el su-

premo poder a su querido esposo Aladino. Ambos reinaron largo tiempo, dejando al morir una ilustre y memorable descendencia.

—Señor—dijo Schenarda cuando concluyó la historia de la lámpara maravillosa—, la moral de este cuento no habrá escapado a la penetración de Vuestra Majestad. El mágico africano representa al hombre arrastrado por la pasión a las riquezas de que no llega a gozar a causa de los medios inicuos de que se vale para conseguirlas; Aladino es el joven de humilde cuna que se eleva por su valor y fortuna al primer puesto del reino; el sultán, el soberano justo que, si en un momento de arrebato condena a muerte al inocente, cede ante los clamores y las súplicas de su pueblo, y, por último, la princesa es el modelo de las buenas hijas y de las esposas honradas. Aunque sé todavía un sinnúmero de historias—continuó Schenarda—, creo, señor, que Vuestra Majestad se cansará de escucharme.

—Desechad ese temor—replicó el sultán—, y referidme otro cuento maravilloso.

Animada Schenarda con las benévolas palabras del sultán, comenzó en seguida la historia siguiente:

HISTORIA DE ALI BABÁ Y DE CUARENTA LADRONES EXTERMINADOS POR UNA ESCLAVA

En la ciudad persa situada en los confines de estos reinos, vivían dos hermanos llamados el uno Cassim y Alí Babá el otro. Cassim se casó con una

mujer rica; pero Alí Babá, por lo contrario, lo hizo con una muy pobre, y su único medio de subsistencia era cortar leña que cargaba luego, para venderla en la ciudad, sobre tres asnos, cuyos pacientes animales constituían todos sus bienes de fortuna.

Estaba un día Alí Babá en el bosque, entregado a su ordinario ejercicio, cuando vió a lo lejos un grupo de hombres a caballo que se adelantaban hacia él, envueltos en una espesa nube de polvo. Aunque en el país no se hablaba de ladrones, Alí los tomó por tales, refugiándose en la copa de un árbol, al pie del cual se detuvieron los jinetes. Eran éstos cuarenta hombres, altos, fornidos, armados hasta los dientes, y que al llegar al tronco de dicho árbol echaron pie a tierra, descargando unos sacos que Alí Babá juzgó, por lo pesados, que estarían llenos de oro y plata. El que parecía capitán de la partida se acercó a una gran roca inmediata a aquel sitio y pronunció las siguientes palabras:

—¡Sésamo, ábrete!

En seguida se abrió una puerta construída en el peñasco, puerta que volvió a cerrarse apenas entraron todos los ladrones.

Alí Babá tuvo intenciones de bajar del árbol, apoderarse de dos o tres caballos y huir al pueblo cercano; pero el miedo le dejó quieto, y, en efecto, a los pocos momentos salieron de la roca los malhechores.

—¡Sésamo, ciérrate!—dijo el capitán, y la puerta se cerró instantáneamente.

Montaron luego a caballo con los sacos vacíos, alejándose en la misma dirección por donde habían venido. Cuando Alí los hubo perdido de vista, fué

a la roca, repitió las palabras misteriosas que había oído y entró, no en un cueva obscura como creyera al principio, sino en un local espacioso, claro y lleno de ricas telas, de alhajas y de sacos repletos de monedas de plata y oro. Alí Babá no dudó un momento sobre el partido que debía tomar, así es que, despreciando las telas, se apoderó de los sacos que pudo, en cantidad bastante para hacer su fortuna.

—¡ Sésamo, ciérrate !—dijo a la puerta para que se cerrase, y en seguida cargó de oro los tres asnos que a los palos de su amo corrían desesperadamente por aquellos campos en dirección a la ciudad.

Alí Babá refirió a su mujer en secreto la extraordinaria aventura, y se dispuso a enterrar el tesoro para guardarlo con toda seguridad. La mujer quiso saber a cuánto ascendía, el marido le dijo juiciosamente que lugar tendría de contarlo; pero ella se obstinó en ir por una medida a casa de su cuñada, la esposa de Cassim, no sin que Alí le recomendase la mayor discreción y reserva. Como Alí Babá y su mujer eran tan pobres, extrañó mucho su parienta que tuviesen granos que medir, y como no fué posible que la mujer de Alí le dijera una sola palabra a pesar de sus preguntas, untó con sebo el interior de la medida a fin de averiguar el misterio, como en efecto lo consiguió, porque la medida, al ser devuelta, llevaba pegada al borde una moneda de oro. Cassim y su esposa no podían explicarse el enigma, y, lejos de sentir alegría por la suerte de Alí Babá, concibieron la más negra envidia al considerar que medía oro como si fuese trigo. Cassim fué en busca de su hermano para interrogarle con altanería sobre el cambio repentino de su suerte, y Alí Babá, viéndose descubierto, tomó el partido de

contar a Cassim la historia de los ladrones, diciéndole exactamente los medios de que había de valerse para penetrar en la gruta de los bandidos. Cassim era avaro y ambicioso por consiguiente, y así es que fué al amanecer del otro día con diez mulas y diez cofres al lugar designado por Alí Babá.

—¡ Sésamo, ábrete !—dijo enfrente de la roca, y la puerta se abrió, cerrándose inmediatamente.

Al verse en medio de tantas riquezas, no sabía por donde empezar, hasta que, al fin, apartó las que podían transportar diez mulas ; pero, cuando fué a la puerta, se le olvidó la palabra indispensable, y, en vez de *Sésamo*, dijo «¡ Cebada, ábrete !» La puerta permaneció cerrada, y fueron así mismo infructuosas cuantas frases pronunció Cassim en su aturdimiento, amedrentado y confuso por no poder salir de la cueva. A todo esto, volvieron los ladrones, ahuyentaron con su presencia las mulas de Cassim, que huyeron espantadas, y sable en mano penetraron en la cueva, con gran terror de Cassim, que, al oír el alboroto, no dudó que estaba en poder de los feroces bandidos.

Resuelto, sin embargo, a hacer un supremo esfuerzo para salvar su vida, apenas oyó pronunciar la palabra *Sésamo*, que se le había olvidado, y vió la puerta abierta, se precipitó hacia ella con el ímpetu de un huracán y echó a rodar al capitán de los bandoleros que habíase interpuesto en su camino ; pero no pudo esquivar el encuentro de los forajidos, que le dejaron acribillado a estocadas.

El capitán se levantó prontamente y, seguido de sus hombres, se internó en la cueva, y vistos los sacos que Cassim se disponía a cargar en sus mulas, vaciaron su contenido en el sitio donde había sido

robado, pero sin darse cuenta de la merma hecha por Alí Babá en el montón de oro.

Seguidamente reuniéronse en consejo con objeto de averiguar cómo había podido Cassim entrar en la caverna. Opinaron algunos que pudo haberlo hecho por la abertura existente en la cima de la montaña y por la cual penetraba la luz; pero esta idea fué desechada al punto, porque la escarpada montaña era realmente inaccesible. Forzoso era convenir en que el intruso había sorprendido en parte su secreto; y como se trataba de sus comunes intereses y de los tesoros que con tantos riesgos habían acumulado, los bandoleros decidieron cortar el cadáver en cuatro partes y clavarlo en la puerta de la caverna para que sirviese de saludable advertencia a cualquiera otro que se atreviese a acercarse. Asimismo resolvieron no volver a la gruta hasta que el hedor se hubiera disipado.

Entretanto, la mujer de Cassim estaba llena de zozobra por la tardanza de su marido, y no pudiendo dominar su ansiedad, presentóse, al atardecer, en casa de su cuñado.

—Alí Babá—le dijo—, os supongo sabedor de que vuestro hermano ha ido al bosque y del motivo que le ha llevado a aquel lugar. Aun no ha regresado, a pesar de que la noche está al caer, y como temo que le haya ocurrido alguna desgracia...

Alí Babá la interrumpió con un gesto. Él había supuesto que su hermano se apresuraría a ir al bosque, y se abstuvo de seguirle para que aquél pudiese obrar con más libertad, y, sin dirigir ningún reproche a su cuñada, le dijo que no debía asustarse de antemano, pues era más que probable que Cassim no quisiese entrar en la ciudad sino a hora muy

avanzada de la noche para que no se descubriese el tesoro que conducía.

Un tanto tranquilizada con las reflexiones que le hiciera su cuñado, la mujer de Cassim regresó a su domicilio. Pero a medida que transcurrían las horas, renacía su inquietud, y cuando despuntó la aurora, sin que su esposo regresara, dió rienda suelta a sus lágrimas, conteniendo, empero, los gritos que pugnaban por salir de su garganta, pues comprendía que debía ocultar su dolor al vecindario.

Alí Babá, lleno de inquietud por la tardanza de Cassim, y a ruegos de su cuñada, fué a la roca y vió con espanto el desenlace de la expedición de su hermano. Recogió los miembros ensangrentados de éste, después de llorar su muerte, a pesar de las ingratitudes del difunto, y cargó a los tres asnos de sacos llenos de oro. Llegado que hubo a su casa, hizo entrar en el patio a dos de los burros cargados de oro, informó a su mujer en pocas palabras de lo que ocurría, y se encaminó, con el asno que conducía el cadáver, a casa de su cuñada.

—Margiana—dijo a la esclava que le abrió la puerta—, es necesario que guardes el secreto de lo que vas a saber. Aquí traigo el cuerpo descuartizado de tu amo, y es indispensable que le demos sepultura como si su muerte hubiera sido natural. Avisa a tu ama que deseo hablarle y luego te diré lo que debemos hacer.

Era Margiana una joven y bellísima esclava, discreta si las hay, dotada de un talento sorprendente y fecundísima en recursos ingeniosos para vencer las mayores dificultades.

La esclava anunció a su ama la visita de Alí Babá, y éste, que la seguía, entró en el aposento.

—¿Qué hay, cuñado mío? ¿Qué noticias me traéis de mi marido?—preguntó la viuda con ansiedad—. Leo en la expresión de vuestro semblante que vais a anunciarme una horrible desgracia.

—Nada os diré, querida cuñada—repuso Alí Babá—, si no me prometéis escucharme hasta el fin sin despegar los labios.

—¡Ay!—exclamó la mujer de Cassim en voz baja—, ese preámbulo me dice claramente que mi marido ha muerto. Me hago cargo, sin embargo, de la necesidad de guardar silencio sobre lo que ocurre y de sofocar mis sollozos... Hablad, que no os interrumpiré.

Alí Babá le hizo un fiel relato de lo que había visto y hecho en la cueva, y terminó diciendo:

—La desgracia, pues, es irreparable, querida cuñada; mas para consolaros, os ruego que compartáis conmigo los bienes que he tenido la suerte de adquirir, y al efecto os propongo que vengáis a vivir a mi casa donde nada os faltará, puesto que, gracias a Dios, soy ahora bastante rico. Si aceptáis mi proposición, es preciso arreglarse de modo que parezca natural la muerte de mi hermano, y esto podemos dejarlo al cuidado de Margiana y al mío.

No podía tomar mejor partido la mujer de Cassim, pues su difunto esposo le dejaba una fortuna considerable que no tendría necesidad de gastar, puesto que su cuñado estaba dispuesto a proveerla de cuanto necesitase.

Así, pues, aceptó contentísima y al punto dejó de llorar la violenta muerte del marido que hasta entonces había amado.

Alí Babá dejó a su cuñada más consolada de lo que podía esperar, y después de haber dado pro-

lijas instrucciones a Margiana, montó en su asno y regresó a su vivienda.

Margiana no perdió el tiempo. En cuanto Alí Babá se hubo marchado, encaminóse a casa de un boticario y le pidió una droga que era eficacísima para las enfermedades más peligrosas. El boticario se la entregó, preguntándole quién era el enfermo.

—¡Ay!—repuso Margiana lanzando un suspiro—, es mi amo Cassim, que ha perdido ya el uso de la palabra y diríase que agoniza. ¡Pobre amo mío! ¡Qué cosa tan repentina!

Se marchó la esclava y volvió al poco rato, más compungida y llorosa que la vez anterior, y pidió una medicina que sólo se suministraba a los enfermos en los últimos momentos, cuando ya no había esperanzas de salvarle la vida.

—¡Ay!—gimió Margiana—, me temo que esta droga no sea más eficaz que la otra, si es que llego a tiempo... ¡Mi pobre amo se muere! ¡Quizá está ya muerto!

Como al mismo tiempo vieron a Alí Babá y a su mujer llorosos y cariacontecidos ir y venir de su casa a la de Cassim, el vecindario no se sorprendió al saber por la noche que Cassim había dejado de existir al caer de la tarde.

Margiana se dirigió entonces a casa de un anciano zapatero, que tenía su tienda en la plaza, y en cuanto le vió, púsole en la mano una moneda de oro, sin pronunciar palabra.

—¡Buen negocio!—exclamó el zapatero, contemplando la moneda—. ¿De qué se trata? Estoy pronto a serviros.

—Babá Mustafá—repuso Margiana—, tomad los útiles necesarios para coser, y venid conmigo;

pero os advierto que, apenas lleguemos a cierto sitio, os vendaré los ojos.

—¡Ah, no, no!—exclamó Mustafá—. Tramáis algo que repugna a mi conciencia y a mi honradez.

—Venid conmigo—replicó Margiana, entregándole otra moneda de oro—y no temáis.

Babá Mustafá siguió a la joven, y llegados a las

inmediaciones de la casa de Cassim, la esclava vendó los ojos al zapatero y le condujo a casa de su amo.

Mustafá hizo cuanto se le mandó, cosió los pedazos del cuerpo de Cassim, recibió en recompensa otra moneda de oro, y, acompañado de la esclava, que le vendó los ojos, volvió a su tienda.

Entretanto lavaron y perfumaron el cadáver, y

al mismo tiempo que volvía Margiana, llegaba el carpintero con el ataúd que le había encargado Alí Babá. Entre éste y Margiana colocaron los restos de Cassim en la caja, con objeto de que el carpintero no pudiese traslucir nada de lo que ocurría. Terminadas estas operaciones, Margiana fué a la mezquita para avisar que podían ya dar sepultura al cadáver.

La viuda de Cassim dió, ante sus vecinos, las mayores muestras de dolor perfectamente fingido, y, tres o cuatro días después del entierro, Alí Babá trasladó su mobiliario a casa de su cuñada, en cuya compañía vivieron en lo sucesivo él y su esposa, sin que nadie abrigara la menor sospecha de lo sucedido.

Mientras Alí Babá con su esposa y su hijo se trasladaban a vivir en unión de la viuda de Cassim, los ladrones descubrieron en la cueva que habían sido robados, comprendiendo que un hombre, sin duda, conocía el secreto de abrir la puerta de la caverna, y resueltos a dar muerte al atrevido del mismo modo que a Cassim, enviaron a un ladrón disfrazado a la ciudad para que indagase con astucia si se hablaba o no de la extraña muerte de Cassim.

La casualidad hizo que el bandolero viese a Babá Mustafá trabajando ya en su tienda aunque apenas había amanecido. Trabó conversación con él, extrañando que viese bien a pesar de su avanzada edad.

—Aunque me veis tan viejo—replicó Mustafá—, tengo excelente vista, y no hace mucho tiempo que cosí a un muerto en un sitio donde había menos claridad que en éste.

—¡Ya estoy sobre la pista!—dijo para sí el ladrón, y dió a Babá Mustafá dos monedas de oro para que hablase.

Pero el remendón sabía poco y se limitó a decirle que le llevaron y le hicieron salir de casa del difunto con los ojos vendados, por cuya razón le era imposible dar más informes. El ladrón le propuso vendarle los ojos de nuevo, y acompañarle por el mismo camino y las mismas revueltas que se acordase haber andado para ver si daban con la casa. Babá Mustafá convino, emprendió la marcha en unión del bandido, que se dejaba guiar por él, hasta que llegaron a un paraje en el que dijo Mustafá :

—Me parece que no pasé de aquí.

El ladrón le quitó el pañuelo de los ojos. Estaban frente a la casa de Cassim :

—¿Quién vive aquí?—preguntó el ladrón.

—Como no soy de este barrio, no os lo puedo decir—contestó Babá, y se alejó.

El bandolero señaló con yeso la puerta de la casa, encaminándose en seguida al bosque en busca de sus compañeros, a darles cuenta de lo sucedido.

Margiana salió muy temprano aquel día a las compras de la casa, y sorprendida al ver la marca blanca sobre la puerta, sospechó si a sus amos tratarían de hacerles algún mal, y con un pedazo de yeso hizo el mismo signo en las casas de los lados. Así es que fué grande la confusión de los ladrones cuando aquella noche se acercaron al sitio designado por el bandolero que había ido al amanecer a la ciudad, porque éste juraba que no había marcado más que una sola puerta. Vueltos al bosque, comisionaron a otro ladrón, que sobornó a Babá

Mustafá como el primero, señalando la casa con pintura roja para no equivocarse, pero la ingeniosa Margiana repitió la misma operación, y los malhechores quedaron burlados por segunda vez, hasta que el capitán determinó practicar personalmente las gestiones necesarias, valiéndose siempre de Mustafá. Con efecto, llevóle éste a la casa de Cassim; el bandido tomó bien las señas del edificio y de sus menores particularidades, y de regreso a la cueva ordenó a su gente que comprasen veinte mulas y cuarenta grandes pellejos para aceite, uno lleno, y los demás vacíos. A los tres días estuvo todo listo; el capitán hizo que cada ladrón con las armas necesarias se metiese dentro de un pellejo, dejando abierto un pequeño boquete para respirar, y dispuesta así la comitiva, y cargadas las mulas con los ladrones, se dirigió el jefe de la cuadrilla a casa de Alí Babá, a quien pidió el favor, porque, según dijo, las posadas estaban llenas, de que él y sus mulas pasasen allí las horas de la noche, para vender al amanecer el aceite en el mercado. Gracias al disfraz de aceitero, no pudo Alí Babá reconocer en aquel hombre al capitán de ladrones que había visto en el bosque, y así es que no tuvo inconveniente en permitir que entrasen en el patio las caballerías, ni en dar alojamiento al bandido, mandando a Margiana que le preparase la cena. El capitán arregló sus pellejos, dijo a los ladrones que estuviesen alerta cuando oyeran su silbido de seña, y después de cenar se dirigió a la habitación que le habían designado. Alí Babá se acostó también para ir al baño temprano como acostumbraba, y Margiana en la cocina se dispuso a preparar el caldo que debía dar a su amo al regreso de dicho baño. Pero de pronto

se apagó la lámpara por falta de aceite; no había en la casa, ni era hora de ir a buscarlo, y en aquel conflicto se acordó de los pellejos que estaban en el patio, bajó con una jarra, se acercó al primer pellejo que encontró y oyó que el ladrón que estaba dentro preguntó en voz baja:

—¿Es hora?

Margiana, sin desconcertarse, ni gritar, como otra hubiera hecho, comprendió con su talento natural el riesgo en que se encontraba Alí Babá y la familia y respondió al ladrón en voz también muy baja:

—Todavía no, pero pronto.

Acercóse a todos los pellejos, que el capitán había abierto un poco al descargarlos para que los ladrones no se ahogasen; éstos hicieron a la esclava la misma pregunta, y ella dió igual respuesta hasta llegar al último pellejo, que era realmente de aceite. Llenó la jarra, encendió su luz en la cocina, y puso al fuego una gran caldera rebosando de dicho líquido que fué a buscar al patio; hirvió por fin y cogiendo la caldera vertió en cada pellejo aceite hirviendo bastante para sofocar a los hombres que estaban dentro y quitarles la vida.

Apenas había pasado un cuarto de hora de esta acción heroica por parte de la esclava, cuando el capitán comenzó a silbar, pero nadie le respondió. Entonces Margiana, oculta tras una puerta, vió que el jefe de los ladrones bajó azorado al patio, reconoció los pellejos uno por uno, encontró cadáveres a sus compañeros, y lleno de horror, creyéndose descubierto, se lanzó al jardín, y huyó como un rayo saltando por las tapias.

Fácil es comprender la alarma y la sorpresa de

la familia al enterarse al día siguiente por la relación exacta de Margiana del drama que se había representado en el patio aquella noche. Todos bendecían y admiraban a la valerosa esclava a quien Alí Babá hizo libre en justa recompensa del servicio que le había prestado evitándole una muerte segura.

En el jardín de la casa, que era muy extenso, se dió sepultura instantánea a los treinta y nueve cuerpos de los ladrones, y las mulas fueron vendidas por Alí Babá en el mercado de la ciudad.

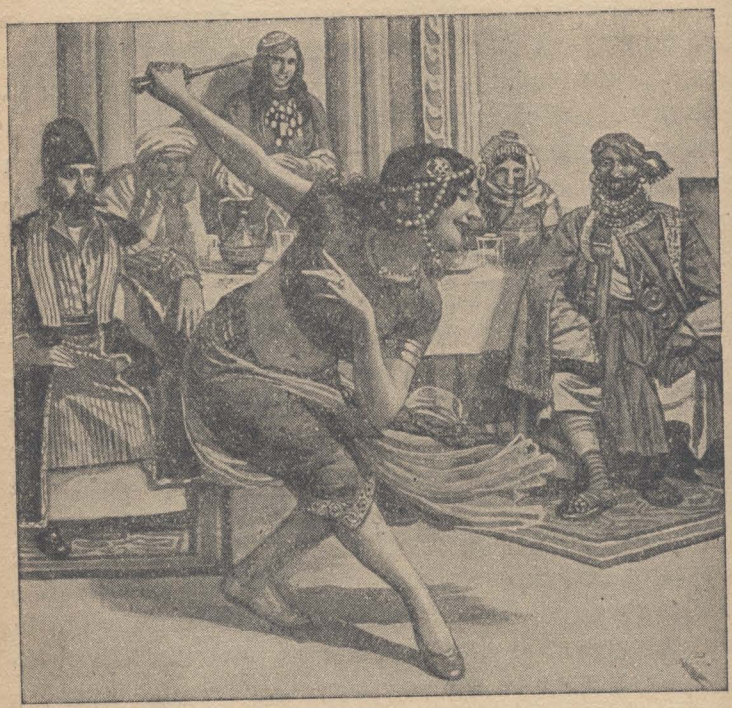
Entretanto el capitán, solo y desesperado en su cueva, meditaba una terrible venganza que le proporcionase la muerte de Alí Babá y la seguridad del tesoro que poseía.

Al fin, y pasados algunos días, se estableció en la ciudad con gran lujo y ostentación, bajo el nombre supuesto de Cojia Hasan; dijo que era un opulento mercader, puso su tienda frente a la que el hijo de Alí Babá tenía en la casa de su padre, y no sin gran astucia y habilidad trabó relaciones con el joven hasta conseguir que éste le invitase una noche a cenar con su familia. Aceptó el capitán la oferta, y Alí Babá le recibió con el agasajo debido al amigo de su hijo. Pusiéronse a la mesa y Cojia Hasan rogó se le perdonase si no probaba alimento alguno, pero que no podía comer ningún manjar que tuviera sal. Alí Babá le contestó que el pan de su casa no tenía sal, y para quitar todo pretexto al huésped, mandó a Margiana que no echase sal a los guisados que pusiese en la mesa.

Mucho extrañó a Margiana esta rareza del extranjero, y llena de curiosidad entró en el comedor para conocerle. Supo inmediatamente quién era a

pesar del disfraz, reparó que llevaba un puñal escondido en la cintura, y no extrañó entonces que el malvado no quisiera comer sal con el hombre a quien trataba de asesinar sin duda.

Empezó la cena : Cojia Hasan hizo lo que pudo para embriagar a Alí Babá y a su hijo. Margiana no tenía pretexto para permanecer en el comedor,



y resuelta a evitar el crimen a todo trance, vistióse un traje de bailarina, y con una pandereta en la mano, pidió permiso a sus amos para lucir su habilidad delante del extranjero.

Gozoso Alí Babá, que no esperaba por cierto esta diversión, dió licencia a la joven, la cual empezó a bailar unas danzas fantásticas, con tanta

gracia, que todos prorrumpieron en aplausos. Luego sacó un agudo puñal, con el que hizo hábiles juegos sin dejar nunca la danza, y en una de las rápidas vueltas que daba, se acercó a Cojia Hasan, y le atravesó el corazón de una puñalada, dejándole muerto en el acto.

Alí Babá y su hijo dieron un alarido horrible, creyendo que Margiana había cometido un asesinato involuntario; pero la heroica joven descubrió el puñal de Cojia Hasan, y demostró que el falso mercader no era otro más que el aceitero y el capitán de ladrones que se había introducido en la casa con intención de matar a Alí Babá.

Éste, en el colmo de la gratitud, abrazó a Margiana, ofreciéndole su hijo como esposo, distinción merecida por la mujer que dos veces le había salvado milagrosamente la existencia.

Enterróse el cadáver del capitán en el jardín con la mayor reserva, y poco después se celebraron, en medio de magníficas fiestas, los desposorios de Margiana y del hijo de Alí Babá, aunque nadie supo el verdadero motivo de la boda.

Al cabo de algún tiempo, y viendo que nadie le molestaba, fué Alí Babá un día con las debidas precauciones a la cueva.

—¡Sésamo, ábrete!—dijo delante de la puerta. Esta se abrió al instante y Alí Babá, a la vista de tan ricos tesoros y del orden en que estaban, conoció que nadie había penetrado allí desde la muerte de los cuarenta ladrones.

Alí Babá enseñó a su hijo el secreto para entrar en la cueva, y aprovechándose ambos de su fortuna con moderación, vivieron largos años espléndida y honrosamente.

HISTORIA DEL CABALLO ENCANTADO

El día primero del año es una festividad antigua y solemne en todo el ámbito de la Persia, cuyos habitantes lo designan con el nombre del Nevrur, y no sólo en las ciudades populosas, sino en todos los lugares y aldeas se celebra con extraordinarios regocijos.

Pero los que se verifican en la corte, sobresalen entre los demás por la variedad de peregrinas diversiones y por la concurrencia de los extranjeros, atraídos por los premios y la liberalidad de los reyes, que nada omiten a fin de revestir el acto de sin igual pompa y magnificencia. En una de aquellas festividades se presentó en Chiraz, que era la capital del reino, un hombre indio con un caballo de madera galanamente enjaezado y con tanta maestría construído, que el rey y todos los cortesanos lo creyeron un caballo verdadero.

Postróse el indio delante del trono, y dijo al soberano:

—¡Señor! puedo asegurar a Vuestra Majestad que no ha visto nunca nada tan portentoso como este caballo, no por lo perfecto de su construcción, sino por el uso maravilloso que se hace de él, cuando se posee mi secreto. Montado en él, si quiero trasladarme a la región del aire, a cualquier paraje de la tierra por distante que esté, lo ejecuto al momento. En esto consiste el mérito del caballo, y estoy pronto a probarlo en presencia de Vuestra Majestad si así se digna disponerlo.

El rey de Persia, asombrado de aquel portento, y deseoso de convencerse de él por sus propios ojos, contestó que desde luego quería ver el experimento.

El indio puso el pie en el estribo, montó con suma ligereza, y una vez en la silla, preguntó al soberano el lugar a donde se dignaba enviarlo.

A tres leguas de Chiraz había un bosque que se descubría desde el palacio del rey y desde la plaza en que se celebraba la fiesta, llena entonces de gran muchedumbre.

—Deseo que vayas a aquel bosque — dijo el rey— : la distancia no es grande ; pero, como mi vista no puede seguirte hasta allí, en prueba de que has ido, te mando que me traigas una palma cortada de la gran palmera que encontrarás en la falda del monte.

Inclinó el indio la cabeza en señal de obediencia, dió vuelta a una clavija que sobresalía un poco en el cuello del animal, cerca del arzón de la silla, y el caballo se remontó como un relámpago, dejando atónitos al rey y a los palaciegos que no podían explicarse la causa del portento.

Al cuarto de hora escaso divisaron de nuevo por los aires al indio que volvía con una palma en la mano. Dió muchas vueltas sobre la plaza, en medio de los gritos entusiastas del pueblo, y luego fué a detenerse ante el trono del rey, en el mismo lugar de donde había partido. Echó pie a tierra y depositó la palma a los pies del monarca, quien entró en deseos de ser dueño del caballo maravilloso, e hizo en el acto proposiciones al indio para comprarlo.

—Señor—respondió éste—, no dudé jamás de que Vuestra Majestad, al persuadirse del mérito de

mi cabalgadura, querría poseerla como acaba de manifestarme. Desde luego estoy dispuesto a cedérosla con una condición; pero antes es forzoso que me explique. Yo no he comprado este caballo; me lo regaló el inventor y fabricante a cambio de la mano de mi hija, hoy su esposa, y me exigió que si alguna vez lo vendía fuese con gran ventaja.

—Estoy pronto—repuso el rey—a concederte lo que apetezcas de cuanto mi reino encierra de rico y poderoso.

Esta oferta, por dilatada que fuese, era, sin embargo, inferior a la que el indio meditaba, y así es que replicó:

—Señor, doy gracias a Vuestra Majestad por el ofrecimiento que me hace; pero no puedo cederle mi caballo si no me otorga en cambio la mano de la princesa vuestra hija. Sólo a este precio seréis dueño del portento.

Los cortesanos, al oír estas palabras, prorrumpieron en estrepitosas carcajadas, y el príncipe Firuz, hijo mayor del rey y heredero de la corona, se enfureció con el atrevimiento de aquel hombre. Sin embargo, el rey se mostró indeciso acerca del partido que debería tomar, y el príncipe, viendo que su padre titubeaba, exclamó con ira:

—Os ruego, señor, que rechacéis inmediatamente la proposición de ese hombre desconocido e insolente que aspira nada menos que a enlazarse con una de las familias más poderosas de la tierra.

—Hijo mío—dijo el rey—, acepto tus indicaciones; pero sin duda no tienes en cuenta el mérito del caballo ni que el indio hará, si yo lo desecho, la misma demanda a otro rey, el cual puede excederme en generosidad, haciéndose dueño de una mara-

villa que deseo poseer a toda costa. Antes de prometer nada, desearía que probaras el caballo y examinases sus condiciones, si lo permite su dueño.

El indio, que advirtió el benévolo acento del rey, lo cual indicaba casi su decisión de admitirle como yerno, se apresuró a ayudar al príncipe a montar en el caballo. Firuz subió a él con soltura y elegante gallardía, y apenas puso los pies en los estribos, cuando, sin esperar las instrucciones ni los consejos del indio, dió vuelta a la clavija que había visto tocar, y el caballo le arrebató con la misma velocidad que una saeta disparada por la mano de un robusto flechero.

Perdióse el príncipe de vista a los pocos minutos, y el indio, lleno de sobresalto, dijo al rey que no le hiciese responsable de las desgracias que pudieran ocurrir al príncipe, puesto que había marchado sin enterarse del procedimiento necesario para dar dirección al caballo en el aire, y que consistía en apretar otra clavija situada en el lado contrario con ayuda de la que se bajaba de nuevo hacia la tierra.

Comprendió el rey al punto el grave peligro en que estaba su hijo, y le desconsoló mucho al pensar que aun descubriendo la clavija podría caer en el mar o en algunos peñascos donde era segura su muerte.

—No temáis por eso, señor—replicó el indio—, porque mi caballo cruza los mares y los sitios peligrosos sin ningún riesgo del jinete, y lo conduce al sitio a que éste desea dirigirse.

—De todos modos—exclamó el rey—, me respondes con tu cabeza de la vida de mi hijo, si dentro de tres meses no lo veo volver sano y salvo.

Y dispuso en seguida que se apoderasen del indio para encerrarlo en una obscura prisión.

La fiesta del Nevrur había concluído de un modo aciago para la corte de Persia.

Entretanto el príncipe Firuz perdió la tierra de vista a la hora escasa de su elevación al espacio, y medio trastornado dió vueltas a la misma clavija en sentido inverso, tirando al caballo de la brida; pero éste le arrebataba con la misma o mayor rapidez, hasta que al fin descubrió la otra clavija, la oprimió, el caballo comenzó a bajar puesto ya el sol, y a las doce de la noche, en medio de una gran obscuridad, se detuvo en tierra. El príncipe reconoció el lugar donde estaba y vió que era la azotea de un magnífico palacio, guarnecido con balaustrada de mármol. Luego vió una puerta con su escalera por la cual bajó, encontrándose de repente en una sala. Allí, a la luz de un farol, vió a varios eunucos negros que dormían cada uno con el alfanje desenvainado junto a sí, y supuso que sería la guardia de alguna reina, como así era efectivamente. El aposento de la princesa comunicaba con la sala, y Firuz, sin titubear, entró en la habitación donde reposaba la princesa rodeada de muchas esclavas. Acercóse de puntillas y, al ver la deslumbradora belleza de la dama, quedó prendado de su sin igual hermosura.

Despertóse la princesa y permaneció un momento sobrecogida delante del joven, pero sin dar muestras de terror ni de asombro. Era la hija mayor del rey de Bengala, y aquél el palacio que le destinaba su padre para que disfrutase de las delicias del campo. El príncipe le dió a conocer su estirpe y algo de la aventura por medio de la cual

se encontraba a sus plantas, rogándole que le tratara sin enojo en su extraña situación.

—Príncipe—dijo la joven—, la hospitalidad y la cortesía reinan en Bengala como en Persia; nada tenéis que temer, y mi palacio y mi reino están a disposición vuestra.

Firuz dió gracias de un modo expresivo a la princesa por la acogida que le dispensaba, y la joven, a pesar del deseo que tenía de saber los medios extraordinarios de que el gallardo mancebo se había valido para penetrar en el edificio y llegar hasta ella, dispuso que las esclavas lo condujeran a otra habitación con objeto de darle de cenar y prepararle un suntuoso lecho, como en efecto lo verificaron.

Al día siguiente la princesa, prendada también por su parte de la apostura y gentileza de Firuz, se adornó la cabeza con gruesos diamantes, el cuello y los brazos con ricas joyas, y se vistió un magnífico traje de una tela de las Indias que sólo se fabricaba para los monarcas en aquel tiempo. Envió en seguida a buscar al príncipe persa, el cual se presentó en el salón y refirió minuciosamente a la joven cuanto había ocurrido el día de la fiesta de Nevrur y los peligros que corriera en su viaje aéreo y al atravesar luego la cámara donde estaban dormidos los guardas eunucos. El príncipe, al concluir su relato, no dejó pasar la ocasión de decir a la princesa de Bengala que todos los riesgos los daba por bien empleados a cambio de haber visto su peregrina hermosura y que le ofrecía su corazón y su mano. Iba ya la joven a contestar a las halagüeñas palabras de Firuz, cuando una esclava fué a anunciar que la comida estaba dispuesta. Termi-

nado el suntuoso banquete al eco de dulcísimas voces y de sonoros instrumentos, recorrieron los príncipes todos los jardines y departamentos del palacio, que Firuz calificó de maravilloso y espléndido hasta lo infinito.

—Aun es mejor el del rey mi padre—dijo la joven—, y vos seréis de mi opinión luego que lo hayáis visto, porque no dudo que desearéis conocer a mi padre para que os trate con los honores debidos a vuestro mérito y a vuestro rango.

—Con gran placer admitiría la oferta que me hacéis, princesa, y no encuentro palabras con que expresaros mi gratitud; pero reflexionad la angustia y la zozobra en que estará mi padre desde que desaparecí en el caballo, y sería en mí un crimen imperdonable el no sacarlo pronto de su aflicción. Si me permitís y me juzgáis digno de la dicha de ser esposo vuestro, dejadme ir a mi país a participar al rey los proyectos que tengo, y estoy seguro de que se apresurará a pedir para mí vuestra mano al rey de Bengala.

La joven era harto discreta para negarse a los deseos de Firuz, y lo más que pudo conseguir fué retenerle dos meses a su lado para que disfrutara de los bailes, los banquetes, las partidas de caza y cuantas fiestas inventó en honor de su huésped. Pasado este tiempo, decidió Firuz su viaje y rogó a la princesa que lo acompañase a Chiraz para presentarla al rey de Persia, pagándole en su capital la generosa hospitalidad que de ella había recibido. La joven vaciló en un principio; pero después, y sin arredrarse por las molestias del viaje, se decidió a salir sigilosamente del palacio con objeto de no ser vista.

Hechos los preparativos, y mientras todos dormían, al amanecer del siguiente día subieron los jóvenes a la azotea, él volvió el caballo hacia el rumbo de Persia, montó después de acomodar a la princesa, dió vuelta a la clavija, y el caballo los arrebató con la celeridad del rayo.

Iba el animal atravesando los aires con su acos-

tumbrada rapidez, y el príncipe le gobernó de tal modo, que a las dos horas y media de marcha descubrieron los viajeros la capital de Persia. No fueron a detenerse a la plaza ni al palacio del rey, sino a un alcázar de recreo situado a poca distancia de la ciudad. Allí dejó Firuz a la princesa, y fué a avisar a su padre de la fausta nueva de su regreso.

El pueblo lo recibió con demostraciones de entusiasmo, y el rey, que vestía de luto por su hijo a quien creía muerto, temió volverse loco de alegría.

Pasados los primeros transportes, le preguntó qué había sido del caballo del indio. Firuz refirió entonces al monarca los apuros sufridos al verse a tan considerable altura sin saber dar dirección al caballo, y luego contó su aventura con la princesa y cuanto sucediera, en fin, en los dos meses de ausencia. El rey, no sólo consintió que Firuz se casara con la princesa de Bengala, sino que dió inmediatamente las órdenes oportunas para ir a recibirla con pompa al alcázar de recreo y celebrar después los desposorios en la capital. En seguida mandó que fueran a la cárcel en busca del indio. Presentóse el prisionero, y el soberano le dijo :

—Te había encerrado para que me respondieras con tu cabeza de la vida de mi hijo. Da gracias a Dios que lo he vuelto a ver, y que te perdono el quebranto que me has hecho sufrir. Recobra tu caballo y no vuelvas nunca a presentarte delante de mi vista.

Cuando el indio se vió libre, como los que habían ido a sacarle de la cárcel le contaron la vuelta de Firuz con la princesa en el caballo encantado, el lugar en que habían echado pie a tierra y que el sultán se aprontaba para ir en su busca y conducirla a palacio, no vaciló en adelantarse, y sin pérdida de tiempo llegó al palacio de recreo diciendo que iba en nombre del rey de Persia a conducir a la princesa de Bengala en la grupa de su caballo por los aires hasta la plaza de la ciudad, donde le esperaba la corte, que quería dar al pueblo tan magnífico espectáculo. El jefe de la guardia conocía al

indio, y sin sospechar de él, puesto que le veía ya en libertad, le presentó a la princesa, quien no tuvo inconveniente en acceder por su parte a lo que creyó una orden del rey. El indio, satisfecho de la facilidad con que iba a llevar a cabo su pérfida alevosía, montó a caballo, colocó a la princesa en la grupa, y dando vuelta a la clavija, se lanzó al espacio con su presa. En seguida pasó por encima del sultán y de toda la suntuosa comitiva que se dirigía al alcázar en busca de la joven.

Es imposible describir el enojo del sultán y la aflicción del príncipe al convencerse de la infame tropelía del indio y de su horrible venganza. Firuz creyó morir de dolor, pero moderó en lo posible su profunda pena y se dirigió solo al alcázar donde había sido robada la princesa de Bengala. Una vez allí ordenó a uno de sus servidores que con la mayor reserva le llevara un traje de derviche. Cerca del palacio había un convento de estos monjes, de donde a fuerza de astucia se pudo conseguir el vestido completo. Disfrazado el príncipe y provisto de una caja de perlas y piedras preciosas para atender a las necesidades del viaje, salió una noche del palacio, sin plan fijo, pero resuelto a buscar a la princesa, aunque fuese en el centro de la tierra.

Volvamos ahora nuestra atención al indio, que el mismo día de su salida llegó temprano a un bosque inmediato a la capital del reino de Cachemira y dejó a la princesa al pie de un árbol para ir a procurarse algún alimento. Estaban comiendo algunas manzanas, y la joven, que anhelaba salir del poder de su infame raptor, comenzó a dar agudos gritos al ver pasar a una partida de jinetes que al momento los rodearon.

Era el sultán de Cachemira que volvía de caza con brillante séquito; interpeló al indio, éste dijo que aquella joven era su mujer y que nadie tenía derecho a mezclarse en sus asuntos, pero la princesa se apresuró a desmentirlo con tales lágrimas y tanta elocuencia, que el sultán, persuadido de la verdad de sus palabras, mandó a sus soldados que sujetasen al indio y le cortasen la cabeza. Ejecutóse fielmente esta orden, con tanta mayor facilidad cuanto que no tenía armas para defenderse.

Libre la princesa de un peligro, cayó en otro mayor todavía, porque cuando esperaba que el sultán de Cachemira la enviara a la capital de Persia, toda vez que por el camino del bosque le refirió su historia y sus amores, le dijo el soberano que lejos de eso estaba prendado de su hermosura, y que había resuelto casarse inmediatamente con ella. La princesa, ya en palacio, oyó el ruido de los atabales y trompetas que anunciaban al pueblo los desposorios del sultán, y le dió un horrible desmayo, rodando al suelo sin sentido. Las esclavas se apresuraron a auxiliarla, y al volver en sí, decidida a ser fiel a los juramentos hechos a Firuz, fingió que había perdido la razón, y en presencia del sultán prorrumpió en palabras y ademanes que revelaron a todos el triste estado de la desdichada joven. La princesa continuó más furiosa cada día, y el sultán, perdida la esperanza de salvarla, juntó a los médicos célebres de su corte, quienes no pudieron acercarse a reconocer a la princesa de Bengala, porque ésta declaró que si se aproximaban los ahogaría a todos entre sus manos. Ninguno de dichos médicos ni de los demás pueblos del reino que el sultán hizo ir a la capital se atrevió a entrar en la habitación

de la demente, y recetaron específicos y drogas que no podían hacer bien ni mal a la enferma.

El sultán estaba desesperado.

En este intervalo el príncipe Firuz había recorrido con el traje de derviche varias provincias y ciudades sin encontrar en ninguna a su querida princesa, hasta que llegó a un gran pueblo de la India donde le contaron con todos sus pormenores la muerte del indio, la locura de la joven, el amor del sultán, y cuanto acabamos de referir. Encaminóse, pues, a Cachemira, se vistió de médico, y con este traje y la barba larga que se había dejado crecer por el camino, fué a palacio, se presentó al sultán y le dijo que poseía remedios inestimables y milagrosos para que la infeliz princesa recobrase la perdida razón. El sultán le contestó que la joven no podía soportar la vista de un médico sin entregarse a furiosos arrebatos que agravaban su dolencia, y le condujo a un gabinete con objeto de que la contemplase a través de una celosía. Firuz reconoció a su adorada princesa que estaba sentada y cantando, con los ojos arrasados en lágrimas, una triste canción lamentándose de su suerte, puesto que quizás no volvería a ver al príncipe su prometido esposo.

Firuz comprendió al punto que era fingida aquella locura, aseguró al sultán que la demencia no era incurable, pero que tenía precisión absoluta de hablar a solas con la enferma para conseguir buenos resultados, y que en lo tocante a los arrebatos esperaba que desaparecieran instantáneamente.

El sultán dispuso abrir la puerta del aposento de la loca, y entró en él el supuesto médico. La princesa, tomándole por tal, prorrumpió en gritos

y denuestos; pero Firuz se acercó a ella y en voz casi imperceptible le dijo, sin que nadie pudiera escucharlo:

—Princesa, no soy médico, sino el príncipe de Persia que viene a devolveros la vida, la dicha y la libertad.

La princesa reconoció a Firuz y al punto se iluminó su semblante de extraordinario júbilo, sin poder pronunciar por de pronto ni una palabra. Refirió el príncipe su angustia, su dolor al ver que el indio le arrebataba la dicha, la resolución que había tomado de abandonarlo todo para buscarla en lo más recóndito del Universo, y por qué coincidencia, en fin, tenía la dicha de encontrarla en la corte de Cachemira. La princesa, repuesta un poco del sobresalto, contó a Firuz los incidentes de su viaje, y el amor del sultán, que estaba dispuesto a todo trance a desposarse con ella.

—¿Sabéis adónde está el caballo encantado?—preguntó el joven precipitadamente.

—Lo ignoro—respondió la princesa—, pero supongo que el sultán lo tendrá guardado en alguna habitación secreta.

Firuz no dudaba que el sultán tendría guardado el caballo y comunicó a la princesa su proyecto de valerse de dicho instrumento para regresar a Persia, y ambos convinieron en lo que había de hacerse para llevar a buen término la empresa, empezando porque la princesa se ataviaría al día siguiente con objeto de recibir al sultán, pero sin pronunciar una palabra.

Mucho se regocijó el sultán de Cachemira luego que el príncipe de Persia le refirió el efecto de su primera visita, y le conceptuó como el primer mé-

dico del mundo al saber que la princesa le había recibido con calma.

Firuz preguntó al sultán los pormenores de la llegada a Cachemira de la princesa de Bengala, con el único objeto de averiguar el paradero del caballo encantado. El sultán, sin adivinar el propósito del príncipe, le refirió lo sucedido, y añadió que el caballo lo conservaba entre sus tesoros como una preciosidad, si bien ignoraba el modo de utilizarlo.

—Señor—dijo el príncipe—, lo que Vuestra Majestad acaba de decirme, me proporciona el medio de completar la curación de esa hermosa y desgraciada joven. Transportada aquí por un caballo encantado, participa ella del encantamiento que puede desaparecer con el auxilio de ciertos perfumes que poseo. Si Vuestra Majestad lo desea, y al mismo tiempo quiere proporcionar un magnífico espectáculo a los habitantes de su capital, disponga que el caballo esté mañana en medio de la plaza delante de palacio, y prometo demostrar a la faz de todos que la princesa de Bengala está completamente sana de cuerpo y alma. A fin de que la ceremonia se verifique con la mayor pompa, conviene que la princesa se presente adornada de las joyas más preciosas que posee Vuestra Majestad.

El sultán hubiera accedido, no sólo a estas fáciles condiciones, sino a otras más difíciles, con tal de conseguir la realización de su deseo; así es que prometió cuanto se le pedía.

Sacaron, en efecto, el caballo encantado, colocándolo en el centro de la plaza de palacio. Pronto circuló en la ciudad la noticia de que se hacían preparativos para una gran fiesta, y la gente acudió atropelladamente de todos los barrios de la capital.

Presentóse el sultán, y cuando se hubo sentado bajo el solio en medio de los cortesanos, la princesa de Bengala, ayudada por sus esclavas, montó en el caballo, y entonces el fingido médico colocó a su alrededor varios pebeteros con fuego, en los que arrojó unas drogas que después de quemadas exhalaban exquisito perfume. Luego, con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el pecho, dió tres veces la vuelta alrededor del caballo, haciendo como que pronunciaba misteriosas palabras; en el momento mismo en que los pebeteros despedían una densa nube, la princesa, envuelta en humo, desapareció de la vista de los demás, y el príncipe Firuz aprovechó la ocasión para saltar a la grupa detrás de la princesa y dar vuelta a la clavija de partida. Cuando el caballo se remontaba rápidamente por los aires, pronunció Firuz estas palabras, que fueron oídas distintamente por el soberano:

—Sultán de Cachemira: cuando quieras casarte con alguna princesa, procura lograr antes su corazón que su consentimiento.

El príncipe de Persia llegó aquel mismo día con su prometida esposa a Chiraz, y fué a detenerse, no en el alcázar de recreo, sino en el alcázar del rey, quien dispuso en el acto que se celebrasen con la mayor pompa y solemnidad los desposorios de su hijo con la hermosa princesa. Terminados los regocijos, fué el primer cuidado del soberano de Persia enviar un embajador al rey de Bengala para darle cuenta de lo sucedido, pidiéndole la aprobación del matrimonio, que el monarca dió con alegría al saber el amor y las buenas prendas del príncipe de Persia.

HISTORIA DE CODADAC Y DE SUS HERMANOS

Los que han escrito la historia del reino de Diabekir, refieren que en la ciudad de Haran vivía, en tiempos remotos, un excelente rey, sabio, poderoso y muy amado de sus vasallos. El monarca tenía la pena de verse sin heredero, y día y noche rogaba al Cielo que le diese un hijo, porque en esto consistía el colmo de su ventura. Apareciósele una noche, en sueños, cierto anciano de aspecto venerable, el cual le dijo que la reina tendría seis hijos, y que, por consiguiente, se verían cumplidos sus deseos. Despertóse el soberano muy gozoso y satisfecho, y al poco rato fueron a anunciarle que ya era padre de cinco hijos varones. El rey, que esperaba seis, mostró gran enojo, y envió a la reina, sin querer verla, a los dominios de su primo, el príncipe Samer. Cuando la reina, llamada Pirouze, llegó a aquel país, es decir, a los pocos días, fué madre de otro niño hermoso como un sol, a quien, por orden de su padre, se le puso por nombre Codadac, debiendo educarse, hasta que el rey dispusiese otra cosa, en el reino de Samaria.

Este buen príncipe se esmeró con su sobrino, de tal modo, que el joven, a los diez y ocho años de edad, era un portento en los ejercicios guerreros.

—Madre mía—dijo un día Codadac—, me cansa permanecer aquí ocioso ; tengo ambición de gloria, y quisiera que me dejarais ir a ganarla a los campos de batalla. El rey, mi padre, tiene muchos enemigos, y yo estoy mano sobre mano, cuando mis

hermanos combaten al lado suyo; esto es insoportable y vergonzoso.

—Hijo mío—le respondió Pirouze—, nadie desea como yo verte sobresalir; pero es preciso aguardar a que lo mande tu padre.

—Pues deseo distinguirme al momento y merecer el aprecio de mi padre antes de que me conozca.

Aprobó Pirouze tan noble determinación, y el joven salió de Samaria sin decir nada al príncipe su tío, y con pretexto de ir a una partida de caza.

Montaba caballo blanco con brida y bocado de oro, y gualdrapa de raso azul salpicada de perlas. El puño del sable era un solo diamante, la vaina de sándalo incrustada de esmeraldas y de rubíes, y con tan lujosos atavíos, pero sin darse a conocer, se presentó al rey, quien, prendado de su gallarda presencia, lo colocó al punto en el ejército. No tardó Codadac en distinguirse por su valor y sus proezas, y al poco tiempo, no sólo fué favorito del rey, sino ayo de sus propios hermanos. Enfurecidos éstos al verse bajo la tutela de un advenedizo extranjero, como le llamaban, imaginaron el ardid de salir de la ciudad con pretexto de una partida de caza y permanecer ocultos en alguna aldea, a fin de que, alarmado el rey con tan larga ausencia, mandase matar a Codadac por haber dado permiso a los jóvenes para alejarse de palacio.

Así lo verificaron; Codadac cayó en el lazo, y el rey, inquieto a los tres días por la tardanza de los príncipes, ordenó a Codadac que los buscase por todas partes, porque de no encontrarlos pagaría con su cabeza la imprudencia cometida.

Codadac salió desconsolado en busca de sus hermanos sin que en pueblo alguno le diesen noticia

de los príncipes. Al cabo de muchos días de inútiles pesquisas, llegó a una gran llanura donde había un palacio de mármol negro, y asomada a la ventana una joven de extraordinaria belleza, pero rasgadas sus vestiduras y pintado el dolor en su semblante.

—¡Oh!—exclamó al ver a Codadac—, aléjate pronto de este funesto palacio si no quieres ser víctima del monstruo que lo habita. Es un negro hambriento de carne humana, que detiene, como hizo conmigo ayer, a los viajeros que encuentra, encerrándolos en obscuras mazmorras, de donde no los saca sino para devorarlos.

Apenas hubo la joven pronunciado estas palabras, apareció el negro. Era horrible, de gigantesca estatura, montaba un fogoso caballo tártaro e iba armado de una enorme cimitarra. El príncipe Codadac, sin intimidarse al aspecto del monstruo, desenvainó el alfanje y le esperó a pie firme; el negro le intimó con desprecio que se rindiera, pero Codadac se adelantó e hirióle de rodilla en señal de desafío. El negro dió un grito horroroso, y echando espumarajos de rabia por la boca, se lanzó hacia el joven para aniquilarlo con su cimitarra. Iba el golpe descargado con terrible violencia, pero Codadac pudo evitarlo y tiró a su enemigo tan tremenda cuchillada, que le cortó el brazo derecho de un solo tajo. Cayó a tierra el negro, y el príncipe, ligero como una flecha, se arrojó sobre él y le separó instantáneamente la cabeza del tronco, registrándole los bolsillos para apoderarse de las llaves de los calabozos.

La joven, que había presenciado el formidable combate, se postró a los pies de Codadac en señal de entusiasmo y gratitud luego que el príncipe en-

tró en el palacio, y ambos se dirigieron sin pérdida de tiempo a los calabozos para dar libertad a los infelices prisioneros. Éstos, al oír el ruido de las llaves, creyeron que se acercaba el negro y prorrumpieron en lamentos desgarradores, así es que al convencerse de la realidad, y libres ya en el patio del edificio, dieron gracias al Cielo y al valiente guerrero que les había salvado de la muerte.

¡Cuál no fué el asombro de Codadac al ver a sus hermanos entre los prisioneros! Los príncipes no hallaban palabras bastante expresivas para manifestar a Codadac su reconocimiento; abrazáronse mutuamente, visitaron el palacio, que contenía inmensas riquezas, recogió cada cual las que le pertenecían, y partieron todos de aquel lugar funesto, a excepción de la hermosa joven, de Codadac y de sus hermanos. Preguntó el valiente mancebo a la dama adónde quería que la condujese, y ella le respondió:

—Príncipe, soy hija de rey, de un país muy distante, y me he alejado de mi patria para siempre. Un usurpador infame asesinó a mi infeliz padre, apoderándose del trono, y me he visto precisada a huir para librarme de la muerte.

Apenas hubo concluído de hablar la princesa, apresuróse Codadac a ofrecerle su mano de esposo y un asilo seguro en la corte del rey de Haran. Consintió la princesa, y aquella misma noche se celebró la boda en el castillo del negro, con asistencia de los príncipes, a quienes Codadac confió al fin el secreto de su nacimiento, revelándoles que era su propio hermano. Los príncipes demostraron sumo alborozo con la noticia, pero allá en lo íntimo de sus corazones se aumentó el odio que tenían al

generoso Codadac. Iban ya todos de camino de regreso a la corte, cuando una noche se reunieron los ingratos hermanos, mientras Codadac dormía, para acordar los medios de asesinarle.

—Es el único partido que nos queda—dijo uno de ellos—, pues así que nuestro padre sepa que este extranjero a quien quiere tanto es su hijo, y que ha tenido valor para dar muerte a un monstruo a quien nosotros juntos no hemos podido vencer, le prodigará mil caricias y le nombrará su heredero, menospreciándonos a nosotros, que tendremos que postrarnos ante Codadac.

A estas expresiones añadió otras que produjeron tal efecto en el ánimo celoso de los demás príncipes, que en el acto fueron en busca de Codadac, que se hallaba durmiendo. Diéronle muchas puñaladas, dejándole sin sentido en brazos de la princesa, y tomaron el camino de la capital, a donde llegaron al siguiente día.

El rey se alegró infinito al verlos, porque había perdido ya toda esperanza; preguntóles el motivo de su desaparición, pero los príncipes tuvieron buen cuidado de no decir la verdad, ni nombrar siquiera a Codadac ni al negro, contentándose con asegurar que, movidos por la curiosidad de ver el país, se habían detenido en algunas ciudades inmediatas.

Entretanto, Codadac, anegado en sangre, y moribundo, se hallaba en la tienda de campaña de la princesa que gemía y sollozaba con la mayor desesperación y desconsuelo. Sin embargo, el príncipe no estaba difunto, y su esposa, notando que respiraba aún, corrió a una aldea vecina en busca de un médico. Dirigiéronla a uno que marchó al punto

con ella, pero cuando llegaron a la tienda, había desaparecido Codadac, lo cual les hizo creer que alguna fiera lo habría devorado. El médico, compadecido al oír los lamentos de la princesa, le ofreció un asilo en su propia casa. Así se verificó, y la princesa le refirió sus aventuras : luego que hubo concluído, el médico le dijo :

—Señora, puesto que vuestra situación es tan triste, permitidme os manifieste que por lo mismo no debéis entregaros por completo al dolor. Debéis vengar a vuestro esposo, y si queréis os acompañaré a la corte del rey de Haran ; este príncipe es muy bondadoso y justiciero, y cuando sepa la infame conducta de sus hijos, les impondrá el más severo castigo.

La princesa aprobó el proyecto ; el médico mandó disponer camellos en el acto, y emprendieron ambos el camino de Haran.

Detuviéronse en el primer parador, preguntando al dueño lo que ocurría en la corte :

—Se halla muy alarmada—dijo el posadero—; el rey tenía un hijo que permaneció con él de incógnito durante mucho tiempo, y no se sabe lo que ha sido de su suerte. La esposa del rey, llamada Pirouze, ha regresado a la corte desde la de Samaria, ha mandado practicar mil gestiones en busca del príncipe ; pero todas han sido inútiles, y creemos que Codadac habrá muerto en algún lugar ignorado.

En vista de esto, el médico juzgó que el único partido que había que tomar era que la princesa se presentara a Pirouze aunque con las debidas precauciones, porque si los hijos del rey conocían la llegada y propósitos de su cuñada, tratarían de

apoderarse de ella antes de que pudiese hablar a la reina. Así es que él fué solo a la ciudad para buscar los medios de comunicarse con Pirouze, y una vez en palacio se dirigió a uno de los guardias de la reina:

—Hermano—le dijo al oído—, tengo un secreto importante que revelar a la princesa y quiero que sin demora me conduzcas a su aposento.

—Si ese secreto—respondió el esclavo—tiene relación con el príncipe Codadac, desde ahora os aseguro que lograréis verla.

—Pues de él es de quien deseo hablarle.

Marchóse el esclavo, y, en efecto, a los pocos momentos se hallaba el médico delante de la reina, que le recibió a solas. Preguntóle precipitadamente qué noticias tenía de su querido hijo.

—Señora—respondió el médico—, larga es la relación que he de hacer, y extraordinarios los hechos que voy a referiros.

Y entonces le contó circunstanciadamente cuanto había ocurrido entre Codadac y sus hermanos, escuchando la reina con gran atención; pero cuando llegó a hablar del asesinato, la pobre madre cayó desmayada como si se sintiera traspasada con los mismos puñales que habían herido el cuerpo de su adorado hijo. Concluída la triste narración, la reina, algo más serena, dijo al médico:

—Id y asegurad en mi nombre a la princesa Deriabad que desde luego la reconozco como hija y que anhelo estrecharla entre mis brazos.

Quedóse sola la reina, sumida en el mayor desconsuelo, cuando entró el rey en el aposento y le preguntó la causa de su llanto. Entonces la afligida madre le contó el modo cruel con que Codadac ha-

bía perecido a manos de sus propios hermanos. El rey, lleno de enojo y de ira, mandó llamar a su gran visir y le ordenó que encerrara a los príncipes, sus hijos, en la prisión destinada a los asesinos, y que verificado esto, buscase y llevara inmediatamente a la corte a la joven princesa, esposa de Codadac. Así se ejecutó todo, y el visir, seguido de una espléndida comitiva, entró en la ciudad conduciendo a la hermosa princesa, a quien el pueblo, entusiasta por el desgraciado Codadac, recibió entre vítores y aclamaciones. El rey y la reina esperaban a la joven a la entrada de palacio, y la pluma se resiste a describir la escena que tuvo lugar entre la viuda y los padres del que había sido esposo de ésta. La princesa pidió justicia de la infame traición cometida por los príncipes ingratos, y así se lo ofreció el rey, pero antes dispuso que fuese publicada con gran solemnidad la muerte de Codadac, a fin de que el reino no se sublevase al presenciar el suplicio de los criminales.

Hiciéronse magníficas exequias, y se erigió un suntuoso sepulcro de mármol blanco en la llanura donde se asienta la ciudad de Haran, como debido homenaje al valor y a las virtudes del malogrado guerrero.

Al noveno día de ceremonias fúnebres en honor de Codadac, se levantaron cadalsos para que los culpables expiasen su horrendo delito; pero hubo de suspenderse la ejecución porque se supo que los príncipes de los Estados vecinos, que ya habían guerreado contra el rey de Haran, se adelantaban con fuerzas respetables a emprender de nuevo la lucha. Grande fué la consternación general al recibir la noticia, con cuyo motivo fué aún más dolo-

rosa la pérdida de Codadac, que tanto había descollado en la guerra anterior, peleando con los mismos enemigos. Sin embargo, el rey, en vez de aterrarse, junta sus huestes y sale al encuentro del enemigo. Éste, por su parte, se detiene y forma su ejército en batalla : apenas lo divisa el rey, escuadrona la tropa en actitud de pelea, manda atacar y acomete con denuedo ; el enemigo resiste, corren torrentes de sangre por ambas partes, y la victoria permanece indecisa ; y ya iba a declararse en favor de los enemigos del rey de Haran, cuando asoma por la llanura un numeroso cuerpo de caballería que se acerca a los combatientes.

Extrañan y desconocen éstos el nuevo ejército, hasta que los guerreros recién llegados flanquean a los enemigos del rey de Haran, los acometen con ímpetu, los derrotan y los pasan a cuchillo.

El rey de Haran estaba atónito con el arrojo de aquel cuerpo que había decidido el triunfo a su favor, y sobre todo con el valiente caudillo de los jinetes que había hecho prodigios de valor ; ansiaba saber el nombre del incógnito, e impaciente por verle y darle gracias, se dirige hacia él, cuando el guerrero le sale al encuentro. Acércanse ambos príncipes, y el rey de Haran se queda como petrificado al reconocer a Codadac en el guerrero que acaba de socorrerle derrotando a sus enemigos.

—¡ Señor—dijo Codadac—, sin duda os causará asombro el ver a un hombre tenido quizás por difunto, y así fuera si el Cielo no me protegiese para vencer a vuestros enemigos !

—¡ Hijo mío ! —exclamó el rey—, ¿ es posible que vuelva yo a verte ? Ya había perdido todas mis esperanzas.

Y al decir esto se abrazaron con calurosa efusión.

—Todo lo sé, hijo mío—añadió el rey—, sé también la infamia con que tus hermanos pagaron el servicio que les hiciste en el castillo del monstruo; pero mañana quedarás vengado. Vamos a palacio; tu madre, que día y noche llora por ti, me aguarda para solemnizar el triunfo; ¡cuánto será su regocijo al saber que vives y que mi victoria es obra tuya!

—¡Señor!—replicó Codadac—, permitidme que os pregunte cómo habéis sabido el suceso del castillo; ¿lo ha confesado quizás alguno de mis hermanos a causa de sus remordimientos?

—No—respondió el rey—, la princesa de Deriabad nos ha informado de todo al pedir justicia en palacio contra el atentado de tus hermanos.

Grande fué la alegría de Codadac al saber que su esposa se hallaba en la corte.

—Vamos, vamos pronto—exclamó enajenado—a ver a mi madre y enjugar sus lágrimas y las de la princesa de Deriabad.

El rey tomó al punto el camino de la ciudad y entró victorioso en el palacio en medio de las aclamaciones de los habitantes de la capital, y encontró a Pirouze y a la princesa que le aguardaban con anhelo para darle el parabién por la victoria. Sería difícil expresar bien la alegría de entrambas al ver al príncipe que le acompañaba; abrazáronse derramando lágrimas de gozo, y, pasados los primeros transportes de alegría, fué el cuidado preferente de todos saber lo acontecido a Codadac desde su desaparición de la tienda de campaña. Dijo el príncipe que un labrador, montado en una mula, entró en

—¡Hijo mío!—exclamó el rey—, ¿es posible que vuelva yo a verte? (Pág. 187.)

dicha tienda, y viéndole en aquella horrible situación lo llevó a su casa y lo curó con un bálsamo maravilloso que cicatrizó sus numerosas heridas.

—Cuando estuve bueno—añadió—, di gracias al caritativo labrador y me acerqué a la ciudad de Haran ; pero, habiendo sabido en el camino que algunos príncipes se disponían a acometer al rey mi padre, me di a conocer en las aldeas, excitando el entusiasmo de los pueblos hasta que reuní gran número de jóvenes, y puesto a su frente, llegué al campo de batalla en lo más recio de la pelea.

Luego que el príncipe hubo concluído de hablar, dijo el rey :

—Demos gracias a Dios porque ha conservado los días de Codadac, y es preciso que hoy mismo perezcan los traidores que quisieron asesinarle.

—¡ Señor !—replicó el generoso hijo de Pirouze—, por ingratos y pérfidos que sean, acordaos de que son sangre de vuestra sangre ; son mis hermanos al fin, y yo os pido para ellos perdón y clemencia.

Estos nobles sentimientos conmovieron al rey, quien aclamó a Codadac por heredero de su corona delante del pueblo reunido. Después dispuso que sacaran a los príncipes de los calabozos ; el hijo de Pirouze les quitó las cadenas, y los abrazó con tanta sinceridad como lo hizo en el castillo del negro. El pueblo, prendado de la generosidad de Codadac, le aplaudió con entusiasmo, y el rey colmó de honores y distinciones al médico en recompensa de los servicios que había dispensado a la hermosa princesa de Deriabad.

HISTORIA DEL PAJARO QUE HABLA, DEL ARBOL QUE CANTA Y DEL AGUA DE ORO

Había en otros tiempos un príncipe persa, llamado Koruscha, al cual le agradaba mucho recorrer por la noche, disfrazado, las calles de la ciudad en busca de lances y aventuras. Murió el sultán, su padre; el príncipe subió al trono, y, a pesar de su alta categoría, no por eso prescindió de sus primeras aficiones, que le proporcionaban el enterarse a fondo de lo que en su capital ocurría. Una noche, que salió acompañado de su gran visir, se detuvo a la puerta de una casa de pobre aspecto, miró por el ojo de la cerradura, y vió a tres hermanas sentadas en un sofá que estaban conversando.

—Yo—decía una—quisiera casarme con el panadero del sultán para comer siempre ese pan tan bueno que hacen en palacio.

—Y yo—replicó la segunda—desearía ser mujer del cocinero mayor del soberano, porque me gustan mucho los excelentes guisados.

—Pues yo, por mi parte—dijo la menor de las hermanas, que era una joven muy linda—, no soy tan modesta como vosotras, y codiciaría ser esposa del sultán.

Los deseos de las tres hermanas, y sobre todo el de la menor, le parecían tan extraños al sultán, que determinó satisfacerlos, para lo cual hizo que su gran visir llevase a las jóvenes al día siguiente a palacio. Fueron allá, inquietas y temerosas, y grande fué su rubor al saber que el soberano había des-

cubierto el secreto de sus pensamientos y que estaba además decidido a realizarlos sin demora. Quisieron excusarse, pero todos sus esfuerzos se inutilizaron ante la voluntad del sultán; celebráronse las bodas aquel mismo día; las de las hermanas mayores con la poca ostentación que era consiguiente a la clase humilde de sus respectivos maridos, y la de la hermana menor con la pompa y el fausto que requería el enlace del soberano. Esta notable diferencia excitó los celos y la envidia de las dos mayores, quienes resolvieron vengarse de la sultana a toda costa. Valiéronse de intrigas y malos medios para apoderarse del primer hijo que tuvo su hermana, arrojando al agua al recién nacido dentro de una cesta y en el canal que pasaba por los jardines de palacio.

Casualmente paseaba en aquel momento a lo largo del canal el intendente de los jardines, y al ver la cesta que flotaba sobre las aguas llamó a un jardinero y le ordenó que la recogiese.

El buen intendente se quedó aturdido al descubrir que la cesta contenía un niño que, a pesar de ser recién nacido, tenía una belleza extraordinaria.

Largos años hacía que el intendente estaba casado, sin que el Cielo le hubiera concedido un hijo; así, pues, interrumpiendo su paseo, mandó al jardinero que le siguiera con la cesta y entró en la habitación de su mujer, exclamando:

—¡Esposa mía, ya tenemos un hijo! Buscad en seguida una nodriza y cuidadlo como si fuera vuestro.

La mujer tomó al niño, y, mientras le cubría de besos, pensaba el intendente:

—No me cabe duda de que ha sido arrojado al

canal desde las habitaciones de la sultana; pero me guardaré mucho de practicar investigaciones que podrían llevar la guerra adonde tan necesaria es la paz.

Al año siguiente, la sultana dió a luz otro príncipe, y las desnaturalizadas hermanas lo colocaron también en una cesta y lo arrojaron al canal.

Afortunadamente para el niño, el intendente de los reales jardines paseaba a lo largo del canal y lo llevó a su casa.

Finalmente, la sultana tuvo una niña, y las dos hermanas de aquélla, que habían decidido no dar por terminada su abominable empresa hasta ver a su hermana menor despreciada por el sultán, confiaron también al canal la princesita que, como sus hermanitos, fué recogida por el intendente.

El sultán Koruscha ordenó que encerraran a su esposa en una jaula de madera con la cabeza fuera, que la colocaran a la puerta de la mezquita y que todo musulmán, al ir a orar le escupiera en el rostro en señal de desprecio.

El intendente y su esposa criaron a los príncipes con ternura paternal que aumentaba a medida que crecían en edad y revelaban todos ingenio extraordinario, y la princesa una belleza tan sorprendente, que maravillaba a cuantos la veían.

Cuando tuvieron edad para ello, el intendente les puso un maestro para que les enseñase a leer y a escribir; y la princesa, que asistía a sus lecciones, mostró tan vehementes deseos de instruirse, que su padre adoptivo le dió el mismo preceptor, y en poco tiempo alcanzó y aun aventajó a sus hermanos.

Con los mismos maestros estudiaron geografía,

poesía, historia y ciencias, incluso las ocultas, y como nada encontraban difícil, hicieron tales progresos que sus maestros se vieron obligados a declarar que sabían ya tanto como ellos.

Los príncipes aprendieron también equitación, y la princesa, que no quería que la sobrepujasen en nada sus hermanos, ejercitóse con ellos de manera que sabía montar a caballo, guiarlo y arrojar la jabalina con destreza sorprendente.

El intendente, henchido de gozo al ver que los niños por él criados correspondían de tal suerte a los sacrificios y penalidades que por ellos se había impuesto, quiso hacer aún mayores gastos para mayor comodidad de sus hijos adoptivos y convirtió su modesta casa en magnífica mansión rodeada de jardines a los que añadió un bosque extensísimo y poblado de animales de todas clases, con objeto de que los príncipes pudieran dedicarse al ejercicio de la caza cuando lo tuvieran por conveniente.

Cuando el edificio estuvo concluído, alhajado con magnificencia y en condiciones de ser habitado, el intendente fué a postrarse a los pies del sultán y le suplicó que, en atención a su edad tan avanzada, le relevase de un cargo que había desempeñado durante los reinados del abuelo y del padre del actual soberano y continuaba desempeñando aún. El sultán se resistió al principio a desprenderse de un servidor tan fiel; pero, al fin, conmovido por sus súplicas, hubo de ceder, asegurando al viejo intendente que siempre le querría y honraría como hasta entonces.

La esposa del intendente había muerto ya, y el anciano se instaló en su palacio en compañía de los dos príncipes, a quienes había impuesto los nom-

bres de Baman y Perviz, y de la princesa, que se llamaba Parizada.

No sobrevivió mucho tiempo a su amada esposa, pues a los cinco meses de habitar su nueva residencia, murió repentinamente, sin haber podido revelarles su elevado origen.

Barman, Perviz y Parizada, que no habían conocido otro padre que el intendente de los jardines del sultán, rindiéronle los honores fúnebres que el amor y la gratitud filial exigían de ellos.

Satisfechos con los cuantiosos bienes que heredaron, vivieron juntos y amándose mutuamente, sin más ambición que la de ser gratos los unos a los otros.

Cierto día que los dos príncipes habían ido de caza y la princesa quedó sola en el palacio, llegó una vieja y devota musulmana rogando que le permitiesen entrar para hacer sus oraciones.

La princesa ordenó que la condujesen al oratorio que, a falta de mezquita, había hecho construir el intendente, y que cuando la devota hubiese terminado sus oraciones le enseñasen la casa y el jardín y se la presentasen luego.

Parizada aguardaba a la vieja musulmana en un vasto salón que sobrepujaba en magnificencia a todos los departamentos del suntuoso palacio.

—Mi buena madre—le dijo en cuanto vió a la anciana—, acercaos y tomad asiento a mi lado. Me felicito de que la fortuna me ofrezca ocasión de aprovechar el buen ejemplo y oír los buenos consejos de una persona como vos.

La devota quería sentarse en el suelo, pero la princesa le obligó a hacerlo en el sitio de honor.

—Señora—dijo entonces la anciana—, no espe-

raba ser recibida con tanta benevolencia que no merezco; pero me lo mandáis y fuerza es obedeceros.

La conversación se prolongó largo rato sobre los ejercicios de devoción que la musulmana practicaba y su género de vida, y, por último, le preguntó Parizada qué le había parecido su casa.

—Señora—repuso la anciana—, muy mal gusto había de tener para no encontrarla admirable: es espléndida, amena, alhajada con magnificencia, y está situada en un paraje encantador. Sin embargo, me tomaré la libertad de deciros que, para no tener igual en el mundo, le faltan tres cosas.

—¿Qué cosas son ésas, mi buena madre?—preguntó la princesa—. Os ruego que me las digáis, pues os juro que haré cuanto esté en mi mano para adquirirlas.

—Señora—contestó la devota musulmana—, son: el pájaro que habla, un pájaro singular que se llama Bulezar, el cual tiene además la virtud de atraer a todas las aves canoras para que acompañen su voz; el árbol que canta, cuyas hojas son otras tantas bocas que forman un concierto armonioso de voces diferentes; y, por último, el agua amarilla de color de oro, de la cual basta una gota para hacer un surtidor perenne que cae en la pila sin que ésta rebose jamás.

—¡Cuánto os agradezco, mi buena madre, las noticias que me dais! Segura estoy de que sabéis también el lugar donde se hallan, y os suplico que me lo reveléis.

Y para complacer a la princesa, contestó la anciana:

—Esas tres preciosidades se encuentran en un

mismo sitio en los confines de este reino. La persona que vaya a buscarlas no tiene más que caminar veinte días, siguiendo siempre la carretera que pasa por delante de esta casa, y al cabo de ese tiempo, el primero a quien pregunte por dichos objetos, le informará del lugar en donde puede encontrarlos.

Apenas proferidas estas palabras, se marchó la devota, y la princesa, muy preocupada con la revelación, refirió lo sucedido a sus hermanos cuando éstos estuvieron de vuelta. El príncipe Baman se levantó de repente, y dijo que había resuelto ir en busca del pájaro, del árbol y del agua de oro para regalar las tres cosas a su querida hermana. Tanto ésta como el príncipe Perviz quisieron disuadirle de su intento, exponiéndole los peligros a que iba a arriesgarse, pero Baman se mostró decidido a emprender la aventura e hizo en seguida los preparativos necesarios para la marcha. A punto ya de partir, dió a su hermana un cuchillo envainado y le dijo:

—Toma; de vez en cuando saca el cuchillo, y mientras que la hoja esté brillante será una prueba de que vivo; pero si se empaña y gotea sangre, es que habré dejado de existir. Entonces acompaña mi muerte con tus lágrimas y tus oraciones.

El valeroso príncipe abrazó a sus hermanos por última vez, y bien armado y equipado, tomó el camino recto, atravesando toda la Persia, hasta que a los veinte días cabales de marcha, vió a un anciano de aspecto desagradable, sentado a la sombra de un árbol, a corta distancia de la pobre choza que le servía de abrigo contra los rigores de la intemperie. Las cejas blancas le caían hasta la nariz; el

bigote blanco también le cubría la boca, y la barba y los cabellos le llegaban hasta los pies. Tenía las uñas de tamaño descomunal y llevaba un sombrero de anchas alas semejante en la forma a un quitasol; su vestido consistía en una estera arrollada en derredor del cuerpo.

Este anciano era un derviche retirado del mun-

do y de sus vanidades, lo cual explicaba el abandono y desaseo de su persona. El príncipe Baman, que desde por la mañana había estado atento en observar si encontraba a alguien que le diese noticias, se detuvo junto al derviche, echó pie a tierra y saludó al anciano, el cual contestó, pero tan confusamente, que el príncipe no entendió ni una sola

palabra, y viendo que se lo estorbaba el bigote que le cubría la boca, sacó unas tijeras y pidió al derviche permiso para cortárselo. No se opuso el anciano, y concluída la operación, dijo el derviche :

—Quienquiera que seáis, os agradezco el servicio que me habéis hecho y estoy pronto a recompensarlo en lo que de mí dependa. Supongo que no os habréis bajado del caballo sin motivo, y así decídmelo y procuraré complaceros.

—Buen derviche—replicó el príncipe—, vengo de lejanas tierras y busco el pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro. Ignoro el sitio en que están estas preciosidades, y si lo sabéis os ruego me enseñéis el camino para no perder el fruto de mi largo y penoso viaje.

—Señor—respondió el derviche con el semblante demudado—, conozco el camino por que me preguntáis, y el cariño que ya os tengo me hace titubear en daros respuesta afirmativa. El peligro a que vais a exponeros es inmenso ; otros valerosos caballeros que han pasado por aquí me han hecho la misma pregunta y ni uno solo ha vuelto triunfante de la atrevida empresa, de la cual traté siempre de disuadirles. No vayáis más adelante y volveos a vuestro país.

—Cualquiera que sea el peligro de que me habláis—dijo el príncipe—, lo arrostraré sin miedo, porque creo tener más valor que mis enemigos.

—¿ Y si los que os acometan no se dejan ver porque son tan numerosos como invisibles, cómo os defenderéis contra ellos ?

—No importa, yo sabré arreglarme—respondió el príncipe—, y os suplico por segunda vez que me mostréis el camino.

Viendo el derviche que eran vanos sus consejos, metió la mano en un saco que tenía junto a sí, sacó una bola y la presentó al príncipe.

—Tomad esta bola—dijo—, y cuando estéis a caballo, tiradla y seguid tras ella hasta la falda del monte donde se pare ; bajaos entonces, y dejad suelta la brida del corcel, que os esperará en el mismo sitio. Al subir, encontraréis a derecha e izquierda una multitud de piedras negras, y oiréis una confusión de voces que os insultarán para desanimaros e impedir que lleguéis a la cumbre ; no os asustéis ni miréis hacia atrás, porque al punto os convertiréis en piedra negra como las que veréis, y que son otros tantos señores frustrados en su intento. Si lográis evitar el peligro y llegáis a lo alto del monte, hallaréis una jaula y en ella un pájaro, y como éste habla, le preguntaréis dónde se encuentran el árbol y el agua de oro, y él os lo indicará. Ahora, haced lo que gustéis.

—Agradezco vuestras advertencias — dijo el príncipe—, y creo que pronto me veréis cargado con las preciosas maravillas que busco.

Tomó Baman la bola, montó a caballo, y no sin dar gracias al derviche arrojó al suelo la bola según éste le había prevenido. Fué rodando hasta la falda del monte, y allí se detuvo el príncipe, dejando el caballo, que permaneció inmóvil a pesar de tener la rienda suelta. Empezó Baman a subir la cuesta, flanqueada de piedras negras, y apenas hubo dado cuatro pasos, cuando oyó las voces de que le había hablado el derviche :

—¡ Adónde va ese calavera atolondrado ?—decían.

—¡ Qué es lo que quiere ? No le dejéis pasar.

Y otras le llamaban ladrón y asesino, y se burlaban luego de él y de su loco empeño en conseguir la jaula con el pájaro. El príncipe siguió subiendo intrépidamente, pero las voces hicieron tal estruendo y algarabía, que se asustó, comenzaron a temblarle las rodillas, volvió la cabeza para retroceder y en el acto quedó transformado en piedra negra, lo mismo que su caballo.

Desde el día en que salió el príncipe Baman llevaba su hermana a la cintura el cuchillo que el joven le dejó para que supiera si estaba muerto o vivo. Grande fué la pena de la princesa y de Perviz cuando vieron un día que chorreaba sangre el misterioso cuchillo. Lloraron ambos la pérdida de su hermano. Parizada se arrepintió de haber revelado la conversación de la beata y Perviz dijo:

—Parizada, lloramos inútilmente a nuestro hermano; nuestras lágrimas y nuestro dolor no habrán de devolvérnoslo. Así, pues, acatemos la voluntad de Dios y resignémonos con sus inescrutables designios. ¿Por qué dudas ahora de las palabras de la devota que tuviste por ciertas y verdaderas? Si esas tres cosas no existiesen realmente, habríase abstenido de hablarte de ellas. ¿Qué motivos tenía para engañarte? ¿No la acogiste, por ventura, con toda la bondad de que eres capaz? Por lo tanto, en vez de llorar y lamentarnos, lo que debemos hacer es averiguar el paradero de nuestro hermano. Tal vez no ha muerto y le ha ocurrido alguna desgracia por haber olvidado o hecho algo que no podemos adivinar. Yo estaba dispuesto a emprender en su lugar el viaje que ha hecho; ahora, pues, con doble motivo debo ponerme sin pérdida de tiempo en camino y así lo haré.

En vano le manifestó la infeliz princesa que iba a quedarse sola en el mundo, sin amparo y sin consuelo; el príncipe persistió en su resolución, y en vez de un cuchillo dió a su hermana un collar de perlas con cien cuentas, diciéndole:

—Repasa las cuentas de este collar durante mi ausencia, y si se detienen en el hilo sin correr atrás ni adelante, como si estuviesen pegadas las unas a las otras, será prueba de que he sufrido la misma suerte que mi hermano. Pero no creo que suceda así, y espero tener la dicha de volver a verte muy pronto.

El príncipe marchó, y a los veinte días de camino tropezó con el mismo derviche en el paraje en que Baman le hubo encontrado. Hízole las preguntas oportunas, el anciano respondió en iguales términos que empleaba siempre, y por medio de la conversación supo que el joven era hermano del que le había cortado el bigote.

—Si no seguís con más exactitud mis consejos—dijo el derviche—, os sucederá lo propio que a vuestro hermano, o lo que es lo mismo, seréis al punto convertido en piedra negra.

Dió luego al príncipe una bola del saquillo con las instrucciones necesarias, que el joven observó con puntualidad. Cuando se detuvo la bola paró el caballo y subió la cuesta a pie muy decidido a llegar a la cumbre, pero a los cinco o seis pasos oyó cerca de sí una voz de hombre que le decía:

—Aguarda, temerario, que voy a castigar tu insolencia.

El príncipe Perviz no pudo contenerse al escuchar el insulto, tiró del sable, volvió hacia atrás para vengarse, y apenas tuvo tiempo de ver que

nadie le seguía, porque quedó transformado en piedra negra lo mismo que su caballo.

Desde que marchó el príncipe Perviz, la princesa Parizada no se había descuidado un solo día de pasar las cuentas del collar de perlas que aquél le había entregado. Al instante mismo en que Perviz sufría la misma desgraciada suerte que su hermano Baman, notó la princesa que las perlas no obedecían al movimiento que quería imprimirles y no dudó de que aquello significaba la muerte de Perviz.

Y como de antemano había decidido lo que debía hacer si llegaba el desgraciado caso, se sobrepuso a su dolor y al día siguiente, vestida de hombre, armada convenientemente y provista de todo lo necesario, montó a caballo y se puso en camino, siguiendo el mismo que recorrieron sus hermanos.

A los veinte días de marcha ininterrumpida, encontró al derviche, y echando pie a tierra fué a sentarse a su lado, después de haberle saludado, y le dijo:

—Buen derviche, permitid que descanse un momento junto a vos y dignaos indicarme dónde se encuentran el pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro.

—Señora—repuso el derviche—, por la voz he conocido que sois mujer. Sé dónde se encuentran esas tres cosas por las que preguntáis; mas, decidme, ¿por qué motivo queréis saberlo?

—Buen derviche—contestó la princesa Parizada—, me han referido tantas maravillas acerca de ellas, que ardo en deseos de verlas.

—Y no os han engañado, señora—replicó el derviche—; pero es el caso que se oponen dificultades

casi insuperables a la realización de vuestro deseo. Creedme, lo que debéis hacer es volver a vuestra casa, pues no quisiera yo contribuir a vuestra perdición.

—Querido anciano, he venido desde muy lejos y seríame muy doloroso regresar sin haber conseguido mi objeto. Supongo que las dificultades a que aludís pueden acarrearme la muerte. De todos modos, explicadme en qué consisten y qué peligros pueden amenazarme, a fin de hacerme cargo de si confiando en mi valor me es dable llevar a cabo mi empresa.

El derviche le hizo entonces las mismas advertencias que a sus hermanos, exagerando los obstáculos y ponderando lo difícil que era subir hasta la cima de la montaña para apoderarse de la jaula en que estaba encerrado el pájaro que hablaba, el cual había de indicarle dónde se hallaban el árbol que cantaba y el agua dorada. No se olvidó tampoco de hablarle de los gritos y voces amenazadoras que salían de todas partes sin lograr ver a quienes los proferían, y de las piedras negras que infundían pavor sabiendo que eran caballeros y animales encantados.

—Deduzco de cuanto me habéis dicho—repuso la princesa—, que la mayor dificultad consiste en saber dominarse para llegar hasta la cima de la montaña sin hacer caso de los insultos, ruegos o amenazas que se me dirijan y sin mirar nunca atrás. En cuanto a lo último, confío en que podré ser dueña de mi voluntad; mas, por lo que se refiere a las voces, no estoy muy segura de que el miedo no se apodere de mí. Ahora bien; como en las empresas peligrosas es lícito recurrir a algún arti-

ficio, yo lo emplearé y estoy cierta de que saldré victoriosa.

—¿Y qué artificio es ése?—preguntó el derviche—. ¿Qué pensáis hacer?

—Taparme los oídos con algodones para no oír las voces por fuertes y espantosas que sean.

—Ignoro—replicó el anciano—si alguno ha hecho ya uso de ese medio; lo único que os diré es que todos han fenecido en la empresa. Pero una vez que estáis tan resuelta a acometerla, tomad esta bola, arrojadla al suelo y deteneos cuando ella se pare. Lo demás ya lo sabéis y procurad no olvidar mis consejos y repetidas recomendaciones.

La princesa se tapó los oídos con algodones después de llegar tras de la bola a la falda del monte y comenzó a subir con paso firme y decidido; el algodón no era de gran efecto, porque a pesar de él oía Parizada los groseros insultos que de todas partes se le dirigían. Sin embargo, llegó a tal altura, que pudo descubrir la jaula y el pájaro, el cual, en lugar de animarla, le decía con voz atronadora:

—Retírate, no te acerques, vete de aquí.

Pero la princesa, sin arredrarse lo más mínimo, puso la mano sobre la jaula y se apoderó de ella.

—No extrañéis, señora—dijo el pájaro mientras la joven se quitaba el algodón de los oídos—, que yo me haya juntado con los que defendían mi hermosa libertad; pero, de ser esclavo, prefiero teneros por dueña, y desde ahora os juro fidelidad y sumisión a todos vuestros mandatos. Sé quién sois, y día llegará en que os haga un gran servicio; ahora, decidme qué queréis para obedeceros al punto.

—Primeramente—respondió gozosa la princesa—, dime dónde está el agua de oro.

El pájaro le indicó el paraje, y la princesa llenó del precioso líquido un frasco de plata que llevaba.

—Ahora dime dónde puedo encontrar el árbol que canta.

—En ese bosque inmediato—respondió el pájaro.

Fácil le fué a la joven el distinguirlo, no sólo por su altura, sino también por el armonioso concierto que oyó.

—Le he visto y oído—dijo al pájaro—, pero no puedo llevármelo a causa de sus enormes dimensiones.

—No es preciso tampoco—replicó el ave—, porque bastará que arranquéis una rama y la plantéis en vuestro jardín; echará raíces en seguida, y dentro de poco será un árbol tan lozano y frondoso como el que acabáis de admirar.

—Aun no es bastante esto—dijo la princesa cuando tuvo en su poder las tres preciosidades—; eres causa de la muerte de mis dos hermanos, que deben estar entre esas piedras negras, y quiero a todo trance llevármelos conmigo.

—Tomad ese cántaro que veis ahí—contestó el pájaro—, y al bajar de la montaña verted un poco del agua que contiene sobre cada piedra negra, y de este modo recobraréis a vuestros hermanos.

Parizada, con la jaula, el cántaro, la rama y el frasquito lleno de agua de oro, comenzó a bajar vertiendo el líquido del cántaro sobre cada piedra que encontraba, la que instantáneamente se convertía en un hombre, apareciendo también los caballos de los señores transformados. De este modo volvieron a la vida los príncipes Baman y Perviz, los cuales abrazaron a su hermana, colmándola de elogios.

—Queridos hermanos—les preguntó—, ¿qué habéis hecho aquí?

—Dormir—le contestaron.

—Sí—replicó la princesa—; pero sin mi auxilio duraría aún vuestro sueño y quién sabe si no hubierais despertado hasta el fin del mundo. ¿No recordáis que vinisteis en busca del pájaro que habla, del árbol que canta y del agua de oro y que visteis a vuestra llegada estos lugares sembrados de piedras negras? Mirad si queda una siquiera. Los señores y los caballeros que nos rodean y vosotros mismos erais esas piedras.

Y les explicó de qué manera había podido volverlos a su ser natural.

Los príncipes Baman y Perviz, lo mismo que los caballeros que la rodeaban, prorrumpieron en subidos elogios del valor heroico de la princesa, declarando éstos que lejos de envidiarla por haber llevado a cabo una empresa que en vano intentaron ellos, creíanse obligados, y así lo hacían, a declararse esclavos de ella.

—Señores—replicó la princesa—, si habéis oído atentamente lo que os he dicho, sabréis que cuanto he realizado ha sido con el exclusivo objeto de recuperar a mis hermanos; por lo tanto, nada tenéis que agradecerme, y no veo en vuestro ofrecimiento más que un acto de cortesanía. Os considero, pues, tan libres como lo erais antes de vuestra desgracia, y me felicito de haber tenido ocasión de conoceros. Mas, apresurémonos a alejarnos de este lugar funesto: monte cada cual a caballo y regresemos al país de donde hemos venido.

Y esto diciendo dió ella misma el ejemplo, tomando las riendas de su caballo. En aquel momen-

to le rogó Baman que le permitiese llevar la jaula.

—No, el pájaro es mi esclavo—contestó Parizada—, y quiero llevarle yo misma; toma tú la rama del árbol que canta, y tú, Perviz, te encargarás del frasquito que contiene el agua de oro.

Así se hizo, y Parizada, a ruegos de todos, se puso a la cabeza de la numerosa comitiva, que emprendió la marcha, encontrando muerto al anciano derviche, no se supo si de vejez o porque no era ya necesario enseñar a nadie el camino que conducía a las anheladas preciosidades que conquistó la heroica princesa, quien llegó felizmente a su casa con los príncipes sus hermanos. Parizada puso la jaula en el jardín, y apenas comenzó el pájaro a cantar, cuando los ruiseñores, los pinzones, las alondras y otra infinidad de pájaros vinieron a acompañarle con sus gorjeos. La rama la hizo plantar a su presencia en un cuadro del mismo jardín; arraigó al instante, y a los pocos días era ya un árbol corpulento cuyas hojas producían la misma armonía que aquel del cual había sido desprendida. Mandó colocar en medio del jardín una hermosa concha de mármol, y cuando estuvo dispuesta, derramó la princesa en ella el agua de oro y salió un surtidor que se elevaba a la altura de veinte pies, volviendo a caer sin que se derramase una sola gota. La nueva de tamaños portentos cundió por las cercanías, y como las puertas del jardín estaban siempre abiertas, no faltaron gentes que acudieron en tropel a admirar tan sorprendentes maravillas.

Al cabo de algunos días, repuestos los príncipes de las fatigas del viaje, volvieron a sus antiguas costumbres de cazar diariamente, y emprendieron una partida a tres leguas de su casa. Cuando esta-

ban entretenidos en perseguir a un ciervo, se presentó el sultán de Persia cazando en el mismo sitio que los príncipes habían elegido, y así que vieron que se acercaba, tomaron el partido de retirarse para evitar su encuentro; pero le hallaron en un sitio tan estrecho que no podían dejar de ser vistos. Sorprendidos así, postráronse a las plantas del sultán, el cual les ordenó que se levantasen, preguntándoles quiénes eran y dónde vivían. El príncipe Baman tomó la palabra.

—Señor—dijo—, somos hijos del último intendente de los jardines del palacio de Vuestra Majestad y habitamos una casa que hizo construir poco antes de su muerte.

—Según veo—replicó el sultán—, gustáis de la caza.

—Señor—dijo el príncipe Baman—, es nuestro ejercicio favorito; ninguno de los súbditos de Vuestra Majestad destinado a servir en los ejércitos, debía desatenderlo con arreglo a la antigua usanza de este reino.

—Desearía veros cazar—repuso el sultán—, y espero que al punto vengáis conmigo.

Los príncipes montaron a caballo, siguieron al soberano, y al poco trecho salieron varias fieras de sus guaridas; el príncipe Baman escogió un león para combatirle, y el príncipe Perviz un oso. Partieron ambos al mismo tiempo con indecible arrojo, y manejaron las armas con tal maestría, que pronto vió el sultán a las fieras exánimes bajo los golpes de los diestros cazadores. Baman, sin detenerse, escogió otro oso y su hermano un fiero león, saliendo también triunfantes de la tremenda lucha.

—Quiero utilizar vuestro valor—dijo admirado

el sultán—, y, por consiguiente, deseo que no os expongáis más tiempo a los peligros de luchar con esas fieras.

El sultán sintió una inclinación tan irresistible hacia los príncipes, que les ordenó fuesen a la corte incorporados a la comitiva.

—Señor—dijo el príncipe Baman—, Vuestra Majestad nos honra más de lo que nos merecemos y le suplicamos nos dispense de recibir tamaño favor.

—¿Y por qué no queréis venir conmigo?

—Señor, tenemos una hermana menor con la cual vivimos tan estrechamente, que nada hacemos sin consultarla antes, y ella nos corresponde del mismo modo.

—Alabo esa unión—dijo el sultán—; consultad a vuestra hermana, y mañana, cuando venga a cazar, me daréis la respuesta.

Los príncipes se olvidaron durante dos días consecutivos de hablar a Parizada de la aventura, y el sultán, lejos de incomodarse por ello, sacó de una bolsa tres bolitas de oro y las puso en el pecho de Baman, diciéndole:

—Estas bolas harán que esta noche no os olvidéis de mi encargo, y mañana espero saber si vendréis o no conmigo a la corte.

Gracias a este recurso, se acordó Baman de referir lo sucedido a la princesa, la cual opinó que debían los jóvenes ir a la corte a hacer fortuna, aunque ella pasase por el duro trance de quedarse sola en la casa, privada de la presencia de hermanos tan queridos.

Sin embargo, fué de parecer que se consultase al pájaro que hablaba y que había ofrecido su auxi-

lio cuando la familia se hallase en algún conflicto. Fueron a ver al pájaro, y enterado éste de lo que sucedía, contestó :

—Es preciso que los príncipes accedan a los deseos del sultán, y que además le ofrezcan esta casa para que vea a Parizada, porque de todo ello resultará un gran beneficio.

Los dos jóvenes no dudaron ya respecto al partido que deberían tomar, y al día siguiente dijeron al sultán que estaban dispuestos a seguirle a la capital y ponerse a sus órdenes. El soberano, muy gozoso, los colocó a su lado en la cabalgata, honor insigne que dispensaba a pocos personajes de la corte, y así entró en la ciudad, cuyos habitantes quedaron prendados de la gallardía y gentileza de ambos jóvenes.

Una vez llegados a palacio, comieron en la mesa misma del sultán, conversando con tal lucidez e ilustración que el soberano de Persia no volvía en sí de entusiasmo y de su sorpresa al encontrar dos personas de tanto talento bajo la apariencia de sencillos cazadores.

Concluído el banquete, se celebró un magnífico concierto vocal e instrumental, hasta que, acercándose la noche, se despidieron los príncipes del sultán, muy agradecidos por los obsequios que les había dispensado, y no sin rogarle que honrase su casa en la primera ocasión que fuese a cazar por las cercanías. Así ofreció el sultán que lo haría con sumo placer, y Parizada, al saber la promesa del soberano, fué en el acto a consultar con el pájaro acerca de lo que debería presentar al sultán que fuera de su agrado.

—Lo que más gusta a Su Majestad—repuso el

pájaro—, es un plato de pepinos con relleno de perlas.

—Eso que dices es un disparate—replicó asombrada la princesa—; las perlas no se comen, y además todas las que yo tengo no bastarían para hacer el relleno.

—No os apuréis por ello—dijo el pájaro—; id mañana, de madrugada, al pie del primer árbol del parque, cavad a mano derecha, y allí encontraréis las perlas que os hagan falta.

La princesa mandó llamar a un jardinero, hizo que cavase, y a cierta profundidad tropezó el hombre con un bulto que era un cofrecito de oro. Abriólo la princesa y vió que estaba lleno de perlas de igual tamaño; gozosa con su tesoro, fué en busca de sus hermanos, los cuales quedaron atónitos al contemplar tanta riqueza y saber el origen de ella. Se dispuso en seguida un espléndido banquete para obsequiar dignamente al soberano, y el cocinero se quedó sorprendido cuando la princesa le ordenó que hiciera un plato de cohombros rellenos con las perlas que le presentó.

A la mañana siguiente fueron los príncipes a encontrar al sultán de Persia para conducirlo a su casa, donde le esperaba la princesa Parizada, de quien el sultán quedó prendado al ver su belleza y su finura en los saludos y las palabras que le dirigió antes de enseñarle la quinta, que el sultán de Persia comparó con un magnífico palacio; pero lo que más le llamó la atención fué el jardín y el surtidor de agua de color de oro.

—¿De dónde proviene esta agua maravillosa—dijo—que no me canso de mirarla? ¿En qué sitio está el manantial de este surtidor sin igual?

La princesa no le contestó nada y lo condujo junto al árbol que cantaba.

—No veo los músicos que cantan tan deliciosamente—dijo el sultán mirando a uno y otro lado—; ¿están debajo de la tierra o suspendidos e invisibles en el aire?

—Señor—respondió la princesa sonriendo—, no

...los cuales quedaron atónitos al contemplar tanta riqueza... (Pág. 212.)

son músicos los que forman ese concierto, sino las hojas del árbol que tiene delante Vuestra Majestad. Acérquese más y se convencerá de ello.

El sultán quedó embelesado al oír la música maravillosa, y también quiso saber de qué país provenía el árbol; la princesa, sin embargo, no satis-

fizo su curiosidad y le llevó a ver el pájaro que hablaba. Al acercarse el soberano al salón, vió un sinnúmero de pájaros que hacían resonar sus trinos en el aire; mucho extrañó que estuviesen allí y no en los árboles del jardín, y fué mayor su asombro cuando oyó que la princesa dijo, dirigiéndose al pájaro que estaba en la ventana:

—Esclavo mío, he aquí al sultán; salúdale cual se merece y le corresponde por su alta jerarquía.

Dejó el pájaro de cantar, y respondió:

—Que sea bien venido el sultán, a quien Dios colme de prosperidades.

—Te doy las gracias por tus buenos deseos, y me complazco al ver en ti al rey de los pájaros—contestó el sultán, maravillado.

En seguida se pusieron a la mesa, y cuando llegó el turno al plato de los cohombros, y al partir uno, vió Su Majestad el relleno de perlas, miró alternativamente a los príncipes y a la princesa para interrogarles; pero el pájaro se adelantó y dijo:

—Señor, ¿Vuestra Majestad se asombra de ver un relleno de perlas, y no dudó que la sultana, su esposa, tuvo tres hijos muertos?

—Así me lo aseguraron—respondió el sultán.

—Sí, pero fueron las hermanas de la sultana, envidiosas de su brillante casamiento—añadió el pájaro—. Estos que aquí veis son vuestros hijos arrojados al agua, y recogidos por el jardinero mayor de palacio, que los educó, como veis, con cariñoso esmero.

—Doy entero crédito a lo que me dices—exclamó el sultán, conmovido—, porque desde el primer momento comprendí por instinto que la sangre de estos príncipes era la mía propia. Venid acá, hijos

míos, que yo os abrace y que os haga las caricias de un tierno padre.

Abrazáronse todos derramando lágrimas de gozo, y, terminada la comida, dijo el soberano que al día siguiente volvería a la quinta de los príncipes para presentarles a la sultana su madre, y que por lo tanto se dispusieran a recibirla.

Regresó el soberano a la capital con toda presteza, y su primer acto fué ordenar el arresto de las envidiosas hermanas de su esposa; hecho así, y confesas y convictas del crimen de infanticidio, fueron descuartizadas inmediatamente. Todo se ejecutó en menos de una hora. En seguida fué el sultán con lujosa comitiva a la puerta de la mezquita a sacar a su esposa de la cárcel de madera en que había pasado tantos años, y públicamente le pidió perdón de la injusticia cometida, participándole el castigo de sus culpables hermanas. La sultana, vuelta a palacio y a su rango y consideraciones, se vistió un traje magnífico, y en unión de su esposo se trasladó a la quinta donde habitaban sus hijos, a los cuales no conocía, circunstancia que no amenguó el cariño que su maternal corazón les profesaba.

Es indescriptible la escena que tuvo lugar en la casa de campo, como asimismo el asombro de la sultana al contemplar el pájaro, el árbol y el agua de oro. En seguida se dirigieron todos a la corte, seguidos de una brillante comitiva, y los habitantes de la ciudad, que ya sabían que el sultán había descubierto a sus tres hijos y devuelto a la sultana su libertad, se agolpó en tropel en las calles del tránsito para aclamar y vitorear a sus príncipes.

Parizada no quiso abandonar su pájaro, el cual

atraía a las aves, que se posaban cantando sobre los árboles y sobre los tejados de las casas.

A la noche hubo grandes iluminaciones y regocijos, que duraron muchos días en celebridad del fausto suceso que había llenado de alegría el corazón del sultán de Persia.

CONCLUSIÓN

Schenarda había terminado sus cuentos, que tardó en referir mil y una noches, y no acertando a comenzar otro, se postró a los pies del rey, diciéndole con voz suplicante :

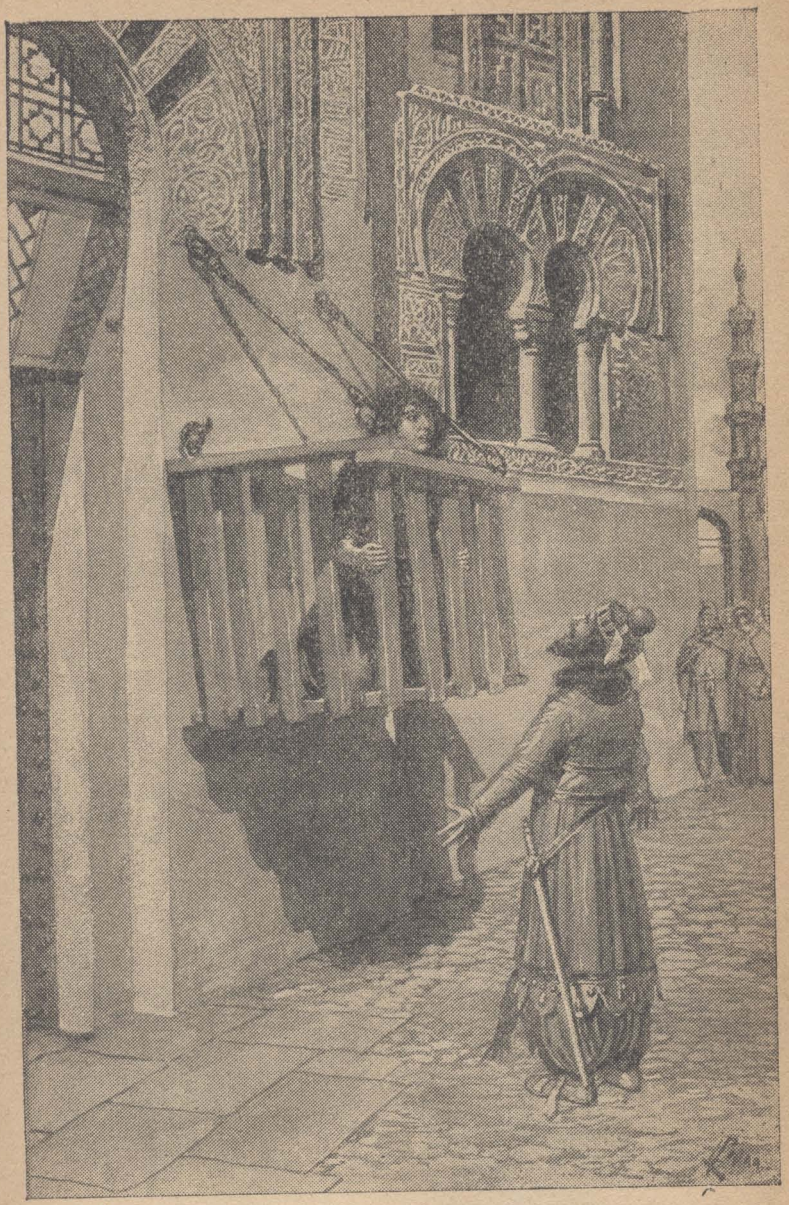
—Poderoso señor del mundo, durante muchas noches vuestra esclava os ha contado historias divertidas y agradables. ¿ Estáis satisfecho, o persistís en vuestra antigua resolución de ordenar que me corten la cabeza ?

—Cortarte la cabeza sería demasiado poco—repuso el rey—. Tus últimas historias me dejan mortalmente anonadado.

Entonces Schenarda hizo una señal a la nodriza, y al punto apareció ésta conduciendo a tres niños. Uno de ellos caminaba solo, el otro hacíalo con ayuda de las andaderas y el tercero estaba aún en la lactancia.

—Gran príncipe, ved aquí vuestros hijos : no por el mérito de mis cuentos, sino por el amor a ellos, os suplico que me hagáis gracia de la vida. ¿ Qué sería de estas tiernas criaturas si yo muriera ?

Y diciendo esto, estrechaba a los niños contra su pecho, deshecha en lágrimas.



...y públicamente le pidió perdón... (Pág. 215.)

El rey, hondamente conmovido, abrazó también a sus hijos.

—Te perdono—dijo luego—por amor a estos niños y porque tienes corazón de madre. ¡Vive feliz!

La fausta nueva cundió pronto por la ciudad y de nuevo volvieron a oírse los más subidos elogios del rey sabio, prudente y generoso.

A la mañana siguiente el soberano reunió su consejo y dijo, dirigiéndose al visir:

—Que el Cielo te recompense por el servicio que has prestado al Imperio y a mí mismo, interrumpiendo el curso de mis crueldades. Tu hija Schenarda, que me ha dado tres hijos, es una buena esposa.

Inmediatamente ordenó que durasen treinta días las iluminaciones del palacio y los banquetes, a los que serían admitidos todos los que llegasen, en honor de la reina Schenarda.

Al mismo tiempo hizo riquísimos presentes a sus cortesanos y repartió cuantiosas sumas entre los pobres, que le bendecían con lágrimas de gratitud y de alegría.

El rey vivió muchos años sin que ningún hecho desagradable turbara la paz de su próspero reinado.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TAMAÑO 247 × 192 MILÍMETROS,
Y CON MAGNÍFICA ENCUADERNACIÓN CROMOTÍPICA
A **2** PTAS. EL TOMO

Esta Biblioteca tiene para los niños un encanto especial, porque el tamaño de los volúmenes, las láminas de las tapas y las ilustraciones interiores en negro y en colores dan a estos libros el aspecto de un juguete, y por esta razón los niños se deleitan con ellos y los reciben con la misma alegría que el juguete más precioso.

TOMOS PUBLICADOS

MI PRIMERA LECTURA.
HORAS FELICES.
EL MUNDO ANIMAL PARA NIÑOS.
EL AMIGUITO.
ESCUELA DE ANIMALES.
AVENTURAS DE ANIMALES.
LOS NIÑOS DE OTROS PAÍSES.
EL LIBRO DEL NENE.
NIÑOS BUENOS Y NIÑOS MALOS.
CUENTOS PARA NIÑOS.
EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS
CUENTOS DE HADAS.
EL MUNDO MARAVILLOSO.
MI LIBRO FAVORITO.
EPISODIOS Y AVENTURAS.
LECTURAS DE LA HISTORIA SAGRADA. (Vida de Jesucristo).
EPISODIOS DE LA HISTORIA SAGRADA. (Antiguo Testamento).
EL MUNDO DE LOS NIÑOS.
NARRACIONES.
TARDES DE OTOÑO.
LAS TRIBULACIONES DE METERETE.
LEEDME.
EPISODIOS DE ANIMALES.
LOS HIJOS DEL HÉROE.
EL LIBRO DE LAS MARAVILLAS.
HISTORIAS DE ANIMALES.
EL LIBRO DE LOS NIÑOS.
CÓMO JUEGAN LOS NIÑOS DE TODO EL MUNDO.
A. B. C. El libro de oro de los niños.
LA HIJA DE JUAN PALOMO.
EL AVENTURERO.
LA CIUDAD DEL ORO.
LA ISLA DESCONOCIDA.
EL PAÍS DE LOS ANTROPÓFAGOS.
LOS MISTERIOS DE LA SELVA.
PIRULETE EN EL PAÍS DEL SUEÑO Y DE LA HOLGANZA.
LECTURAS INFANTILES.
LA VOZ DE LOS NIÑOS.
CÓMO VIVEN LOS NIÑOS DE OTRAS RAZAS.
CÓMO TRABAJAN Y ESTUDIAN LOS NIÑOS DE TODO EL MUNDO.

LA CASA EDITORIAL SOPENA agradece a todos los niños de habla española la constante predilección que demuestran por todas nuestras ediciones para niños, cuyas portadas y láminas en colores, no pueden confundirse con los de algunas casas que editan esta clase de libros como se editaban hace cuarenta años.

Los señores libreros que dispensan también a nuestras ediciones para niños una decidida protección, ya habrán advertido que algunas casas editoriales no pueden hacer la *réclame* de sus libros sin ofender a sus colegas.

Aventuras de Machucho y Pilongo

VOLÚMENES PUBLICADOS

1.—**Machucho y Pilongo.**
2.—**Machucho contra Kalceta.**
3.—**Machucho y Pilongo en Rugby.**
4.—**Machucho y Pilongo, aviadores.**
5.—**Machucho y Pilongo, jockeys.**
6.—**Machucho y Pilongo, automovilistas.**
7.—**Machucho y Pilongo, alpinistas.**
8.—**Machucho y Pilongo, cazadores.**

PRECIO: **35** CÉNTS.

Biblioteca Selecta

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.°
11. Cuentos de Andersen, 2.°
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.°
40. Una ciudad flotante, 2.°
41. Miguel Strogoff, 1.°
42. Miguel Strogoff, 2.°
43. Las Indias negras, 1.°
44. Las Indias negras, 2.°
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.°
58. Héctor Servadac, 2.°
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.°
63. Los hijos del capitán Grant, 2.°
64. Los quinientos millones de la Begún.

SAMUEL SMILES

EL AUTOR MÁS CONOCIDO EN EL MUNDO

Las obras de Smiles resumen las enseñanzas del gran «instructor de la humanidad»; su sana filosofía eleva el valor moral del hombre y conduce a la realización del alto ideal del gobierno de sí mismo. Sus obras se han traducido a todos los idiomas, y se han vendido millones de ejemplares de todos sus libros.

La Casa Editorial Sopena ha hecho una nueva edición de las ocho obras más famosas de Smiles, y cuyos volúmenes, de 130×200 milímetros, impresos en buen papel satinado, se venden al precio de **2** pesetas en rústica y **3** en tela.

VOLÚMENES PUBLICADOS

EL CARÁCTER
EL AHORRO
VIDA Y TRABAJO
EL DEBER
¡AYÚDATE!
VIDA DE JORGE STEPHENSON
INVENTORES E INDUSTRIALES
VIAJE DE UN JOVEN ALREDEDOR DEL MUNDO